

THOMAS DE QUINCEY

SOBRE EL ASESINATO CONSIDERARO COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Primer artículo

Advertencia de un hombre morbosamente virtuoso

La mayoría de los que leemos libros es posible que hayamos oído hablar de una Sociedad para el Fomento del Vicio, del Club del Fuego Infernal, fundado en el último siglo por Sir Francis—, etc. En Brighton, según tengo entendido, se fundó una Sociedad para la Supresión de la Virtud. Esta sociedad fue asimismo suprimida, pero lamento decir que existe otra en Londres de un carácter aún más atroz. En vista de sus inclinaciones le vendría muy bien la denominación de Sociedad para el Incentivo del Asesinato, pero, aplicándose un delicado εὐφημιστος, se llama la Sociedad de Entendidos en Materia de Asesinatos. Sus miembros se precian de su curiosidad por todo lo relativo al crimen, de ser *amateurs* y *dilettanti* de todas las formas de derramamiento de sangre, en suma, de ser aficionados al asesinato. Cada vez que en los anales de la policía europea aparece una atrocidad de esta clase, se reúnen y la critican como si fuera un cuadro, una estatua o cualquier obra de arte. No hará falta que me tome el trabajo de intentar describir el espíritu que preside sus actividades, pues el lector podrá apreciarlo mejor en una de sus conferencias mensuales pronunciada ante la sociedad el año pasado. Dicha conferencia ha caído en mis manos por casualidad, pese a toda la vigilancia ejercida para que no se hagan públicas sus deliberaciones. Al verla publicada se sentirán alarmados, y éste es precisamente mi propósito. Pues prefiero, con mucho, que la sociedad se disuelva tranquilamente mediante un llamamiento a la opinión pública, sin necesidad de mencionar nombres, como sería el caso si recurriera a los tribunales de Bow Street, a los que, sin embargo, no dudaría en recurrir si

mis medidas no obtuviesen el éxito esperado. Mi sentido de la virtud no puede permitir que semejantes cosas puedan producirse en un país cristiano. Incluso en tierra de paganos, la tolerancia pública del asesinato —esto es, los terribles espectáculos en el circo— fue considerada por un escritor cristiano como el más vivo reproche que podría hacerse a la moral pública. Este escritor es Lactancio, y creo que sus palabras son singularmente aplicables a la presente ocasión: «Quid tam horribile», dice, «tam tetrum, quam hominis trucidatio? Ideo severissimis legibus vita nostra munitur; ideo bella execrabilia sunt. Invenit tamen consuetudo quatenus homicidium sine bello ac sine legibus faciat: et hoc sibi voluptas quod scelus vindicavit. Quod si interesse homicidio sceleris conscientia est, et eidem facinori spectator obstrictus est cui et admissor; ergo et in his gladiatorum caedibus non minus cruore profunditur qui spectat, quam ille qui facit: nec potest esse immunis a sanguine qui voluit effundi; aut videri non interfecisse, qui interfectori et favit et proemium postulavit». «Qué cosa es tan terrible», dice Lactancio, «tan funesta y repugnante como el asesinato de una criatura humana? Por esta razón nuestra vida se protege con las leyes más severas; por esta razón, las guerras son objeto de execración. Y, sin embargo, en Roma la costumbre tradicional ha permitido una forma de autorizar el asesinato aparte de en la guerra y en contradicción con el derecho, y las exigencias del gusto (voluptas) han llegado a equipararse a las del crimen». Que la Sociedad de Caballeros Aficionados lo tenga presente; y permítanme llamar la atención sobre la última frase, de tanto peso que me atrevería a traducirla así: «Ahora bien, si el mero hecho de presenciar un asesinato atribuye a un hombre la cualidad de cómplice, si ser un simple espectador basta para que compartamos la culpa del autor, de ello se deduce necesariamente que en los crímenes del anfiteatro la mano que inflige el golpe fatal no está más empapada de sangre que la de quien contempla pasivamente el espectáculo, ni tampoco puede estar limpio de sangre quien no impida que se derrame, ni tampoco queda exento de participar en el crimen quien aplaude al asesino y reclama premios para él». Aún no he oído que se acuse a los Caballeros Aficionados de Londres de «proemia postulavit», aunque es indudable que sus actividades tienden a ello, pero el nombre mismo de su asociación implica el «interfectori favit», y ello se expresa en cada una de las líneas de la conferencia que sigue a continuación.

La conferencia

Señores: su comité me ha honrado con la difícil tarea de pronunciar la conferencia en honor de Williams sobre el asesinato considerado como una de las Bellas Artes; una tarea que podría haber sido fácil hace tres o cuatro siglos, cuando se sabía poco de este arte, y aún eran pocos los modelos expuestos, pero en esta época, cuando los profesionales han ejecutado excelentes obras maestras, es evidente que el público reclamará una mejora correspondiente en el estilo de crítica que se les aplique. La teoría y la práctica tienen que avanzar *pari passu*. La gente comienza a comprobar que hay algo más que contribuye a la comisión de un bello asesinato que un par de zoquetes que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro. El diseño, caballeros, la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento, se juzgan ahora indispensables para intentos de esa naturaleza. Mr. Williams ha exaltado en todos nosotros el ideal del asesinato, y para mí, por tanto, en particular, se ha incrementado considerablemente la dificultad de mi tarea. Como Esquilo y Milton en la poesía, como Miguel Ángel en la pintura, él ha llevado su arte a un pinto de colosal sublimidad y, como observa Mr. Wordsworth, en cierta manera «ha creado el gusto de cómo hay que disfrutarlo». Esbozar la historia del arte y examinar sus principios desde una perspectiva crítica, son los deberes que quedan ahora al entendido y a jueces muy distintos de los que constituyen los Juzgados del Condado de su Majestad.

Antes de comenzar, permítanme que diga unas palabras a ciertos mojigatos que pretenden hablar de nuestra sociedad como si fuera, en cierto grado, inmoral en sus tendencias. ¡Inmoral! ¡Por Júpiter, caballeros!, ¿a qué se refiere esa gente? Yo estoy a favor de la moralidad, y lo estaré siempre, y de la virtud y de todas esas cosas; y afirmo, y siempre afirmaré (cualesquiera que sean las consecuencias), que el asesinato es una forma de conducta impropia, e incluso muy impropia; y no me cortaré la lengua para decir que cualquier persona que se dedique al asesinato tiene un modo indecoroso de razonar, y obra conforme a principios muy cuestionables; y lejos de encubrirlo o protegerlo mostrándole el escondite de su víctima, como un gran moralista alemán considera el deber de todo hombre bueno, yo suscribiría un chelín y seis peniques para que le prendieran, lo que supera en dieciocho peniques lo que los moralistas más eminentes han suscrito hasta ahora para ese propósito. Pero ¿cómo ignorarlo? Todas las cosas en este mundo tienen dos caras. El asesinato, por ejemplo, se puede considerar desde su perspectiva moral (como suele ocurrir en el púlpito, y en Old Bailey), y *ése*, confieso, es su lado débil; o puede ser tratado desde su perspectiva *estética*, como dirían los alemanes, eso es, en relación con el buen gusto.

Para ilustrar esto, recurriré a la autoridad de tres personas eminentes, a saber, a S.T. Coleridge, a Aristóteles y a Mr. Howship, el cirujano. Comenzaremos por S.T.C.: una noche, hace muchos años, estaba tomando té con él en Berners' Street (a propósito, calle que, para ser tan corta, ha sido extremadamente fructífera en genios). Había otros invitados aparte de mí y entre otras consideraciones carnales acerca del té y de las tostadas, escuchábamos absortos una disertación sobre Plotino de los labios áticos de S.T.C. De repente se oyó el grito de «¡fuego, fuego!», y todos nosotros, tanto el maestro como los discípulos, Platón y «Πλατωνά», salimos corriendo ávidos por contemplar el espectáculo. El fuego era en Oxford Street, en el taller de un fabricante de pianos; y, como prometía ser una conflagración de mérito, lamenté que mis compañeros me obligaran a abandonar la fiesta de Coleridge antes de que se produjera la crisis. Unos días después, encontrándome con mi platónico anfitrión, le recordé el caso, y le supliqué que me contara cómo había terminado aquel prometedor espectáculo. «¡Oh, señor! —dijo—, resultó ser tan malo que lo condenamos con unanimidad». Ahora bien, ¿supondría cualquier persona que Mr. Coleridge, quien, aunque demasiado obeso para la virtud activa, es sin lugar a dudas un buen cristiano, que este bondadoso S.T.C., digamos, es un incendiario o capaz de desear algún mal al pobre hombre de los pianos (muchos de ellos, incluso, con sus teclados adicionales)? Todo lo contrario, es la clase de persona por la que apostaré mi vida a que, en caso de necesidad, se habría puesto a manejar la bomba de incendios, aunque dada su gordura no debería someter su virtud a tales pruebas de fuego. Pero tratemos de comprender la situación. En ese caso no se requería la virtud. Tras la llegada de los bomberos, el problema de la moralidad recaía enteramente en la agencia de seguros. Siendo éste el caso, tenía derecho a satisfacer su gusto. Había abandonado su té. ¿Acaso no iba a recibir nada a cambio?

Sostengo que el hombre más virtuoso, bajo la premisa expuesta, estaba autorizado a disfrutar del fuego y a silbarlo, como haría con cualquier otra representación o exhibición que despertase las expectativas del público y que terminase por decepcionarlas. Citemos a otra gran autoridad, ¿qué dice el Estagirita? En el libro V, según creo, de su *Metafísica*, describe lo que él llama κλεπτην τέλειον, esto es, un ladrón perfecto, y, por su parte, Mr. Howship, en una obra sobre la indigestión, no tiene ningún escrúpulo en hablar con admiración de cierta úlcera que ha visto, y que él califica de una «hermosa úlcera». Ahora bien, ¿pretenderá alguien que, considerado desde una perspectiva abstracta, un ladrón pudiera parecerle a Aristóteles un carácter perfecto, o que Mr. Howship pudiera haberse enamorado de una úlcera? Aristóteles, de todos es sabido, fue una persona tan moral que, no contento

con escribir su *Ética a Nicómaco*, en un volumen en octavo, también escribió otra obra llamada *Magna Moralia o Gran Ética*. Pero es imposible que cualquier persona que escriba una ética, cualquiera que sea, grande o pequeña, admire a un ladrón *per se* y, en lo que concierne a Mr. Howship, es bien sabido que combate todos los tipos de úlceras; y, sin dejarse seducir por sus encantos, pretende desterrarlas del condado de Middlesex. No obstante, por muy reprobables que sean *per se*, la verdad es que, en relación con otros de su misma clase, tanto un ladrón como una úlcera pueden mostrar infinitos grados de mérito. Los dos son imperfecciones, cierto, pero siendo la imperfección su esencia, la excelcitud de su imperfección se convierte en su perfección. *Spartam nactus, hanc exorna*. Un ladrón como Antíloco o el una vez famosos Mr. Barrington, y una repulsiva úlcera fagedénica, soberbiamente definida, y pasando regularmente por todas sus fases naturales, pueden considerarse con la misma justicia tan ideales de su clase como la más impecable rosa musgosa entre las flores, en su progreso desde el brote hasta la «brillante y consumada flor»; o como, entre las flores humanas, la más bella muchacha, engalanada con toda la magnificencia de la feminidad. Y así no sólo se puede imaginar el ideal de un tintero (como Mr. Coleridge ilustró en su celebrada correspondencia con Mr. Blackwood), lo cual, por lo demás, tampoco tiene tanto mérito, puesto que un tintero es una cosa laudable, y un valioso miembro de la sociedad, pero incluso la misma imperfección en sí misma puede tener su ideal o su estado de perfección.

Caballeros, les pido sinceramente disculpas por tanta filosofía en tan poco tiempo, pero ahora déjenme aplicarla. Cuando un asesino está en el «paulo-post-futurum», y nos llega el rumor a nuestros oídos, tratémoslo desde una perspectiva moral. Supongamos, en cambio, que ya está hecho, y que se puede decir de él *τετέλεαι*, se ha consumado, o (en ese durísimo moloso de Medea) *ειργαυαι*, está hecho, es un *fait accompli*. Supongamos que la pobre víctima ha dejado de sufrir, y al bribón que cometió el crimen se lo ha tragado la tierra; supongamos, por último, que hemos hecho todo lo que hemos podido, poniéndole incluso la zancadilla al tipo para impedirle la huida, pero sin éxito alguno —«abiit evasit», etc.—; bueno, entonces, digo yo, ¿de qué sirve ya la virtud? Ya se le ha dado bastante a la moralidad, ahora le toca el turno al gusto y a las Bellas Artes. Y fue una cosa triste, no hay duda, muy triste, pero no podemos remediarla. Así que saquémosle el beneficio que podamos y, como es imposible sacar, ni siquiera a martillazos, nada que posea una finalidad moral, tratémoslo estéticamente y veamos si con ello logramos algo. Esa es la lógica de un hombre con sentido común, y ¿cuál es el resultado? Sequemos nuestras lágrimas y quizá tengamos la satisfacción de descubrir que una acción, perturbadora moralmente hablando, y sin nada que la justifique,

juzgada con los principios del gusto se convierte en una actuación muy meritoria. Así todo el mundo queda satisfecho; se constata el viejo refrán de que no hay nada mal que por bien no venga; el aficionado, recuperado de su apariencia biliosa y mohína, consecuencia de su excesiva atención a la virtud, comienza a recoger sus migajas, y prevalece la hilaridad general. La virtud tuvo su oportunidad y desde ese momento, la *Virtú*, tan parecida como para variar sólo una letra (por la que no vale la pena disputar), la *virtú*, digo, y el entendimiento pueden cuidarse a sí mismos. Yo les propongo, caballeros, que este principio sea el que guíe nuestros estudios, desde Caín hasta Mr. Thurtell. A través de esta gran galería de asesinos, por tanto, caminemos juntos, cogidos de la mano, en gozosa admiración, mientras intento llamar su atención sobre los objetos de una provechosa crítica.

A todos les resultará familiar el primer asesinato. Como el inventor del asesinato, y como el padre del arte, Caín debió de ser un hombre de genio extraordinario. Todos los Caínes fueron hombres de genio. Tubal Caín inventó la trompa, creo, o algo parecido. Pero, cualquiera que fuera la originalidad y el genio del artista, hay que reconocer que todo arte estaba entonces en pañales y las obras hay que someterlas a la crítica tomando ese hecho en consideración. Incluso hoy en día el trabajo de Tubal encontraría poca aprobación en Sheffield, y nos atrevemos a decir que el de Caín (me refiero a Caín senior) no fue nada del otro jueves. Se afirma que Milton pensaba de una manera muy diferente. Por la forma en que relata el caso, parece tratarse de un asesinato predilecto, pues lo retoca con una aparente ansiedad por incrementar el efecto pintoresco:

Invadido por la ira; mientras hablaban,
le golpeó en el pecho con una piedra;
y le quitó la vida; cayó y, pálido como la muerte,
exhaló su alma con un quejido, brotando con un *chorro de efusiva sangre*.

El paraíso perdido, B, IX.

El pintor Richardson, que tenía ojo clínico para estos efectos, comenta así el pasaje en sus *Notas sobre el paraíso perdido*, pag. 497: «Se creía —dice— que Caín dejó seco (como se suele decir) a su hermano con una piedra

enorme. Milton acepta esta versión, pero con el añadido de una gran herida». En este lugar fue una adición muy juiciosa, pues la rudeza del arma, a menos que se enriquezca con un colorido cálido y sanguinario, refleja demasiado el estilo desnudo de la escuela salvaje, como si el crimen hubiese sido cometido por Polifemo sin ninguna ciencia, premeditación y sin nada que no fuese un hueso de carnero. No obstante, yo estoy muy complacido por la mejora, pues eso demuestra que Milton era un aficionado. En lo que concierne a Shakespeare, nunca hubo otro mejor, como lo testimonian de sobra sus descripciones del asesinato de Duncan, Banquo, etc. y, por encima de todo, su incomparable miniatura, en *Enrique VI*, del asesinato del Duque de Gloucester.

Es lamentable comprobar que, después de haberse puesto los cimientos del arte, no se produjo ningún avance durante siglos. En efecto, ahora me veré obligado a saltarme todos los asesinatos, sagrados y profanos, como indignos de cualquier atención, hasta mucho después del inicio de la era cristiana. Grecia, incluso en la época de Pericles, no produjo ni un solo asesinato de mérito, o al menos no ha quedado registrado ninguno, y Roma tenía muy poca originalidad y muy poco genio en cualquiera de las artes como para destacar en este ámbito, donde su modelo había fracasado. De hecho, el latín naufraga ante la misma idea del asesinato. «El hombre fue asesinado»; ¿cómo sonará esto en latín? *Interfectus est, interruptus est*, lo cual se limita a expresar un homicidio, así que la latinidad cristiana de la Edad Media se vio obligada a introducir una palabra nueva, a la que no se elevó nunca la sutileza de las concepciones clásicas. *Murdratus est*, dice el sublime dialecto de los tiempos góticos. Mientras, la escuela judía del asesinato mantuvo en vida lo que ya se sabía del arte y lo fue transfiriendo gradualmente al mundo occidental. En efecto, la escuela judía siempre fue respetable, incluso en la época medieval, como lo demuestra el caso de Hugo de Lincoln, honrado con la aprobación de Chaucer, en ocasión de otra obra de la misma escuela, y que lo pone en los labios de la dama abadesa.

Si regresamos por un momento a la antigüedad clásica, no puedo dejar de pensar que Catalina, Clodio, y otros de esa camarilla, podrían haber sido artistas de primer rango, y hay que lamentar desde luego que la mojigatería de Cicerón privara a su patria de la única oportunidad que tenía para distinguirse en este ámbito. Nadie habría hecho mejor papel que él como *sujeto* de un asesinato. ¡Señor! Y cómo habría gritado de pánico si hubiera oído a Catego bajo su cama. Habría sido verdaderamente divertido haberle escuchado, y me complace, caballeros, que hubiese preferido lo *utile* de esconderse en un armario, o incluso en una *cloaca*, la *honestum* de enfrentarse al audaz artista.

Vayamos ahora a la edad oscura (término con el cual, nosotros, los que hablamos con precisión, nos referimos *par excellence* al siglo décimo como una línea meridiana, y a los dos siglos inmediatamente anteriores y posteriores, siendo noche cerrada desde el 888 d.C. hasta el 1111 d.C.): esta época tuvo que ser, naturalmente, proclive al arte del asesinato, como lo fue para la arquitectura eclesiástica, los vitrales, etc., y, en consecuencia, al final de ese periodo, surgió un gran personaje en este arte, me refiero al Viejo de la Montaña. Fue, ciertamente, un resplandor, y no necesito decir que la misma palabra «asesino» viene de él. Tan buen aficionado era que en una ocasión, cuando uno de sus asesinos favoritos atentó contra su propia vida, quedó tan complacido con el talento mostrado que, pese al fracaso de la tentativa, le nombró Duque en ese mismo instante, con derecho de sucesión por la línea femenina, y le concedió una pensión por tres generaciones. El asesinato de grandes personajes es una rama del arte que demanda una atención particular y le dedicaré una conferencia entera. Entretanto, me limitaré a indicar que, por extraño que parezca, esta rama del arte florece de manera ocasional. Nunca llueve, sino que gotea. Nuestra propia época se puede vanagloriar de algunos buenos especímenes, como, por ejemplo, el caso de Bellingham con el Primer Ministro Percival: el caso del Duque de Berry en la Opera de París: el caso del Maréchal Bessiere en Avignon; y hace unos dos siglos y medio se produjo una brillantísima sucesión de esta clase de crímenes, no hace falta decir que aludo especialmente a siete espléndidas obras: el asesinato de Guillermo I de Orange; el de los tres Enriques franceses, esto es, el de Henri, Duque de Guise, que tenía pretensiones al trono de Francia, el de Enrique III, el último príncipe en la línea de los Valois que luego ocupó ese trono y, finalmente, su cuñado, que le sucedió en el trono como el primer príncipe en la línea de los Borbones; no habían transcurrido dieciocho años cuando llegó el quinto de la lista, esto es, el de nuestro Duque de Buckingham (que encontrarán excelentemente descrito en las cartas publicadas por Mr. Ellis, del Museo Británico); el sexto, Gustavo Adolfo; y el séptimo, Wallenstein. ¡Qué gloriosa pléyade de asesinatos! E incrementa nuestra admiración que esta brillante constelación de exhibiciones artísticas comprenda tres Majestades, tres Altezas Serenísimas y un Excelentísimo Señor, y esta serie se concentra en un periodo tan breve como el que va del año 1588 al 1635. El asesinato del Rey de Suecia, sin embargo, ha sido puesto en duda por muchos escritores, Harte entre otros, pero se equivocan. Fue asesinado y considero su asesinato único en su excelencia, pues fue muerto al mediodía, en el campo de batalla; un rasgo original en la concepción que no aparece en ninguna obra de arte que yo recuerde. La idea de un asesinato secreto por motivos privados, inserto en el pequeño paréntesis del vasto escenario de una sangrienta batalla pública,

recuerda el sutil artificio de Hamlet de una tragedia dentro de otra tragedia. En efecto, todos estos asesinatos se pueden estudiar con ventaja por el entendido. Todos ellos son *exemplaria*, de los que se puede decir,

«Nocturnâ versatâ manu, versate diurne»

En especial *nocturnâ*.

Estos asesinatos de príncipes y hombres de Estado no nos pueden asombrar: con frecuencia de sus muertes dependen cambios importantes y, debido a la posición eminente que ocupan, se hallan particularmente expuestos a las miras de cualquier artista que tenga el antojo de un efecto escénico. Pero hay otro tipo de asesinato que ha prevalecido desde principios del siglo XVII, y que verdaderamente me llena de asombro; me refiero al asesinato de filósofos. Porque, señores, es un hecho que todo filósofo eminente durante los últimos dos siglos o ha sido asesinado o, al menos, estuvo muy cerca de serlo; hasta tal punto, que si alguien quiere llamarse filósofo y nunca nadie ha atentado contra su vida, es seguro que carece de importancia; y contra la filosofía de Locke en particular se puede objetar (si lo necesitamos) que si llevó su garganta con él por este mundo durante setenta y dos años, fue porque nadie se prestó a cortársela. Como estos casos de filósofos no son muy conocidos, y por regla general están bien concebidos y realizados, haré ahora una discreción sobre el asunto, principalmente con el objeto de mostrar mi propia erudición.

El primer gran filósofo del siglo XVII (si exceptuamos a Bacon y a Galileo) fue Des Cartes, y si alguna vez se ha dicho de alguien que estuvo a punto de ser asesinado, se debe decir de él. El caso se produjo, como nos informa Baillet en su *Vie de M. Des Cartes*, vol. 1, p. 102-103, en el año 1621, cuando Des Cartes podría tener unos veintiséis años; por entonces se encontraba, como era usual, viajando (pues era más inquieto que una hiena), y al llegar al río Elba, o a la ciudad de Gluckstadt o a Hamburgo, se embarcó para ir a la Frisia oriental, y quizá ni él mismo lo sabía, pues, al llegar a Embden, decidió navegar al instante hacia la Frisia occidental y estando muy impaciente por salir, alquiló un barco con marineros. Apenas se había adentrado en el mar cuando hizo un descubrimiento placentero, esto es, que se había puesto en las manos de una caterva de asesinos. Su tripulación, nos dice M. Baillet, era «des scélérats», —no *aficionados* como nosotros, caballeros, sino profesionales— y la cumbre de sus ambiciones en ese momento consistía en cortarle el gáznate. Pero la historia es muy placentera para abreviarla; por esta razón la traduzco puntualmente del francés, de la obra de su biógrafo: «Mr. Des Cartes no tenía otra compañía que la de su sirviente, con quien estaba conversando en francés.

Los marineros, que le tomaron por un comerciante extranjero, más que por un caballero, pensaron que debía de llevar dinero con él. Así que llegaron a una conclusión nada ventajosa para su bolsa. No obstante, se da una diferencia entre los ladrones marítimos y los ladrones de bosque, y es que los últimos pueden dejar con vida a las víctimas sin riesgo, mientras que los otros no pueden poner a un pasajero en la costa sin correr el riesgo de que los detengan. La tripulación de M. Des Cartes tomó sus medidas para evitar cualquier peligro de esa clase. Observaron desde la distancia que era un extranjero, sin conocidos en el país, y que nadie se tomaría el trabajo de preguntar por él, en el caso de que desapareciera (*quand il viendroit a manquer*). Pienses, señores, es estos perros de Frisia que hablan de un filósofo como si se tratara de un barril de ron consignado a un agente de seguros marítimos. «Su temperamento, advirtieron, era suave y paciente y, juzgando por la gentileza de su porte y la cortesía con que los trataba, supusieron que no sería más que un joven novato carente de raíces y de una situación en el mundo, por lo que concluyeron que sería una tarea fácil quitarle la vida. No tuvieron ningún escrúpulo en discutir todo el asunto en su presencia y, suponiendo que no entendía ningún otro idioma que el que hablaba con su sirviente, el resultado de su deliberación fue asesinarle y luego arrojarle al mar para repartirse sus pertenencias».

Disculpen mis risas, caballeros, pero el hecho es que siempre me río cuando pienso en este caso; dos cosas en él me parecen muy graciosas. Una de ellas es el terrible pánico o «funk» (como lo llaman los hombres de Eaton) que debió invadir al mismo Des Cartes al oír cómo comentaban el drama de su propia muerte —funeral—, sucesión y administración de sus bienes. Pero otra cosa, que aún me parece más divertida en este asunto, es que si esos perros frisios se hubieran salido con la suya, no tendríamos ninguna filosofía cartesiana y, dada la inmensa biografía que ha producido, dejo al arbitrio de cualquier fabricante de baúles que declare cómo nos habría ido sin ella.

Pero continuemos; pese a su enorme miedo, Des Cartes se dispuso a luchar y de ese modo infundió temor en los bandidos anticartesianos. «Al comprobar —dice M. Bailler— que no se trataba de ninguna broma, M. Des Cartes se puso en pie en un instante, asumió un semblante serio, que esos cobardes nunca habían esperado, y se dirigió a ellos en su propio idioma, amenazándoles con atravesarlos de parte a parte en ese mismo sitio si osaban ofenderle de alguna manera». En efecto, señores, habría sido un honor más allá de los méritos de esos desconsiderados bribones el haber sido ensartados como pajaritos por una espada cartesiana, y por eso me alegro de que Des Cartes no robase sus víctimas a la horca al cumplir sus amenazas, en especial porque no habría podido llevar su velero a tierra después de haber matado a su

tripulación; de suerte que habría tenido que navegar eternamente por el Zuyder Zee, y probablemente habría sido confundido por los marineros con el Holandés Errante que regresaba a casa. «El espíritu que manifestó M. Des Cartes», dice su biógrafo, «obró como por arte de magia en esos bribones. Lo súbito de su consternación los confundió y cegó, conduciéndolo a su destino de la manera más pacífica».

Es posible, caballeros, que crean, según el ejemplo de las palabras dirigidas por César a su pobre piloto —*Caesarem vehis et fortuna ejus*—, que a M. Des Cartes le habría bastado con decir: «Perros, no podéis degollarme, pues lleváis a bordo a Descartes y a su filosofía», tras lo cual ya podría desafiarlos a que hiciesen o peor que se les ocurriese; un Emperador alemán tuvo la misma idea: cuando el avisaron para que se apartase de la línea de tiro de los cañones respondió: «!Pues sí! ¿Has oído alguna vez que una bala de cañón haya matado a un Emperador?». A un Emperador no sabría decirlo, pro mucho menos ha bastado para defuncionar a un filósofo; y el siguiente filósofo más grande de Europa *fue* asesinado, hablo de Espinosa.

Sé muy bien que la opinión común acerca de él es que murió en su cama. Tal vez fuera así, pero eso no quita que fuese asesinado. Y esto lo probaré con un libro publicado en Bruselas, en el año 1731, titulado *La Vie de Spinoza; par M. Jean Colerus*, con muchas adiciones manuscritas sobre la vida de Espinosa, obra de uno de sus amigos. Espinosa murió el 21 de febrero de 1677, con poco más de cuarenta y cuatro años de edad. Esto mismo ya parece sospechoso y M. Jean admite que cierta expresión en el manuscrito biográfico podría probar la conclusión de «que sa mort n'a pas été tout-à-fait naturelle». Al vivir en un país húmedo y de marineros, como Holanda, podría suponerse que bebió mucho licor y, sobre todo, ponches, bebida que se acababa de descubrir. Es indudable que podría haber sido así, pero el hecho es que no fue así. M. Jean lo llama «extrêmement sobre en son boire et en son manger». Y aunque surgieron algunas historias infundadas acerca del jugo de la mandrágora (pag. 140) y del opio (p. 144), ninguno de estos productos apareció en las recetas del boticario. Al vivir, por tanto, con semejante sobriedad, ¿cómo es posible que muriese de muerte natural a los cuarenta y cuatro años? Oigamos el relato de su biógrafo: «La mañana de un domingo 21 de febrero, antes de la hora de misa, Espinosa bajó las escaleras y conversó con el señor y la señora de la casa». A esta hora, por tanto, quizá a las diez de la mañana, comprobamos que Espinosa estaba vivo y se sentía muy bien. Pero parece ser que habían llamado de Ámsterdam a cierto médico, a quien, según dice el biógrafo, «sólo identificaré con estas dos letras: L. M.». Este L. M. había encargado que comprasen un gallo viejo para hervirlo y que Espinosa pudiese tomar un caldo al mediodía, como así fue, y comió algo del *gallo viejo*

con buen apetito, después de que el señor de la casa y su esposa hubiesen regresado de la iglesia.

«Por la tarde, L. M. permaneció solo con Espinosa, pues los señores de la casa habían vuelto a la iglesia; al regresar de ella se enteraron, con gran sorpresa, de que Espinosa había muerto a eso de las tres en presencia de L. M., quien partió para Ámsterdam esa misma noche, con el barco nocturno, sin prestar la menor atención al fallecido y probablemente sin esperar tampoco el pago de su pequeña cuenta. No hay duda de que no había nadie más dispuesto a abandonar sus deberes, pues se había apoderado de un ducado y de una pequeña cantidad de plata, junto con un cuchillo con mango de plata, antes de huir con su botín». Aquí ven, caballeros, que el asesinato es sencillo, así como la manera en que se cometió. Fue L. M. quien asesinó a Espinosa por dinero. El pobre Espinosa era un inválido, estaba esquelético y débil; como no se encontró sangre, no hay duda de que L. M. se arrojó sobre él y lo asfixió con la almohada, después de haber sido sofocado ya el infeliz con la infernal comida. Después de masticar ese «gallo viejo», que yo sospecho era del siglo anterior, ¿en qué condiciones podría haber estado ese pobre inválido para enfrentarse con L. M.? Pero ¿quién era L. M.? Con seguridad no pudo haber sido Lindley Murria, pues yo le vi en York en 1825 y, además, no creo que cometiese semejante cosa; al menos no contra un camarada gramático; pues ya saben, caballeros, que Espinosa escribió una gramática hebrea muy respetable.

Hobbes, en cambio, nunca sabré por qué razón o motivo, no fue asesinado. Esto constituyó una enorme negligencia de los profesionales del siglo XVII, pues era a todas luces un magnífico sujeto para ser asesinado, excepto por el hecho de que era flaco y huesudo; puedo probar que tenía dinero, y (lo que es muy gracioso) no tenía derecho a oponer ninguna resistencia; de acuerdo con su teoría, un poder irresistible crea el derecho supremo, así que supone la más páfida rebelión resistirse a morir asesinado cuando aparece una fuerza componente con la intención de asesinarnos. No obstante, señores, y aunque no fue asesinado, me alegro de poder asegurarles (según su propia versión) que estuvo tres veces a punto de serlo. La primera vez fue en la primavera de 1640, cuando pretendió haber hecho circular un manuscrito en ayuda del Rey, y contra el Parlamento; de paso diremos que nunca pudo haber escrito ese panfleto; pero él dice que «si su Majestad no hubiese disuelto el Parlamento» (en Mayo), «habría peligrado mi vida». Disolver el Parlamento, sin embargo, no fue de ninguna utilidad, pues en noviembre del mismo año, el Parlamento Largo se reunió y Hobbes, por segunda vez, temiendo ser asesinado, escapó a Francia. Esto se parece a la locura de Jhon Dennon, quien pensó que Luis XIV jamás haría las paces con la Reina Ana a no ser que le entregaran para satisfacer la venganza del primero, por lo que huyó a la costa con esta

creencia. En Francia, Hobbes supo cuidar muy bien de su garganta durante diez años, pero al final de ese periodo publicó el *Leviatán* en homenaje a Cromwell. El viejo cobarde comenzó a sentir por tercera vez un pánico horrible; se imaginaba que las espadas de los caballeros se volvían contra él, recordando cómo habían tratado a los embajadores parlamentarios en La Haya y en Madrid. «Tum», dice en su vida, escrita en un tosco latín,

«Tum venit in mentem mihi Dorislaus et Ascham;
Tanquam proscripto terror ubique aderat».

Y actuando conforme a esto, regresó corriendo a Inglaterra. Ahora bien, es cierto que un hombre merece una paliza por haber escrito el *Leviatán*; y dos o tres palizas por haber escrito un pentámetro terminando de una manera tan villana como «terror ubique aderat». Pero ningún hombre le consideró digno de algo más que de una paliza. Y, de hecho, toda su historia no es más que una fanfarronada. Pues en una carta aún más abusiva, que escribió a una «persona ilustrada» (refiriéndose a Wallis, el matemático), da una versión de los hechos muy diferente, y dice (pág. 8) que corrió a casa «porque no confiaba en su seguridad dada la hostilidad que le mostraba el clero francés», insinuando que estaba apunto de ser asesinado pro su religión, lo que realmente habría sido una broma pesada: ¡Tom llevado a la hoguera a causa de su religión!

Ya fuese o no una fanfarronada, cierto es, sin embargo, que Hobbes, al final de su vida, temía que alguien quisiera asesinarle. Esto ha quedado documentado por la historia que voy a contarles a continuación; no proviene de un manuscrito, pero (como dice Mr. Coleridge) es tan bueno como un manuscrito, pues procede de un libro enteramente olvidado, esto es: *El credo de Mr. Hobbes, examinado; en un diálogo entre él y un estudiante de teología*, publicado alrededor de diez años antes de la muerte de Hobbes. El libro es anónimo, pero fue escrito por Tensión, el mismo que, treinta años más tarde, sucedería a Tillotson como arzobispo de Canterbury. La anécdota introductoria dice lo que sigue: «Cierta teología, al parecer (sin duda el mismo Tenisson), recorrió la isla durante un año. En una de estas excursiones (1670) visitó el pico de Berbyshire, quizá por la descripción que Hobbes había hecho de él. Estando en esa comarca, no se resistió a realizar una visita a Buxton y en el mismo momento de su llegada tuvo la gran fortuna de encontrar a un grupo de caballeros desmontando ante la puerta de la posada, entre los cuales se hallaba un tipo delgado, que resultó no ser otro que Mr. Hobbes en persona, que probablemente había llegado desde Chattsworth. Encontrándose con

semejante león, un turista a la búsqueda de lo pintoresco, no dudó en presentarse en su calidad de pelmazo. Por suerte para él, dos de los compañeros de Mr. Hobbes tuvieron que salir urgentemente, así que, durante el resto de su estancia en Buxton, tuvo a Leviatán enteramente para sí, y también tuvo el honor de tomarse unos tragos con él por la noche. Hobbes, según parece, mostró al principio una gran rigidez, pues no le gustaban los clérigos, pero pronto se desvaneció ese retraimiento, se comportó de una manera muy sociable y divertida, decidiendo ir juntos a los baños. No puedo explicarme cómo Tennison se aventuró a jugar con Leviatán, pero así fue: retozaron como dos delfines, aunque Hobbes tenía que ser tan viejo como las colinas que los rodeaban y, en algunos intervalos en que se abstuvieron de nadar y chapotear, hablaron de muchas cosas relacionadas con los baños de los antiguos, así como sobre el origen de las fuentes termales. Cuando habían pasado de esta manera una hora, salieron del baño y, después de haberse secado y vestido, se sentaron esperando una cena, como era propio del lugar, con el fin de refrescarse como los *Deipnosophistae*, más para razonar que para beber mucho. Pero en esta inocente intención fueron interrumpidos por una pequeña riña, en la que, durante un breve periodo de tiempo, quedaron involucradas algunas de las rudas personas que estaban en la casa. Esto pareció preocupar mucho a Mr. Hobbes, aunque se encontraba a considerable distancia de esas personas. ¿Y por qué estaba preocupado, señores? Piensas, sin duda, que por un bondadoso y desinteresado amor a la paz, propio de un hombre mayor y de un filósofo. Pero escuchemos: «Durante un rato perdió la calma, y se repetía una y otra vez, en un tono bajo y cuidadoso, cómo Sextus Roscius fue asesinado después de la cena en las «Balneae Palatine». Algo parecido relata Cicerón en relación con Epicuro, el ateo, de quien observó que lo que más temía era lo que más condenaba: la muerte y los dioses. Tan sólo porque era la hora de cena y se encontraban cerca de unos baños, Mr. Hobbes creía que iba a sufrir el mismo destino de Sextus Roscius. ¡Lo iban a asesinar porque Sextus Roscius había sido asesinado! ¿Qué lógica se escondía en esto, a no ser la de un hombre que siempre estaba soñando con el crimen? Aquí estaba Leviatán, no temiendo más las dagas de los caballeros ingleses o del clero francés, pero «asustado hasta perder la compostura» por una riña en una posada entre algunos honestos patanes de Derbyshire, a quienes les habría puesto los pelos de punta la figura de ese espantapájaros que pertenecía al siglo anterior.

Me complace informarles que Malebranche fue asesinado. El hombre que lo asesinó es bien conocido: fue el obispo de Berkeley. La historia es famosa, aunque aún no se haya dado la versión adecuada. Berkeley, siendo joven, fue a Paris y visitó al Père Malebranche. Lo encontró cocinando en su celda. Los

cocineros siempre han sido un *genus irritabile*, los autores aún más: Malebranche era las dos cosas. Surgió una disputa entre ellos; el viejo padre, que ya tenía calor, se agitó aún más, la irritación metafísica y la culinaria se unieron atacándole el hígado: se echó en la cama y se murió. Esta es la versión más difundida de la historia: «y con ella se engaña a todos los oídos de Dinamarca». El caso es que se echó tierra sobre el asunto, por consideración a Berkeley, que (como observa Pope con razón) tenía «todas y cada una de las virtudes que existían bajo el cielo». Además, era bien sabido que Berkeley, sintiéndose asimismo irritado por el mal genio del viejo francés, se puso en guardia, y la consecuencia fue un combate: Malebranche quedó tumbado en el primer «round»; esto le bajó los humos, y tal vez se habría rendido, pero a Berkeley se le volvió a subir la sangre a la cabeza e insistió en que el francés se retractase de su doctrina de las «causas ocasionales». La vanidad del hombre era demasiado grande para consentir en ello y fue sacrificado a la impetuosidad de la juventud irlandesa, combinada con su propia absurda obstinación.

A Leibniz, siendo en todos los aspectos superior a Malebranche, se le podría considerar, *a fortiori*, asesinado, pero no fue el caso. Creo que este descuido lo desazonó, y se sintió ofendido por la seguridad con que pasó sus días. No puedo explicarme de otra manera la conducta que demostró al final de su vida, cuando se tornó muy avaricioso y acaparó grandes sumas de oro que guardaba en su propia casa. Fue en Viena donde murió. Y aún se conservan cartas en las que describe la inconmensurable ansiedad que le causaba mantener intacta su garganta. No obstante, su deseo de ser víctima de un atentado era tan grande que no evitó el peligro. Un pedagogo inglés de Birmingham, el doctor Parr, adoptó, bajo las mismas circunstancias, una actitud más egoísta. Había amasado una considerable fortuna en platos de oro y plata, y durante un tiempo los depositó en el dormitorio de su casa en Hatton. Pero temiendo cada vez más ser asesinado, y sabiendo que no opondría resistencia (sin tampoco haber tenido nunca la mínima pretensión de hacerlo), transfirió todo al herrero de Hatton, pensando que el asesinato de un herrero sin duda pesaría menos para la *salus reipublicae* que el de un pedagogo. Sin embargo, sobre esto se ha discutido mucho, y ahora la mayoría está de acuerdo en que una buena herradura de caballo vale uno 2 ¼ de sermones de Hospital.

Leibniz, aunque no fue asesinado, se puede decir que murió, en parte a causa del miedo de ser asesinado, en parte a causa de la vejación que suponía no serlo. Kant, por otra parte, que no tenía ninguna ambición en ese sentido, tenía menos posibilidades de escapar de un asesino que cualquier otro hombre del que hemos leído, si exceptuamos a Des Cartes. ¡Tan injusta es la fortuna al

repartir sus dones! El caso se cuenta, según creo, en una biografía anónima de ese gran hombre. ¡Por Dios Santo, Kant se imponía, de una sentada, un paseo de seis millas todos los días a lo largo de un camino real! Llegando este hecho a los oídos de un hombre que tenía razones privadas para cometer el asesinato, esperó en el tercer mojón de Königsberg a su víctima, que llegó tan puntual como el coche correo. Si no se hubiese producido un accidente, Kant habría sido un hombre muerto. Este accidente se debió a la moral escrupulosa o, como la habría llamado Mrs. Quickley, *quisquillosa*, del asesino. Un viejo profesor, pensó, podía estar cargado de pecados. Pero no un niño. Con esta consideración, renunció a Kant en el último momento, y poco después mató a un niño de cinco años. Esta es, al menos, la versión alemana de lo sucedido, pero mi opinión es que el asesino era un aficionado, que pensó en lo poco que aportaría a la causa del buen gusto si asesinaba a un viejo, árido y adusto metafísico; no habría ninguna posibilidad de lucimiento, puesto que el hombre, muerto, no podría tener un aspecto más momificado que el que ya tenía en vida.

Señores, hemos seguido las conexiones entre la filosofía y nuestro arte, hasta que, sin darme cuenta, me he introducido en nuestra propia época. No me esforzaré por distinguirla de aquellas que la han precedido, pues no posee un carácter que la distinga. Los siglos XVII y XVIII, junto con la mayor parte del siglo XIX, como ya hemos visto, forman en conjunto la era augusta del asesinato. La obra más espléndida del siglo XVII es, sin lugar a dudas, el asesinato de Sir Edmondbury Godfrey, que obtiene toda mi aprobación; por el gran rasgo de *misterio*, que de una forma u otra debería adornar cualquier juicioso intento de asesinato, es excelente, pues aún no se ha cifrado el misterio. Exhorto a la sociedad a que renuncie a imputar este asesinato a los papistas, pues eso perjudicaría tanto a la obra, como los restauradores profesionales han perjudicado algunos famosos *Corregíos*, o incluso llegaría a arruinarla al incluirla en la clase superior de asesinatos meramente políticos o partisanos, los cuales carecen plenamente del «animus» criminal. De hecho, esa idea carece de fundamento y surge del puro fanatismo protestante. Sir Edmondbury no se distinguió precisamente entre los magistrados londinenses por su severidad contra los papistas, o en favorecer los intentos de los celotas por endurecer la ley penal contra las personas. No había dirigido hacia sí mismo las animosidades de cualquier secta religiosa. En cuanto a las gotas de cera de vela halladas en el traje del cadáver cuando se descubrió en una zanja, hecho por el que se dedujo en un principio que los sacerdotes asignados a la capilla de la reina papista habían estado involucrados en el asesinato, no eran

más que un artificio fraudulento organizado por aquellos que querían concentrar las sospechas en los papistas, o bien la prueba —las gotas de cera y la causa sugerida por las gotas— podía haber sido una jactancia o una broma del obispo Burneo, quien, como suele decir la Duquesa de Portsmouth, era uno de los grandes maestros de cuantos y novelas del siglo XVII. Al mismo tiempo, se debe destacar que la cantidad de asesinatos no fue muy grande en el siglo de Sir Edmondbury, al menos entre nuestro propios artistas, lo cual, quizá, se pueda atribuir a la carencia de un mecenazgo ilustrado. *Saint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones*. Al consultar las *Observaciones sobre las tasas de mortalidad* de Grant (cuarta edición, Oxford, 1665), encuentro que de 229.250 que murieron en Londres durante un periodo de veinte años en el siglo XVII, no más de ochenta y seis fueron asesinados, esto es, alrededor de cuatro y tres décimas por año. Un número exiguo, caballeros, para fundar una academia y, ciertamente, donde la cantidad es tan reducida no tenemos derecho a esperar que la calidad fuese de primer rango. Quizá lo fue, pero aún soy de la opinión de que el mejor artista de este siglo no se puede equiparar al mejor en el siglo siguiente. Por ejemplo, por más digno de elogio que fuera el caso de Sir Edmondbury Godfrey (y nadie puede ser más sensible a sus méritos de lo que yo lo soy) aún no puedo situarlo en el mismo nivel que el de Mrs. Ruscombe de Bristol, ni en lo que respecta a la originalidad en su diseño, ni a la audacia y amplitud en la ejecución. El asesinato de esta buena señora se cometió en los inicios del reinado de Jorge III: un reino que, como todos sabemos, fue muy favorable a las artes en general. Vivía en Collage Green con sólo una criada, y ninguna de ellas tenía título alguno para entrar en la historia, pero lo obtuvieron del gran artista cuya creación paso a recordar. Una soleada mañana, cuando todo Bristol estaba vivo y en movimiento, albergando alguna sospecha, los vecinos forzaron la puerta de la casa y encontraron a Mrs. Ruscombe asesinada en su cama, y a la sirvienta asesinada en las escaleras: esto fue al mediodía y, no más de dos horas antes, las dos, tanto la dama como la criada, habían sido vistas con vida. Si no me equivoco esto ocurrió en 1764, hace más de sesenta años, por tanto, ya se ha olvidado, y el artista aún no ha sido descubierto. Las sospechas de la posteridad se han centrado en dos pretendientes: un panadero y un deshollinador. Pero la posteridad se equivoca; ningún artista sin experiencia podría haber concebido una idea tan audaz como la de un asesinato al mediodía en el corazón de una gran ciudad. No fue un oscuro panadero, caballeros, ni un anónimo deshollinador, se lo aseguro, el que ejecutó el trabajo. Yo sé quién fue (*aquí se produjo un murmullo en el auditorio que terminó por romper en una ovación; el conferenciante se sonrojó y continuó con más gravedad*). ¡Por amor al Cielo, señores, no me interpreten mal! No fui yo el que lo hizo. No tengo la

vanidad de creerme capaz de ese logro; estén seguros de que sobrestiman mis pobres talentos; el caso de Mrs. Ruscombe estaba más allá de mis escasas habilidades. Pero llegué a saber quién fue el asesino por un célebre cirujano que asistió en su autopsia. Este caballero poseía un museo privado en lo concerniente a su profesión, en uno de cuyos rincones se exhibía un vacío en yeso de un hombre con unas proporciones de gran armonía.

«Eso —me dijo el cirujano— es un vaciado en yeso del famoso salteador de caminos de Lancashire, quien ocultó su profesión por algún tiempo a sus vecinos, poniéndole calcetines de lana a las patas de sus caballos para amortiguar el ruido que hacían al pasar por el callejón empedrado que conducía a su establo. En el momento de su ejecución por asalto, yo estaba estudiando con Cruickshank, y la figura del hombre era tan incomparable en la armonía de sus rasgos y miembros que no escatimamos ningún dinero o esfuerzo para poder apoderarnos de él con la menor dilación. Con la connivencia del ayudante del sheriff, se le bajó de la horca antes de que transcurriese el plazo legal, y lo pusimos de inmediato en un coche de caballos, de suerte que, cuando llegó a manos de Cruickshank, aún no estaba legalmente muerto. A Mr. —, un joven estudiante por entonces, le cupo el honor de darle el *coup de grace*, cumpliendo así la sentencia de la ley. Esta significativa anécdota, que parece implicar que todos los caballeros presentes en la sala de disección eran aficionados de nuestra clase, me impresionó mucho; un día se la conté a una dama de Lancashire, quien me informó que ella había vivido en el mismo barrio que el bandolero, y que recordaba muy bien dos circunstancias, las cuales, combinadas con la opinión de todos sus vecinos, parecen atribuirle el mérito del caso Ruscombe. Una era el hecho de su ausencia durante toda una noche en el periodo del asesinato; la otra que, en el periodo inmediatamente posterior, el vecindario de ese bandolero se vio inundado de dólares: ahora bien, se sabía que Mrs. Ruscombe guardaba dos mil monedas de esa divisa. No obstante, sea quien fuere el artista, el caso sigue siendo un monumento perdurable a su genio, pues fue tal la impresión de temor reverente y de poder que dejó, con la fuerza de concepción manifestada en su asesinato, que (como dijeron en 1810) aún no se había logrado encontrar ningún equilibrio para la casa de Mrs. Ruscombe».

Pero, al entretenerme elogiando el caso ruscombiano, no supongan que paso por alto los numerosos casos de extraordinario mérito que se extienden a lo largo del siglo. Esos casos, como por ejemplo el de Miss Bland, o el del capitán Donnellan y Sir Theophilus Boughton, nunca merecerán mi complacencia. ¡Abajo con esos traficantes de veneno! Digo yo: ¿acaso no pueden mantener la antigua y honesta traición de cortar gaznates, sin introducir esas abominables innovaciones de Italia? Considero estos casos de

envenenamiento, comparados con el método legítimo, como una figura de cera al lado de una escultura, o una litografía al lado de un fino Volpato. Pero, al margen de estos casos, aún quedan numerosas obras de arte excelentes en un estilo puro, del que nadie se debe avergonzar, como admitirá cualquier sincero entendido. Y observen que digo *sincero*, pues en estos casos hay que hacer muchas concesiones; ningún artista puede estar seguro de estar en condiciones de llevar a cabo su propia idea. Pueden surgir inconvenientes de lo más peregrino; habrá gente que no consienta en dejarse cortar el gáznate con tranquilidad; correrán, patearán, morderán y, mientras el retratista se queja con frecuencia del torpor de su modelo, el artista en nuestra línea generalmente se ve obstaculizado por el exceso de animación. Al mismo tiempo, aunque sea igual de desagradable para el artista, la tendencia del asesinato a excitar e irritar al sujeto es una de las ventajas para el mundo en general, y que no podemos ignorar, ya que favorece el desarrollo de talentos ocultos. Jeremy Taylor observa con admiración los tremendos saltos que son capaces de dar las personas bajo la influencia del miedo. De ello tuvimos un buen ejemplo en el reciente caso de los M'Keand, en el que, en el que el muchacho llegó a una altura que no volverá a alcanzar en toda su vida. El pánico que acompaña a nuestros artistas ha logrado desarrollar a veces los talentos más brillantes para dar puñetazos o para cualquier otro ejercicio gimnástico, talentos que habrían quedado enterrados o escondidos para sus poseedores, así como para sus amigos. Recuerdo una interesante ilustración de este hecho en un caso que conocí en Alemania.

Cabalgando un día por los alrededores de Munich, me encontré con un distinguido aficionado de nuestra sociedad, cuyo nombre no revelaré. Este caballero me informó que, estando hastiado de los fríos placeres (así los llamo él) de la mera actividad contemplativa, había decidido abandonar Inglaterra con destino al continente con el fin de practicar un poco la profesión. Para este propósito escogió Alemania, concibiendo que la policía en esa parte de Europa sería más lenta y amodorrada que en otros sitios. Su *debut* como profesional tuvo lugar en Mannheim, y sabiendo que yo era un camarada aficionado, me comunicó con toda franqueza su inaugural aventura. «Frente a mi alojamiento —me dijo— vivía un panadero. Era un personaje avaricioso y vivía solo. No se si se debió a su cara ancha como una pandereta o a cualquier otra cosa, el caso es que se me antojó, y decidí practicar con su garganta que, por cierto, siempre llevaba descubierta: una moda muy irritante para mis deseos. Observé que a las ocho de la tarde cerraba todos los días sus ventanas. Una noche que lo vi haciéndolo, me acerqué por detrás de un salto, cerré la puerta y, dirigiéndome a él con gran urbanidad, le comuniqué la naturaleza de mis propósitos; al mismo tiempo le advertí que no opusiera resistencia, lo cual

sería desagradable para los dos. Después de haberle dicho esto, saqué mis herramientas y procedí a operar. Pero ante este espectáculo, el panadero, que parecía haber sido afectado por una catalepsia tras mi primer anuncio, despertó con una tremenda agitación. «! No quiero ser asesinado! —gritó—, ¿porqué tendría que perder mi hermosa garganta?» ¿«Por qué? —dije yo—; si no hay ninguna razón, pues porque ha puesto alumbre al pan. Pero no importa si ha puesto o no alumbre (pues no estaba dispuesto a comenzar una discusión al respecto), sepa que soy un virtuoso en el arte del asesinato —estoy deseoso de perfeccionarme en los detalles— y me he enamorado de la vasta superficie de su garganta, por lo que me he decidido a ser su cliente». «No me diga —dijo él—, pues yo lo considero un cliente en otro sentido», y mientras decía esto adoptó la posición de un boxeador. La sola idea de que boxeara me parecía absurda. Ciertamente, un panadero inglés se distinguió en el *ring*, y llegó a adquirir fama bajo el título de Maestro de los Bollos, pero él era joven y estaba en buena forma física, mientras que este hombre era un monstruoso colchón de plumas en persona, de cincuenta años de edad, y totalmente fuera de forma. Pese a todo esto, al enfrentarse a mí, que soy un consumado maestro en el arte, se defendió con tal desesperación que muchas veces temí que cambiaran las tornas, y que yo, un aficionado, pudiera ser asesinado por un panadero bribón. ¡Qué situación! Personas sensibles simpatizarán con mi ansiedad. Podrá comprobar lo duro que fue para mí si le digo que en los primeros trece asaltos el panadero me llevó ventaja. En el 14 asalto recibí un puñetazo en el ojo derecho que casi me lo cierra por completo; al final, creo que eso fue mi salvación, pues el enojo que creció en mí fue tan grande que tanto en éste, como en cada uno de los tres asaltos siguientes, tumbé al panadero.

- Asalto 19. El panadero se levantó jadeante y se le notaba tocado. Sus proezas geométricas en los últimos cuatro asaltos no le habían sentado bien. No obstante, mostró cierto estilo al parar un mensaje que le envié a su cadavérica jeta, y al enviárselo mi pié resbaló y caí en la lona.

- Asalto 20. Al contemplar al panadero sentí vergüenza porque esa masa informe me estuviese dando tanto trabajo. Así que le acometí con fiereza y le administré un severo castigo. Se produjo un combate cuerpo a cuerpo, los dos nos vinimos al suelo, el panadero debajo, diez a tres para el aficionado.

- Asalto 21. El panadero saltó con sorprendente agilidad; en efecto, aún tenía un buen juego de piernas y peleó magníficamente, considerando que estaba bañado en sudor, pero ya había quedado deslustrado y su disposición a defenderse era mero efecto del pánico. Estaba claro que no podía durar mucho. En el curso de ese asalto intenté la estrategia de la finta con la que cobré una gran ventaja, golpeándole repetidamente en la nariz. Mi razón para

esto era que su nariz estaba cubierta de carbúnculos y pensé que le humillaría si me tomaba esas libertades con ella, y así ocurrió.

«En los tres asaltos siguientes el maestro de los bollos osciló como una vaca en una pista de hielo. Viendo cómo estaban las cosas, en el asalto 24 le susurré algo al oído que le envió al suelo como un disparo. Tan sólo le dije mi opinión personal sobre el valor de su garganta en una agencia de seguros. Este susurro confidencial le afectó mucho; el sudor se le enfrió en el rostro, y durante los dos asaltos siguientes lo tuve a mi disposición. Cuando le llamé para el asalto 26 yacía en el suelo como un tronco.»

«Después de lo cual —le dije al aficionado—, supongo que cumplió su propósito». «Cierto —me dijo suavemente—, lo hice, y recibí una gran satisfacción por haber matado dos pájaros de un tiro: al haber ganado la pelea con el panadero antes de haberle asesinado. Ahora bien, en ese momento no podría verlo así, pues en mi mente parecía como si hubiese cogido dos piedras para matar a un solo pájaro, habiéndome visto obligado a bajarle los humos con los puños y luego a hacer mi trabajo con las herramientas». Pero no importa la lógica del asunto. La moraleja de esta historia fue provechosa, puesto que mostró que la posibilidad razonable de ser asesinado supone un sorprendente estímulo para descubrir talentos ocultos. Un obeso, torpe y medio cataléptico panadero de Mannheim había resistido veintisiete asaltos a un consumado boxeador inglés, animado por esta inspiración; hasta tal punto exalta y sublima el genio natural la estimulante presencia del asesino.

En verdad, caballeros, cuando uno escucha cosas como ésta, se convierte, tal vez, en un deber suavizar un poco la extrema aspereza con la cual la mayoría de las personas suelen hablar del crimen. Al oír a la gente hablar, se podría suponer que ser asesinado tiene todas las desventajas e inconvenientes, y que no hay ninguna en *no* ser asesinado. Pero hombres prudentes no lo creen así. «Cierto —dice Jeremy Taylor—, caer víctima del filo de la espada es un mal temporal menor que morir a causa de una fuerte fiebre; y el hacha (a la cual se podría añadir el mazo del carpintero y la barra de hierro) causa menos aflicción que la estranguria». Muy cierto; el obispo habla como un hombre sabio y como un aficionado, y así es en realidad. Y otro gran filósofo, Marco Aurelio, también estaba por encima de los vulgares prejuicios sobre esta materia. Declara que «una de las más nobles funciones de la razón consiste en saber si es el momento para irse de este mundo o no» (Libro II, traducción de Coller). Al tratarse de uno de los conocimientos más raros, no hay duda que hay que ser un carácter de lo más filantrópico para emprender la labor de instruir gratis a las personas en esta rama de la ciencia, con riesgo considerable para uno mismo. Todo esto, sin embargo, es pura especulación para futuros moralistas, y declaro mi convicción personal de que muy pocos

hombres cometen asesinatos por principios filantrópicos o patrióticos, y repito lo que ya he dicho al menos una vez: que la mayoría de los asesinos suelen ser caracteres muy imperfectos.

Respecto a los asesinatos de Williams, los más sublimes y perfectos en su excelencia que se han cometido, no me permitiré abordarlos de manera superficial. Ni una conferencia entera, ni tampoco todo un curso de conferencias, podrían bastar para exponer sus méritos. Pero mencionaré un hecho curioso, conectado con este caso, porque parece implicar que el brillo de su genio cegó por completo el ojo de la justicia criminal. No dudo que todos recordarán que los instrumentos de los que se sirvió para ejecutar su primera gran obra (el asesinato de los Marr) fueron un mazo de carpintero y un cuchillo. Ahora bien, el mazo pertenecía a un anciano sueco, un tal John Petersen, y llevaba sus iniciales. Williams dejó detrás esta herramienta, en la casa de los Marr, y cayó en manos de los magistrados. Caballeros, es un hecho que la publicación de la circunstancia de las iniciales llevó de inmediato a la detención de Williams y, si se hubiera hecho antes, se habría podido prevenir su segunda gran obra (el asesinato de los Williamson), que se produjo precisamente doce días después. Pero los magistrados mantuvieron oculto al público este hecho durante esos doce días, hasta que se consumó la segunda obra. Entonces fue cuando se hizo público, creyendo que Williams ya había hecho lo suficiente por su fama y que su gloria se encontraba mucho más allá de todo accidente.

En lo que concierne al caso de Mr. Thurtell, no sé qué decir. Es natural que tenga cierta inclinación a pensar muy bien de mi predecesor en la cátedra de esta sociedad y reconozco que sus conferencias son irreprochables. Pero, siendo sincero, pienso que su principal representación artística ha sido muy sobrestimada. Admito que al principio yo también me vi arrastrado por el entusiasmo general. En la mañana en que se dio a conocer el nombre del asesino en Londres, se reunió la asamblea más concurrida de aficionados que he conocido desde los días de Williams; anciano y decrepitos entendidos que ya apenas se levantaban de la cama y que repetían de una forma terca, despreciativa y quejumbrosa que «ya no quedaba nada por hacer», ahora se los veía renquear por nuestro club: raramente he presenciado tal hilaridad, tal expresión benigna de general satisfacción. En todas partes se veía a gente estrechándose las manos, felicitándose unos a otros y organizando fiestas para esa noche; y no se oía otra cosa que retos triunfantes como: «¡Bien! ¿Y qué me dice ahora?, ¿merecía o no merecía la pena? ¡Estará satisfecho!» Pero, en medio de todo esto, recuerdo que nos quedamos en silencio al escuchar al viejo y cínico entendido L. S——, ese *laudator temporis acti*, cojeando con su para de palo; entró en la sala con su habitual entrecejo fruncido y, mientras

avanzaba, gruñía y murmuraba por todo el camino: «No hay nada original en toda la obra. ¡Mero plagio, un plagio desde el principio hasta el final! Además, su estilo es tan duro como el de Durero y tan basto con el de Fuseli». Muchos pensaron que sólo eran celos y mal genio, pero tengo que confesar que, una vez transcurrido el punto álgido del entusiasmo, encontré críticos más juiciosos que coincidían en que en el estilo de Thurtell había algo de *falsetto*. El hecho es que era un miembro de nuestra sociedad, lo cual, naturalmente, daba una inclinación amistosa a nuestro juicio y su persona era muy conocida por la afición, lo cual le dio una temporal popularidad entre el público londinense, que sus pretensiones no fueron capaces de justificar, pues *opinionum commenta delet dies, naturae judicia confirmat*. No obstante, había un diseño inconcluso de Thurtell para el asesinato de un hombre con un par de mancuernas que yo admiré mucho; era un mero esbozo, que nunca completó, pero a mí me parecía superior en todos los sentidos a su obra principal. Recuerdo que se produjo una gran decepción en algunos aficionados por el hecho de que ese esbozo hubiese quedado inconcluso, pero no puedo estar de acuerdo con ellos, pues los fragmentos y los primeros bosquejos, tan audaces, de los artistas originales, poseen con frecuencia un brillo que desaparece cuando hay que preocuparse de los detalles.

Considero que el caso de los M’Kean supera en mucho la jactanciosa representación de Thurtell, que está sin duda por encima de todo elogio, y pienso que guarda la misma relación con las obras inmortales de Williams, como *La Eneida* con *La Iliada*.

Pero ha llegado el momento de que diga unas palabras sobre los principios del asesinato, no con la intención de reglamentar la práctica, sino el juicio: la plebe de lectores de periódicos se complace con cualquier cosa, con tal que sea sangrienta. Pero las mentes sensibles exigen algo más. *En primer lugar*, hablemos sobre el tipo de persona que mejor se adapta al propósito del asesino; *en segundo lugar*, del escenario; *en tercer lugar*, del momento adecuado, así como del resto de pequeñas circunstancias.

En lo que se refiere a la persona, supongo que es evidente que debe tratarse de un hombre bueno porque, si no lo fuera, él mismo podría estar pensando en la posibilidad del asesinato; y esos forcejeos de «diamante corta diamante», aunque agradables cuando no hay otra cosa disponible, no son lo que un crítico podría denominar con propiedad asesinatos. Puedo mencionar a algunas personas (no digo nombres) que han sido asesinadas por otras en un callejón oscuro; a esto no se le puede objetar nada, pero al profundizar en el asunto el público se ha dado cuenta de que el asesinado, en ese momento, planeaba robar a su asesino, como mínimo, y posiblemente matarlo si hubiese sido lo bastante fuerte. Donde sea esté el caso, o se piense que es el caso, hay

que despedirse de todos los efectos genuinos del arte. El propósito final del asesinato, considerado como una de las Bellas Artes, es el mismo que Aristóteles le asigna a la tragedia, esto es, «purificar el corazón por medio de la piedad y el terror». Ahora bien, podrá haber terror, pero ¿cómo puede haber piedad en un tigre destrozado por otro tigre?

También es obvio que la persona elegida no debería ser un personaje público. Por ejemplo, a ningún artista juicioso se le habría ocurrido asesinar a Abraham Newland. Por esta razón: todo el mundo había leído tanto sobre Abraham Newland, y tan poca gente lo había visto, que se había difundido la firme creencia de que era una idea abstracta. Y recuerdo una vez, cuando se me ocurrió mencionar que había comido en una cafetería en compañía de Abraham Newland, que todo el mundo me miró enojado, como si hubiese pretendido haber jugado al billar con Prester John, o haber tenido un asunto de honor con el Papa. Y, a propósito, el Papa sería una persona muy impropia para ser asesinada, pues posee tal ubicuidad virtual como el Padre de la Cristiandad y, como el cuco, se le oye con tanta frecuencia, pero no se le ve, que sospecho que la mayoría de la gente lo consideraría una idea abstracta. Pero si un personaje público está en condiciones de invitar a cenar, «con todas las exquisiteces de temporada», el caso es muy diferente: todo el mundo comprende que no es una idea abstracta y, por tanto, no puede haber ninguna impropiedad en asesinarle, tan sólo que su asesinato caerá en una tipología que aún no he tratado.

Tercero: el sujeto elegido tendrá que gozar de buena salud, pues es pura barbarie asesinar a una persona enferma, ya que, por su condición, suele mostrarse completamente incapaz de resistirlo. Siguiendo este principio, no se debe elegir a ningún sastre que pase los veinticinco años, pues a partir de esa edad es seguro que padece de dispepsia. O, al menos, si se quiere cazar en ese coto, se deberá matar a dos a la vez; si los londinenses elegidos fuesen sastres, desde luego que tendrá que considerarse como un deber, según la vieja ecuación, asesinar a algún múltiplo de nueve: digamos, 18, 27, ó 36. y aquí, en esta atención hacia los enfermos, se observa cómo un arte sutil suaviza y refina los sentimientos. El mundo en general, caballeros, es muy sanguinario, y la mayoría busca en el asesinato una copiosa efusión de sangre; el ostentoso despilfarro en este sentido los satisface. Pero el entendido ilustrado es más refinado en su gusto y el resultado de nuestro arte, como de cualquier otro arte liberal bien cultivado, es humanizar el corazón; tan cierto es esto, que:

«Ingenuas didicisse fideliter artes,
Emolit mores, nec sinit esse feros».

Un amigo filósofo, muy conocido por su filantropía y su bondad, sugiere que el sujeto escogido debería tener una familia con niños pequeños que dependa enteramente de su trabajo, con el propósito de intensificar el «pathos». Y, sin duda, se trata de una precaución juiciosa. Pero yo no insistiría mucho en esta condición. Es incuestionable que el buen gusto la demandaría con rigor; no obstante, si al hombre no se le puede hacer ninguna objeción en cuestión de moral o salud, no me atrevería a imponer una restricción tan severa que pudiera tener como efecto reducir la esfera de actuación del artista.

Esto, en cuanto a la persona. En lo que se refiere al momento, al lugar y a las herramientas, tengo muchas cosas que decir, pero no tengo el tiempo necesario para ello. El buen sentido suele indicar al autor la nocturnidad y la soledad. Sin embargo, ha habido muchos casos que se han apartado de esta regla con efectos excelente. En lo que a mí respecta, el caso de Mrs. Ruscombe es una hermosa excepción, que ha he comentado; y en lo concerniente al momento y al lugar, se da una sutil excepción en los anales de Edimburgo (año 1805), conocida por cualquier niño de esta ciudad, pero que, por motivos inexplicables, no ha encontrado entre los entendidos ingleses la fama que se merecía. El caso al que me refiero es el de un portero de uno de los bancos, que fue asesinado cuando llevaba un saco de dinero, a plena luz del día, al doblar la esquina de High Street, una de las calles más concurridas de Europa, y el asesino sigue sin ser descubierto.

«Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus
Singula dum capti circumvectamur amore.

Y ahora, señores, para concluir, permítanme declinar solemnemente cualquier pretensión por mi parte de considerarme un profesional. Jamás he intentado asesinar a nadie en toda mi vida, excepto en el año 1801 a un gato, y aquello tuvo un resultado muy diferente al de mis intenciones. Mi propósito, lo admito, era el asesinato. «Semper ego auditor tantum?», me dije, «nunquamne reponam?» Y bajé las escaleras en busca del gato a la una de la madrugada de una noche oscura, con el «animus», y sin duda con el aspecto feroz de un asesino. Pero cuando lo encontré, estaba ocupado saqueando la bolsa del pan y otras cosas. Eso dio un giro al asunto, pues, al ser los tiempos de escasez general, cuando incluso los cristianos se veían obligado a consumir pan de patatas, pan de arroz, y todo ese tipo de cosas, un gato que malgastaba

un buen pan de trigo, de la manera en que lo estaba haciendo, era pura y llanamente traición. Al instante matar al gato se convirtió en un deber patriótico y, mientras me alzaba y esgrimía el brillante acero, me imaginé a mí mismo como Bruto, surgiendo de entre una multitud de patriotas, y lo apuñalé, yo

«pronuncié en voz alta el nombre de Tulio,
¡y grité «salve» al padre de la patria!»

Desde entonces cualquier vago pensamiento de atentar contra la vida de una anciana oveja o de una vetusta gallina, u otro «ganado menor», ha quedado encerrado en los secretos de mi corazón, pero para las supremas exigencias del arte confieso que me siento completamente incapaz. Mi ambición no llega tan lejos. No, caballeros, empleando las palabras de Horacio,

«...fungar vice cotis, acutum
Reddere quae ferrum valet, exsors ipsa secandi».

Segundo artículo

Hace unos años recordarán los lectores que me presenté en calidad de *dilettante* en cuestión de asesinatos. Quizá la palabra *dilettante* sea muy fuerte. La de *connoisseur* es más apropiada a los escrúpulos y flaqueza del gusto público. Supongo que en esto no habrá nada de malo. Nadie está obligado a meter sus ojos, sus oídos y su entendimiento en el bolsillo de los pantalones cuando se encuentra con un asesino. Si no se encuentra en un completo estado comatoso, me imagino que un asesino es mejor que otro en cuestión de buen gusto. Los asesinatos tienen sus pequeñas diferencias y grados de mérito, al igual que las estatuas, los cuadros, los oratorios, camafeos, grabados, y no sé cuántas cosas más. Uno puede enojarse con el hombre por hablar demasiado, o por hacerlo muy públicamente (en lo de demasiado me retracto: nadie puede cultivar su gusto en exceso), pero en todo caso permítanme que piense. ¿Lo creerán ustedes? Todos mis vecinos oyeron hablar de aquel pequeño ensayo de estética que publiqué y, por desgracia, también oyeron hablar al mismo

tiempo del club con el que me hallaba relacionado, así como de la cena que presidí —ambas cosas, con el ensayo, destinadas al mismo modesto propósito de difundir el buen gusto entre los súbditos de Su Majestad—, y a renglón seguido se dedicaron a levantar las calumnias más feroces contra mí. En particular dijeron que yo, o el club, lo que venía a ser la misma cosa, ofrecía premios a crímenes bien ejecutados... con una escala de descuentos en la puntuación, en caso de que se produjera un defecto o tacha en la ejecución, conforme a una tabla difundida entre los amigos personales. Permítanme ahora contarles toda la verdad acerca de la cena y del club, y comprobarán lo maliciosos que es el mundo. Pero antes déjenme que les diga, confidencialmente, cuáles son mis principios reales sobre la materia en cuestión.

En cuanto al asesinato, nunca he cometido uno en toda mi vida. Eso es algo bien sabido entre todos mis amigos. Puedo mostrar un documento para certificarlo firmado por un montón de gente. Por tanto, si vamos a eso, dudo que haya muchos que puedan conseguir un certificado tan convincente. El mío sería tan grande como un mantel. Tengo que reconocer que hay un miembro del club que pretende haberme cogido tomándome demasiadas libertades con su gaznate en una sesión nocturna, después que se hubiesen retirado todos los miembros. Pero observen que cambia la historia en función de lo que ha bebido. Cuando aún no ha ido muy lejos, se contenta con decir que me cogió mirando de manera insinuante su garganta y que estuve melancólico durante varias semanas después, y que mi voz sonaba como si expresara, para el fino oído del entendido, el *sentido de las oportunidades perdidas*. Pero todo el club sabe que se trata de un hombre desilusionado, y que a veces dice quejumbroso que resulta una negligencia fatal salir al extranjero sin las herramientas apropiadas. Además, éste es un asunto entre dos aficionados, y todo el mundo hace concesiones en pequeñas asperezas y roces de ese tipo. «Pero —me dirán— si usted no es un asesino, al menos habrá fomentado o incluso encargado un asesinato»; pues no, palabra de honor, nada de eso. Y éste es el asunto que quería discutir para su entera satisfacción. La verdad es que soy un hombre muy particular en todo lo relacionado con el asesinato y quizá llevo mi delicadeza demasiado lejos. El Estagirita situó con toda justicia, y posiblemente con conocimiento de mi causa, la virtud en el $\tau\omicron\mu\epsilon\sigma\omicron\nu$ o en el medio entre los extremos. A un justo medio, a eso es a lo que todos deberíamos aspirar. Pero es más fácil hablar que obrar y, siendo mi flaqueza más notoria la excesiva bondad de corazón, encuentro difícil mantener una línea recta ecuatorial entre los dos polos de demasiado asesinato por una parte, y demasiado poco asesinato por la otra. Soy condescendiente en exceso... y la gente se aprovecha de mí, incluso van por la vida sin que ni siquiera haya

atentado una vez contra ellos, lo cual no tiene excusa. Creo que si de mi dependiese, apenas tendríamos algún asesinato al año. De hecho, estoy a favor de la paz y de la tranquilidad y de la más exquisita cortesía, y de lo que se puede llamar una completa sumisión. Un hombre vino a visitarme como candidato para un puesto de criado justo cuando se encontraba vacante. Tenía la reputación de haber coqueteado algo con nuestro arte, y algunos dicen que no sin mérito. Lo que me asombró, sin embargo, fue que él suponía que este arte formaba parte de sus deberes habituales en el desempeño del servicio y habló de tenerlo en consideración en el salario. Ahora bien, eso era algo que yo no podía permitir, así que le dije enseguida: «Richard (o James, como quizá era el caso), interpreta mal mi carácter. Si una persona quiere y debe practicar este difícil (y permítanme añadir, peligroso) arte; si posee un decidido talento para ello, en ese caso puede seguir sus estudios mientras se encuentra a mi servicio o al de cualquier otro. Y asimismo, tengo que indicar, que no puede causar ningún perjuicio ni a sí mismo ni al sujeto en el que está operando, el que se guíe por personas de un mejor gusto que él. El talento puede hacer mucho, pero el largo estudio de este arte siempre da derecho a una persona a dar consejos. Hasta así llegaré yo: sugeriré principios generales. Pero, en lo que concierne a cualquier caso particular, no tendré nada que ver con él. No me hable nunca de una obra de arte en especial sobre la que esté pensando: me opongo a ello *in toto*. Pues si una vez un hombre consiente en un asesinato, al poco tiempo comienza a darle poca importancia al robo; y del robo para darse a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y de ahí sólo queda un paso para la descortesía y la falta de puntualidad. Una vez que alguien ha comenzado a descender por este sendero, nunca se sabe cuándo podrá parar. Más de una persona ha sellado su ruina con algún que otro asesinato, al que en aquel tiempo no dio mucha importancia. *Principiis obsta*: ésta es mi norma». Así le hablé, y nunca me he apartado de ella; si eso no es ser virtuoso, me gustaría saber qué cosa lo es.

Pero ahora responderé en lo que concierne a la cena y al club. El club no fue una creación mía, surgió de otras asociaciones similares para la difusión de la verdad y la comunicación de nuevas ideas; surgió más de la necesidad de las cosas que de la sugerencia de alguien. En cuanto a la cena, si hay una persona que pueda ser responsable de ella, es un miembro conocido entre nosotros por el nombre de Sapo-en-el-pozo. Le llamábamos así por su disposición melancólica y misantrópica, lo que le llevaba a calificar constantemente todos los asesinatos modernos como abortos viciosos, no pertenecientes a la auténtica escuela del arte. Despotricaba cínicamente acerca de las mejores obras de nuestra propia época; y al final este humor displicente llegó tan lejos, y se tronó tan notorio como un *laudator temporis acti*, y poca

gente buscaba su compañía. Esto le hizo aún más fiero y truculento. Iba por ahí gruñendo y murmurando; dondequiera que lo encontrabas, estaba sumido en un monólogo y diciendo para sí: «despreciable presuntuoso —ninguna composición—, ni un par de ideas buenas en la ejecución, sin...», y así hasta que se perdía de vista. Finalmente, la existencia se convirtió en una tortura para él; rara vez hablaba, parecía conversar con fantasmas, su portero nos informó que su lectura prácticamente se reducía a *God's Revenge upon Morder* (*La venganza de Dios por el asesinato*), de Reynolds, y otro libro antiguo con el mismo título, mencionado por Sir Walter Scott en sus *Fortunes of Nigel*. Algunas veces, quizá, llegó a leer en el calendario de Newgate hasta el año 1788, pero nunca miró en un libro más reciente. De hecho, tenía una teoría sobre la Revolución francesa como la gran causa de la degeneración del crimen. «Muy pronto, señor —solía decir—, los hombres habrán perdido el arte de matar aves de corral: los mismos rudimentos de este arte habrán fenecido». En el año 1811 Sapo-en-el-pozo se retiró de la sociedad y ya no se le vio más en ningún lugar público. Lo echamos de menos en los sitios que frecuentaba... ya no estaba ni en la espesura del bosque ni entre las hierbas. Al mediodía se echaba junto a la acequia para contemplar cómo pasaba la inmundicia. «Ni siquiera los perros son lo que eran, muy señor mío, ni lo que deberían ser —decía ese moralista meditabundo—. Recuerdo que en los tiempos de mi abuelo incluso algunos perros tenían una idea del asesinato. Conocía a un mastín que se escondió para atacar por sorpresa a un rival y lo asesinó con las placenteras circunstancias del buen gusto. Sí señor, conocí a un gato que era un asesino. Pero ahora...», y entonces, siendo el tema demasiado doloroso para él, se pasaba la mano por la frente y se dirigía de repente a su casa o hacia su acequia favorita, donde fue visto por un aficionado en tal estado que creyó peligroso dirigirse a él. Poco después se aisló por completo; era obvio que se había abandonado a la melancolía y, finalmente, se difundió la idea de que Sapo-en-el-pozo se había ahorcado.

Pero el mundo se había equivocado en eso, como se ha equivocado en otras cuestiones. Sapo-en-el-pozo podía haberse quedado dormido, pero no estaba muerto, de lo cual pronto tuvimos una prueba ocular. Una mañana de 1812 un aficionado nos sorprendió con la noticia de que había visto a Sapo-en-el-pozo arrastrando presuroso sus pies en el rocío mañanero para encontrarse con el cartero cerca de la acequia. Tan sólo esto ya era una novedad, y aún más que se había afeitado la barba, que se había quitado sus ropas de tristes colores y se había adornado como un novio de los viejos tiempos. ¿Qué podía significar todo esto?, ¿se había vuelto loco Sapo-en-el-pozo? Poco después se desveló el enigma, en más de un sentido figurativo «se descubrió el crimen», pues en los periódicos matutinos londinenses venía que tres días antes había ocurrido un

asesinato en pleno corazón de Londres, con mucho el más soberbio del siglo. No hace falta que diga que aquí se trataba del gran *chef d'oeuvre* de Williams en el número 29 de Ratcliffe Highway, la casa de Mr. Marr. Éste fue el *début* del artista; al menos el que conoce el público. Lo que sucedió en casa de Mr. Williamson doce noches después —la segunda obra producto del mismo cincel—, para algunos fue incluso superior. Pero Sapo-en-el-pozo se mostraba siempre reacio a tales comparaciones y hasta llegó a enojarse: «Este vulgar *gout de comparaison*, como la llama La Bruyère —observaba con frecuencia—, será nuestra ruina; cada obra tiene sus, características particulares... y cada una por sí misma es incomparable. Una, quizá, podría sugerir *La Ilíada*; otra, *La Odisea*: ¿qué se gana con esas comparaciones? Ninguna de ellas ha sido ni será superada; y tras discutir horas enteras, siempre se regresa a lo mismo». Sin embargo, y pese a lo vana que es toda crítica, afirmó que podría escribir un volumen dedicado a cada uno de los dos casos, e incluso se proponía publicar un volumen en cuarto sobre la materia.

Entre tanto, ¿cómo pudo enterarse Sapo-en-el-pozo tan temprano de esa gran obra de arte? Había recibido información por correo urgente, despachado por un corresponsal de Londres que observaba en su nombre los progresos del arte, con encargo de enviarle un mensaje urgente, costara lo que costase, siempre que se produjese alguna obra estimable. El mensaje urgente llegó por la noche; Sapo-en-el-pozo ya se había ido a la cama; había estado gruñendo y murmurando durante horas, pero desde luego le despertaron al instante. Después de leer el mensaje, abrazó al mensajero, le llamó su hermano y su salvador y le expresó su tristeza por no poder llamarle caballero. Nosotros —me refiero a nosotros, los aficionados—, habiendo escuchado que había salido, y que por lo tanto no se había ahorcado, estuvimos seguros de tenerle pronto entre nosotros, y así fue. Llegó, estrechó la mano de todos aquellos a quienes se encontraba en el camino, apretándolas incluso frenéticamente y sin dejar de exclamar: «¡ Bueno, esto ya se puede decir que es un asesinato! ¡Algo de verdad, genuino! ¡Merece aprobación, se puede recomendar a un amigo! ¡Toda persona con dos dedos de frente lo dirá: esto es como debería ser!». Y, en efecto, la opinión general era que Sapo-en-el-pozo habría muerto si no se hubiese producido esa regeneración en el arte, que el llamó una segunda era de León X, y era nuestro deber, dijo solemnemente conmemorarlo. Por el momento, y *en attendant*, propuso que el club debería reunirse en una cena. Así que dio una cena en el club, a la que fueron invitados todos los aficionados en una distancia de cien millas.

De esta cena se conservan amplias notas taquigráficas en los archivos del club. Pero no son «completas», para hablar diplomáticamente, y el taquígrafo, el único que podía haber proporcionado el informe *in extenso*, ha

desaparecido... creo que lo han asesinado. Entretanto, transcurridos varios años desde aquel día, y en una ocasión quizá igualmente interesante, con motivo de la aparición de los Thugs y del Thugismo, se dio otra cena. De ésta fui yo mismo quien tomó notas, por miedo a que le ocurriera otro accidente al taquígrafo. Y aquí las voy a adjuntar. Sapo-en-el-pozo, tengo que mencionarlo, estuvo presente en esa cena. De hecho, fue uno de sus acontecimientos sentimentales. Siendo tan viejo como los valles en la cena de 1812, en la cena de los Thugs de 1838 era tan viejo como las montañas. Se había vuelto a dejar barba; por qué, o con qué motivo, no sabría decirlo, pero así era. Y su apariencia era ahora más benigna y venerable. Nada podía igualar el brillo angélico de su sonrisa cuando se interesó por el infortunado taquígrafo (del cual, como una suerte de escándalo privado, les diré que se rumoreaba que él mismo había asesinado en un rapto artístico). El sub-comisario de nuestro condado le respondió con una sonora carcajada: «non est inventus». Sapo-en-el-pozo prorrumpió a su vez en una ruidosa carcajada cuando oyó esto; en principio creímos que se estaba asfixiando; y a petición de los comensales, un músico compuso una bellísima pieza coral con motivo del evento, que fue cantada cinco veces después de la cena, con general aplauso e inextinguibles risas, siendo ésta la letra (y el coro imitó de la forma más bella la mímica de la risa peculiar de Sapo-en-el-pozo).

«Et interrogatum est à Sapo-en-el-pozo — Ubi est ille taquígrafo?
Et responsum est cum cachinno — Non est inventus».

CHORUS

«Deinde iteratum est ab omnibus, cum cachinnatione undulante —
Non est inventus».

Tengo que decir que Sapo-en-el-pozo, unos nueve años antes, cuando un correo urgente de Edimburgo le llevó la primera noticia de la revolución emprendida en el arte por Burke y Hare, se volvió loco en ese mismo instante y, en vez de una pensión vitalicia para el mensajero, o un título de Sir, intentó aplicarle el método de Burke, como consecuencia de lo cual le pusieron una camisa de fuerza. Y ésa fue la razón de que no tuviéramos cena entonces. Pero ahora todos estábamos vivos y coleando, tanto los que tenían camisas de fuerza como los que no; de hecho, no se constató ninguna ausencia en toda la lista. Incluso estaban presentes muchos entendidos venidos del extranjero.

Terminada la cena y retirado el mantel, hubo una apelación general para cantar *Non est inventus*, pero como esto interferiría con el requisito de seriedad de los comensales durante los brindis anteriores, desestimé la petición. Tras los brindis nacionales, el primer brindis oficial del día fue *Al Viejo de la Montaña*, que se bebió guardando un solemne silencio.

Sapo-en-el-pozo dio las gracias en una grata intervención. Él mismo destacó sus vínculos con el Viejo de la Montaña, en unas breves alusiones, que logró despertar las risas en el auditorio; concluyó brindando por la salud de Mr. Von Hammer, agradeciéndole su erudita Historia del *Viejo de la Montaña y sus vasallos, los asesinos*.

Después de esto me levanté y dije que sin duda entre el auditorio sería bien sabido el lugar distinguido asignado por los orientistas al gran académico y erudito en cuestiones turcas, Von Hammer, el austriaco, que había realizado las más profundas investigaciones en nuestro arte conectándolo con aquellos primeros artistas eminentes, los asesinos sirios del periodo de las Cruzadas; y que su obra se había depositado durante muchos años, como un raro tesoro del arte, en la biblioteca del club. Incluso el apellido del autor, caballeros, le distingue como el historiador de nuestro arte: Von Hammer.

«Sí, sí —me interrumpió Sapo-en-el-pozo—, Von Hammer, él es el hombre para un *malleus haereticorum*. Todos sabemos cómo apreciaba Williams el martillo, o el mazo del carpintero, lo que es lo mismo. Caballeros, os confiero otro gran martillo —Charles el martillo, el Marteau o, en francés antiguo, el Martel—, él dio de martillazos a los sarracenos hasta acabar con ellos.

«A Carlos el Martillo, con todos los honores».

Pero la explosión de Sapo-en-el-pozo, junto con los tempestuosos vítores por el abuelito de Charlemagne, hizo que los comensales se volvieran ingobernables. Se requirió una vez más a la orquesta con gritos de entusiasmo que tocara la nueva pieza. Hice un esfuerzo poderoso para denegar la petición. Pronostiqué una noche tormentosa, así que me reforcé con tres camareros a cada lado, y lo mismo hizo el vicepresidente. Comenzaban a aflorar síntomas de un entusiasmo desmandado, y reconozco que yo mismo me excité considerablemente cuando surgió de la orquesta ese torbellino de música, y el coro apasionado comenzó a cantar: *Et interrogatum est à Sapo-en-el-pozo — ubi est ille taquígrafo? Y la pasión desenfadada pasó a ser completamente convulsiva cuando el coro entonó las palabras Et iteratum esta b ómnibus — Non est inventus.*

El siguiente brindis fue: ¡A los sicarios judíos!

Sobre el cual di la siguiente explicación a los comensales: «Caballeros, estoy seguro de que le interesará saber a todos que los asesinos, por muy antiguos que fueran, aun así tenían una estirpe de predecesores en el mismo

país. Por toda Siria, y en particular en Palestina, durante los primeros años del Emperador Nerón, había una banda de asesinos que emplearon métodos muy novedosos. No actuaban por la noche, o en lugares solitarios, por la simple consideración de que las grandes multitudes constituyen de por sí una suerte de oscuridad, debido a la intensa presión y a la imposibilidad de descubrir quién ha dado el golpe, ellos se mezclaban con la masa en todas partes; en especial durante la gran fiesta de Pascua en Jerusalén, donde llegaron a tener la audacia, según nos cuenta Josefus, de penetrar en el templo: ¿y a quién otro iban a elegir para su ejecución, si no era a Jonathan en persona, el *Pontifex Maximus*? Lo asesinaron, caballeros, de manera tan bella como lo habrían podido asesinar estando solo en una noche sin luna y en una oscura callejuela. Y cuando se preguntó quién había sido el asesino y dónde estaba»...

«Pues entonces se respondió», me interrumpió Sapo-en-el-pozo, «*non est inventus*». Y antes de que pudiera hacer o decir algo, la orquesta comenzó a tocar y todos los comensales cantaron: «Et interrogatum est à Sapo-en-el-pozo — ubi es tille Sicarios? Et responsum est ab ómnibus — *Non est inventus*».

Cuando el tempestuoso coro hubo remitido, comencé de nuevo: «caballeros, encontrarán un informe muy exacto acerca de los sicarios en, al menos, tres diferentes pasajes de Josefo; uno se encuentra en el libro XX, sect. v.c. 8, de sus *Antigüedades*; otro, en el libro I de sus *Guerras*; pero sobre todo en el sect. 10 del primer capítulo citado, se encontrará una descripción minuciosa de sus instrumentos. Esto es lo que dice: «Empleaban pequeñas cimitarras no muy diferentes de las *acinacae* persas, aunque más curvas, y ante todo muy parecidas a los puñales romanos o *sicae*, que tienen forma de media luna». Es perfectamente magnífico, señores, escuchar la secuela de su historia. Quizá el único caso registrado en que fue reunido un ejército de asesinos, un *justus exercitus*, fue el de estos *Sicario*. Tanta fuerza llegaron a tener en su terreno, que Festus en persona se vio obligado a marchar contra ellos con la fuerza legionaria romana. Se libró una batalla campal y ese ejército de aficionados quedó destrozado en el desierto. ¡Cielos, caballeros, qué cuadro tan sublime! ¡Las legiones romanas... el desierto... Jerusalén en lontananza... un ejército de asesinos en primer plano!»

Mr. R., un miembro del club, hizo el siguiente brindis: «¡por la continuada mejora de los instrumentos, y gracias al comité por sus servicios!»

Mr. L., en nombre del comité que había informado sobre esa materia, devolvió el agradecimiento. Hizo un interesante extracto del informe, del que se desprendía el gran interés que habían puesto los Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, en el modo de trabajar con las herramientas. En confirmación de este hecho placentero, dio un informe asombroso acerca de las primeras obras del arte antediluviano. El padre Mersenne, el erudito

católico francés, en la página mil cuatrocientos treinta y una de su laborioso *Comentario sobre el Génesis*, menciona la autoridad de varios rabinos acerca de que la disputa entre Caín y Abel fue por causa de una mujer; qué, según varias versiones, Caín se valió de sus dientes (*Abelem fuiste morsibus dilaceratum à Cain*); y de acuerdo con otras versiones, con la quijada de un burro, que es la herramienta más utilizada por los pintores. Pero a las mentes sensibles les resulta grato saber que, a medida que fue avanzando la ciencia, se fueron adoptando opiniones más sólidas. Un autor se muestra favorable a la horquilla, San Crisóstomo dice que fue una espada, Ireneo que una guadaña, y Prudencio que una podadora de setos. Este último autor nos transmite así su opinión:

«Frater, probatae sanctitatis aemulus,
Germana curvo colla frangit sarculo»:

esto es, «su hermano, celoso de su probada santidad, cortó su fraternal garganta con su corvo filo para podar». Todo esto lo refirió el comité, no tanto por ser algo decisivo en la cuestión (porque no lo es), sino con la intención de inculcar en las mentes jóvenes la importancia que siempre se ha atribuido a la calidad de los instrumentos por hombres como Crisóstomo e Ireneo.

« ¡Al infierno con Ireneo! —dijo Sapo-en-el-pozo levantándose con impaciencia para un nuevo brindis—: ¡Por nuestros amigos irlandeses... por una rápida revolución en sus métodos instrumentales, así como por todas las cosas conectadas con el arte!».

«Caballeros, les voy a decir la pura verdad. Todos los días del año leemos la crónica de sucesos en el periódico. Decimos estos es bueno... esto es encantador... ¡esto es excelente! Pero, ¡atención!, apenas seguimos leyendo y las palabras Tipperary o Ballina-algo traicionan la manufactura irlandesa, al instante lo odiamos, llamamos al camarero, le decimos: «llévese este periódico; sáquelo de aquí; es algo completamente escandaloso para las narices del buen gusto». Estoy seguro de que todas las personas, al averiguar que un asesinato (por otra parta, muy prometedor) es irlandés, se sienten tan ofendidos como si hubieses pedido una Madeira y les hubiesen traído un vino de El cabo; o cuando, al creer que recogen una seta comestible, resulta ser venenosa. Ya sean los diezmos o la política, o algún principio erróneo, el caso es que todo asesinato irlandés queda viciado. Señores, esto tiene que cambiar o Irlanda se convertirá en un país es el que no se puede vivir; al menos, si viviéramos allí, tendríamos que importar a todos nuestros asesinos, eso está claro». Sapo-en-el-pozo se sentó gruñendo con reprimida furia, y el

estruendoso «¡hear, hear!» expresó de manera clamorosa el asentimiento general.

El siguiente brindis fue: « ¡a la sublime época del burkismo y del harismo!»

En este caso se bebió con entusiasmo y uno de los miembros, el que había hablado sobre la cuestión, hizo un curioso comentario a los comensales: «Caballeros, creemos que el burkismo es un apura invención de nuestros tiempos y, en efecto, ningún Panciollus ha mencionado esta variedad del arte al escribir *de rebus deperditis*. No obstante, yo tengo por cierto que el principio esencial del arte era ya conocido entre los antiguos, aunque, como el arte de la pintura en vidrio, de hacer las copas de mirra, etc., se perdió en la edad oscura por falta de fomento. En la famosa colección de epigramas griegos realizada por Planudes se da lo que podría ser un pequeño caso fascinante de burkismo: es una perfecta gema del arte. En este momento no tengo a mano el epigrama, pero lo siguiente es un extracto que hace de él Salmasius, como lo encontré en sus notas sobre Vopiscus: «Est et elegans epigramma Licilii, ubi medicus et pollinctor de compacto sic egerunt, ut medicus aegros omnes curae suae comisos occideret»: está era la base del contrato, ya ven, por la cual, una de de sus partes, el médico por sí mismo y sus apoderados, se comprometen, sincera y lealmente, a asesinar a todos los pacientes que se les asignen; pero ¿por qué? Ahí radica la belleza del caso: «Et ut pollinctori amico suo traderet pollingendos». El *pollinctor*, ya lo saben, era una persona cuyo negocio consistía en vestir y preparar los cadáveres para el entierro. El motivo original de la transacción parece haber sido puramente sentimental: «era mi amigo», dice el doctor asesino, «era una persona querida», hablando del pollinctor. Pero la ley, caballeros, es severa y dura, la ley no prestará oídos a estos motivos sentimentales: para que un contrato de esta naturaleza entre en vigor, según la ley es esencial que se dé una «compensación». Ahora bien, ¿cuál era la compensación? Pues hasta ahora todo recae en el *pollinctor*, a quien se le pagará bien por sus servicios, mientras que el bien intencionado doctor sale con las manos vacías. ¿Cuál era, pregunto una vez más, esa pequeña compensación que la ley insistía tomase el doctor y sin la cual el contrato carecía de vigencia? Ahora lo sabrán: «Et ut pollinctor vicissim τελαμωναξ □ quos futabatur de pollinctione moruorum medico mitteret donis ad alliganda vulnera forum quos curabat»; es decir, que, de manera recíproca, el *pollinctor* tenía que suministrar gratuitamente al médico para el vendaje de heridas de aquellos a quienes trataba, los cinturones o fajas, τελαμωναξ de los que se habían logrado apoderar en el ejercicio de sus funciones con los cadáveres.

«Ahora el caso está claro: todo se retrotraía a un principio de reciprocidad que podría haber mantenido el trato para siempre. Así pues, el médico era un

cirujano: él no podía matar a *todos* los pacientes, algunos de los pacientes quirúrgicos tenían que quedar curados; para éstos necesitaba vendajes de lino, pero por desgracia los romanos los llevaban de lana, de ahí que se bañaran con tanta frecuencia. Ciertamente se podía conseguir lino en Roma, pero era monstruosamente caro, y las $\tau\omega\lambda\alpha\mu\omega\nu\alpha\zeta$, $\square\square$ o las fajas de lino con que la superstición obligaba a envolver los cuerpos, hablarían a favor del cirujano. El doctor, por tanto, se comprometió a suministrar a su amigo una constante sucesión de cuerpos, con la condición general de que dicho amigo le suministrase a su vez la mitad de los artículos que recibiera de las personas asesinadas o por asesinar. El doctor recomendaba invariablemente a su inestimable amigo el *pollinctor* (a quien podemos llamar el enterrador); y el enterrador, con la misma consideración hacia los sagrados derechos de la amistad, recomendaba sistemáticamente al doctor. Como Pílates y Orestes, eran los modelos de una perfecta amistad: en sus vidas eran encantadores y en el patíbulo esperemos que no los separasen.

«Caballeros, me provoca carcajadas el pensar en esos dos amigos sacando y volviendo a sacar cuentas: «*Pollinctor* en cuenta con el doctor, deudor de dieciséis cuerpos; acreedor en cuenta de cuarenta y cinco vendajes, dos de ellos dañados». Sus nombres, por desgracias, se han perdido, pero yo concibo que podrían haber sido Quintus Burkus y Publius Harius. A propósito, caballeros, ¿ha oído alguien últimamente hablar de Hare? Según he sabido, se ha establecido confortablemente en Irlanda, en el oeste, y de vez en cuando hace algún negocio, pero, como añade con un suspiro, sólo como minorista: nada como aquel floreciente comercio al por mayor que por descuido se vino abajo en Edimburgo. «Ya ve lo que sucede cuando se descuida el negocio» es la principal moraleja, el $\epsilon\pi\mu\theta\iota\omicron\nu$, como diría Esopo, que Hare deduce de su experiencia».

Por fin llegamos al brindis del día: *Por el Thugerió en todas sus ramas*.

Los discursos *intentados* a estas alturas de la cena fueron incontables, pero el aplauso fue tan furioso, la música tan tempestuosa, y el chasquido de copas rotas tan incesante, por la general decisión de nunca jamás beber un brindis inferior con la misma copa, que no me siento capaz de contar lo sucedido. Además, Sapo-en-en-pozo se volvió completamente ingobernable. Comenzó a disparar sus pistolas en todas las direcciones, mandó a su criado a por un trabuco y habló de cargarlo con postas. Creemos que volvió a sumirse en su antigua locura al oír mencionar a Burke y a Hare; o que, otra vez cansado de la vida, había resuelto irse de este mundo con una masacre general. Esto no lo podíamos permitir: se hizo indispensable, por tanto, sacarle de allí a patadas, lo que logramos con consentimiento de todos, con los comensales prestando su colaboración, por así decirlo, *uno pede*, aunque sintiendo pena por sus

canas y su sonrisa angelical. Durante la operación, la orquesta volvió a interpretar la vieja composición coral. Todos cantamos, y (lo que nos dejó más atónitos) Sapo-en-el-pozo se unió a nosotros cantando furiosamente.

«Et interrogatum est à Sapo-en-el-pozo — Ubi est ille taquígrafo?
Et responsum est cum cachinno — Non est inventus».

Post scriptum

Es imposible conciliar a lectores de un tipo tan melancólico y sombrío que no puedan compartir, con congenial simpatía, ninguna jovialidad, cualquiera que ésta sea, y menos aún cuando esa jovialidad traspasa un poco la región de lo extravagante. En tal caso, no simpatizar significa lo mismo que no comprender y el afán lúdico que nos e disfruta se torna superficial e insípido, o absolutamente aburrido. Por fortuna, después de haberse retirado de mi audiencia todos esos patanes con gran desagrado, quedó una gran mayoría que manifestó su reconocimiento respecto a la diversión que les causó este breve artículo, probando al mismo tiempo la sinceridad de su elogio con una expresión dubitativa de censura. Me han sugerido con reiteración que quizá la extravagancia del artículo, aunque claramente intencionada y constituyendo un elemento formal en la general jovialidad de la concepción, fue demasiado lejos. Yo no comparto esta opinión y pido a estos amigables censores que recuerden que entre los propósitos y esfuerzos de esta *bagatelle* se encuentra el de rozar los bordes del horror, y de todo lo que en su realidad sería de lo más repulsivo. El exceso de extravagancia, de hecho, al surgir continuamente al lector el mero carácter difuso de la pura especulación, proporciona el medio más seguro para desencantarlos del horror que puede haberse apoderado de sus sentimientos. Déjenme recordarles a esos objetores, de una vez por todas, la propuesta del deán Swift para sacar provecho del exceso de niños en los tres reinos que, en aquellos días, tanto en Dublín como en Londres, se produjo en los orfanatos, mediante la treta de cocinarlos y comérselos. Ésta fue una extravagancia, aunque, en realidad, más audaz y grosera que la mía, y que no provocó ningún reproche ni siquiera entre los más altos dignatarios de la Iglesia irlandesa; su propia monstruosidad era su excusa; la simple extravagancia bastó para disculpar y acreditar ese pequeño *jeu d'esprit*, como la absoluta imposibilidad de Lilliput, Laputa o los Yahoos, etc., justificó sus propias creaciones. Si, no obstante, aún hay quien cree que merece la pena

arremeter contra la mera jovialidad inocente de esta conferencia sobre la estética del asesinato, por el momento me protejo con el escudo telamonio del deán. Pero, en realidad, eso (para decir la verdad) constituye uno de los motivos para retener al lector con este *post scriptum*, podría apostar una excusa privilegiada para la extravagancia de mi escrito, y que falta en el deán. Nadie que quiera defender al deán puede pretender que en los pensamientos humanos se da una tendencia natural y común que pueda convertir a los niños en artículos alimenticios; bajo ninguna circunstancia concebible, esto se consideraría como la forma más agravante de canibalismo: un canibalismo que se aplica a la parte más indefensa de la especie. Pero, por otra parte, la tendencia a una valoración crítica o estética de incendios y asesinatos es universal. Si por lo que sea somos testigos del espectáculo de un gran incendio, es indudable que nuestro primer impulso nos llevará a ayudar a apagarlo. Pero ese campo de ejercicio es muy limitado, y pronto se ve ocupado por los profesionales, entrenados y equipados para realizar ese trabajo. En el caso del incendio de una propiedad *privada*, la compasión por la calamidad que le ha ocurrido al vecino es lo que, en un principio, nos impide tratar el asunto como un espectáculo escénico. Pero quizá el fuego quede confinado a edificios públicos. En cualquier caso, después de haber pagado nuestro tributo lamentándonos por lo sucedido, considerado una calamidad, inevitablemente, y sin restricción de ninguna clase, pasamos a considerarlo un espectáculo escénico. Exclamaciones como « ¡formidable!, ¡magnífico!», surgen de la multitud arrebatada por el cuadro. Por ejemplo, cuando Drury Lane ardió hasta los cimientos en el primer decenio de este siglo, la caída del tejado fue anunciada por el ficticio suicidio del Apolo protector que dominaba y coronaba el centro del tejado. El dios estaba inmóvil con su lira y parecía mirar hacia abajo, hacia las llamas que tan rápidamente se aproximaban a él. De repente cedieron las vigas que lo sostenían, la estatua pareció emerger entre una convulsivas lenguas de fuego; y entonces, como impulsada por la desesperación, la deidad dominante no pareció caer, sino arrojarla ella misma al fiero mar de fuego, pues cayó de cabeza y, con todos los respetos, su caída tenía el aire de ser un acto voluntario. ¿Qué sucedió después? Desde todos los puentes sobre el río y desde las zonas abiertas desde las que se veía el espectáculo, se elevó un sostenido grito de admiración y simpatía. Unos años antes de este suceso, ocurrió un incendio prodigioso en Liverpool: el *Goree*, un vasto conjunto de almacenes próximo a uno de los muelles, también ardió hasta los cimientos. El enorme edificio, de unos ocho o nueve pisos, que contenía en su mayoría materiales combustibles, miles de balas de algodón, miles de quintales de trigo y avena, alquitrán, trementina, pólvora, etc., alimentaron durante horas de oscuridad ese tremendo fuego. Para agravar la

calamidad, soplaban un viento muy fuerte; por fortuna para los barcos, hacia el interior, esto es, hacia el este; la atmósfera quedaba iluminada por copos de algodón, con frecuencia empapados en ron, y con lo que parecía eran auténticos mundos de llamas y centellas, que inflamaban las regiones superiores del aire. Todo el ganado que se encontraba en los campos en el radio de dieciocho millas fue presa del terror. Los hombres, desde luego, dedujeron de esos vórtices de llamaradas que alguna gigantesca catástrofe había ocurrido en Liverpool y las lamentaciones por esa causa fueron generales. Pero ese ánimo de pública simpatía no interfirió de ninguna manera para reprimir o siquiera frenar las momentáneas erupciones de una admiración arrebatada, cuando esas veloces flechas de fuego multicolor surcaron el cielo y las nubes oscuras como llevadas por las alas de un huracán.

Precisamente se aplica el mismo tratamiento para el asesinato. Después del primer tributo de lástima hacia quienes han perecido y, en todo caso, una vez que los intereses personales se han tranquilizado, inevitablemente se pasa a valorar los rasgos escénicos (lo que estéticamente podemos llamar las *ventajas* comparativas) de los distintos asesinatos. Un asesinato es comparado con otro; y las circunstancias de superioridad, como, por ejemplo, la incidencia o los efectos de la sorpresa, el misterio, etc., son cotejados y encomiados. Por ello reclamo para *mi* extravagancia el ámbito inevitable y perpetuo en las tendencias espontáneas de la mente humana cuando ésta se abandona a sí misma. Pero nadie pretenderá que se pueda defender a Swift con un razonamiento análogo.

En esta importante distinción entre mi caso y el del deán se encuentra la principal razón que me ha movido a escribir este *post scriptum*. Un segundo propósito es el de familiarizar al lector con los tres casos memorables de asesinato que hace tiempo coronó de laurel la voz de los entendidos, en especial los dos primeros de los tres, esto es, los inmortales asesinatos cometidos por Williams en 1812. Tanto el acto como el autor del mismo son, por separado, del máximo interés y, como ya han transcurrido cuarenta y dos años desde 1812, no se puede suponer que la generación actual conozca bien ninguno de los dos.

Nunca en los anales de la universal Cristiandad se ha producido el acto de un individuo aislado y solitario que haya sobrecogido de manera tan pasmosa los corazones de los hombres como esos asesinatos exterminadores, cometidos en el invierno de 1812, cuando John Williams aniquiló dos hogares, llenándolos de silencio, y afirmó su propia supremacía por encima de todos los hijos de Caín. Sería completamente imposible describir de forma adecuada el desvarío de sentimientos que, durante la noche siguiente, invadió el corazón popular: el delirio de un horror indignado en unos, el delirio de pánico en

otros. Durante doce días consecutivos, bajo la falsa creencia de que el asesino desconocido había abandonado Londres, el pánico que había estremecido la poderosa metrópolis se propagó por toda la isla. Yo mismo me encontraba en ese momento a unas trescientas millas de Londres, pero allí, y en todas partes, el pánico fue indescriptible. Una dama, mi vecina, a quien conocía personalmente, y que por entonces, por la ausencia de su marido, vivía con unos cuantos sirvientes en una casa muy solitaria, no descansó hasta poner dieciocho puertas (así me lo dijo y, en efecto, lo confirmé personalmente), cada una asegurada con cerrojos, barras y cadenas, entre su propio dormitorio y cualquier intruso con forma humana. Llegar hasta ella, incluso a su salón, era como penetrar, con una bandera de tregua, en una fortaleza asediada; cada seis pasos uno se veía detenido por una suerte de rastrillo. El pánico no se confinaba a los ricos; más de una mujer de las clases humildes murió a causa de la conmoción que le provocó oír los intentos sospechosos de intrusión de algún vagabundo, que posiblemente no tenía otra intención pero que la de robar, pero a quien la pobre mujer, engañada por los periódicos ingleses, tomó por el terrible asesino de Londres. Entretanto, este solitario artista, que descansaba en el centro de Londres, apoyado por su consciente grandeza, como un Atila doméstico, o «Azote de Dios»; este hombre, que caminaba en la oscuridad, y que confiaba en el asesinato (como se conoció después) para ganarse el pan, para conseguir ropa y prosperar en la vida, estaba preparando silenciosamente su adecuada respuesta a los periódicos; y al duodécimo día después de su asesinato inaugural, anunció su presencia en Londres e hizo público para todos los hombres el absurdo de atribuirle cualquier propensión hacia lo rural, al dar un segundo golpe y exterminar a una segunda familia. El pánico *provincial* disminuyó algo con la prueba de que el asesino no había condescendido a esconderse en el campo, o a abandonar por un momento, a causa del miedo o de la precaución, la gran *castra stativa* metropolitana del crimen gigantesco, asentada para siempre en el Támesis. De hecho, el gran artista desdeñaba la reputación provinciana y tuvo que haber sentido, como una desproporción ridícula, el contraste entre un pueblo y la ciudad, por un parte, y, por otra, una obra más perdurable que el bronce —un κλημια εδ αι—, un asesinato de tal calidad que pudiera considerarlo una obra digna de su propia mano.

Coleridge, a quien vi unos meses después de estos terroríficos asesinatos, me dijo que, por *su* parte, aunque residía en Londres, no había compartido el miedo general; *a él* sólo le afectaba como filósofo, impulsándolo a reflexionar profundamente sobre el tremendo poder del que goza en un instante todo aquel que puede abjurar de las limitaciones que impone la conciencia, si al mismo tiempo no siente ningún temor. El no compartir el pánico general, sin

embargo, no significaba que Coleridge considerara ese pánico irracional, pues, como él decía con toda razón, en esta vasta metrópolis había miles y miles de hogares, compuestos exclusivamente por mujeres e hijos; muchos miles confiaban su seguridad, durante las largas noches, a la discreción de una joven sirvienta, y si ella se ve engañada con la pretensión de un mensaje de la madre, de la hermana o del novio para abrir la puerta, en un segundo se viene abajo toda la seguridad de la casa. No obstante, en aquel tiempo, y durante muchos meses más, la práctica de poner la cadena de la puerta antes de abrirla fue general, y por un largo periodo de tiempo sirvió como testimonio de la profunda impresión que dejó en Londres Mr. Williams. Southey, tengo que añadir, se sumió profundamente en los sentimientos populares en esa ocasión y me dijo, transcurrida una semana o dos después del primer asesinato, que era un acontecimiento privado de tal naturaleza que se elevaba a la dignidad de un acontecimiento nacional. Pero ahora, después de haber preparado al lector para que aprecie la verdadera escala de esta terrible trama de asesinato (la cual, como un suceso acaecido hace ahora cuarenta y dos años, ni siquiera una persona de cuatro de esta generación puede preciarse de conocerla con exactitud), permítanme ocuparme de los detalles circunstanciales del asunto.

Antes que nada, unas palabras sobre el escenario en que se produjeron los asesinatos. Ratcliffe Highway es una transitada vía pública de un barrio de lo más caótico del este de Londres o del Londres marinero; y por entonces (esto es, en 1812), cuando aún no existía una policía adecuada, excepto los detectives de Bow Street, admirables por sus propósitos, pero completamente insuficientes para el servicio general de la capital, era casi un barrio peligroso. Una de cada tres personas se podía clasificar como extranjera. A cada paso uno se encontraba con indios, chinos, moros, negros. Y aparte de la variada bellaquería cubierta de manera impenetrable bajo los exóticos sombreros y turbantes de hombres cuyo pasado era inescrutable para todo ojo europeo, es bien sabido que la Armada (en especial, en tiempo de guerra, la Armada comercial) de la Cristiandad es el seguro receptáculo para todos los asesinos y rufianes cuyos crímenes les han obligado a retirarse por un periodo de la atención pública. Es cierto que sólo a unos pocos de esta clase se les califica como «aptos» para el servicio a bordo, pero en todos los tiempos, y en especial durante la guerra, sólo una pequeña proporción (o *nucleus*) de cada compañía naval consiste en esos hombres: la gran mayoría se componen de gente sencilla e inexperta. John Williams, sin embargo, que ocasionalmente había sido contratado de marinero en varios navíos que hacían la carrera de las Indias, era probablemente un marinero experto. En general, se puede decir que era un hombre diestro y hábil, rico en recursos ante cualquier súbita dificultad, y de lo más flexible, adaptándose a todas las circunstancias de la vida social.

Williams era un hombre de mediana estatura (cinco pies y siete y medio a cinco pies y ocho pulgadas), de complexión esbelta, tirando a delgada, pero nervudo y con una tolerable musculatura, libre de todo excedente de grasa. Una dama que lo vio mientras lo interrogaban (creo que en la Oficina de Policía del Támesis) me aseguró que su pelo era del color más vívido y extraordinario, a saber, de un amarillo brillante, algo entre el color naranja y el limón. Williams había estado en la India, principalmente en Bengala y Madrás, pero también había estado en la región del Indo. Ahora bien, se sabe que en el Punjab se suele pintar a los caballos de una determinada casta de carmesí, azul, verde, púrpura; y se me ocurrió que Williams, con el propósito de disfrazarse, se había inspirado en esta práctica de Sind y Lahore, de manera que el color no sería natural. Por otra parte, su apariencia era bastante natural y, a juzgar por una máscara de yeso que adquirí en Londres, diría que vulgar, al considerar su estructura facial. Un aspecto, sin embargo, resultaba sorprendente, y coincidía con la impresión de su temperamento de tigre, que su rostro era permanentemente de una palidez fantasmal. «Uno se podía imaginar —dijo mi informante— que por sus venas no circulaba la sangre roja que da la vida y que da color a la vergüenza, a la ira y a la compasión, sino una savia verde que no podía manar de un corazón humano». Sus ojos parecían congelados y vidriosos como si convergieran en alguna víctima oculta en el trasfondo. Según esto, su apariencia bien podría haber sido repulsiva, a no ser por el coincidente testimonio de muchos testigos; y también el testimonio silencioso de los hechos mostraba que la untuosidad y malicia serpentinas de su comportamiento contrarrestaban la repulsión de su cara espectral, y entre jóvenes inmaduras gozaba de una favorable acogida. En particular una muchacha encantadora, a quien Williams sin duda pensaba asesinar, declaró que una vez, cuando estaba sentado a solas junto a ella, él le había dicho: «Miss R., suponiendo que yo apareciera a eso de la medianoche en el borde de su cama armado con un cuchillo, ¿qué diría?» A lo cual respondió la joven: «! Oh, Mr. Williams!, si fuera otro me asustaría. Pero en cuanto oyera *su voz*, me quedaría tranquila». ¡Pobre niña! Si el plan de Mr. Williams se hubiese cumplido, algo habría visto en el rostro cadavérico, algo habría oído en la voz siniestra, que habría acabado con su tranquilidad para siempre. Pero sólo esa terrible experiencia podía desenmascarar a Mr. John Williams.

Fue un sábado por la noche del mes de diciembre cuando Mr. Williams, de quien se supone había cometido su *coup d'essai* mucho tiempo antes, se abría paso por las congestionadas calles de ese peligroso barrio dispuesto a trabajar. Y esa noche se había dicho en secreto que ejecutaría un plan que ya había trazado y que, una vez concluido, estaría destinado a consternar al día

siguiente el «poderoso corazón» de Londres, desde el centro hasta la circunferencia. Más tarde se supo que había abandonado su alojamiento con tan oscuras intenciones a eso de las once de la noche, y no porque pensara comenzar tan pronto, sino porque necesitaba realizar un reconocimiento. Ocultaba sus herramientas muy sujetas bajo los amplios pliegues del sobretodo. En armonía con la sutileza de su carácter y su delicada aversión a la brutalidad, todos coinciden en que sus maneras se distinguían por una exquisita suavidad: el corazón del tigre llevaba la máscara del más insinuante refinamiento de la serpiente. Quienes lo conocieron después describen su disimulo como tan presto y tan perfecto, que si hubiese caminado por las calles, siempre tan abarrotadas en un sábado por la noche en un barrio tan pobre, y hubiese empujado accidentalmente a otra persona, ésta le habría ofrecido las más sinceras y caballerescas disculpas: con este corazón diabólico encerrando propósitos tan infernales, se habría detenido para expresar su esperanza de que el enorme martillo, escondido bajo su elegante sobretodo, y destinado al pequeño trabajo que le esperaba unos noventa minutos más adelante, no había causado algún daño al extraño con el que se había topado. Tiziano, según creo, pero con toda seguridad Rubens, y quizá Von Dyke, tenían como norma practicar su arte vestidos de punta en blanco —con sus volantes fruncidos, sus pelucas y sus espadas con empuñadura de diamantes—, y Mr. Williams, hay razones para creerlo, salió para realizar su gran composición de una masacre (en otro sentido se podría haber aplicado la frase de Oxford de *salir como un Gran Componedor*), siempre llevaba calcetines de seda negra y escarpines; de ningún modo habría denigrado su posición de artista llevando una bata. En su segunda gran actuación, el testigo tembloroso que se vio obligado a presenciar (como apreciará el lector), presa del pánico, cómo se cometían todas las atrocidades, desde un lugar oculto, contó como algo llamativo que Mr. Williams llevaba una larga levita azul, de la tela más fina, y ricamente forrada de seda. Entre las anécdotas que circularon sobre él, también se contaba que por aquel tiempo Mr. Williams era el cliente de uno de los mejores dentistas y de uno de los mejores pedicuros. De ningún modo habría consentido en recibir un servicio de segunda clase. Y está más allá de toda duda que, en esa pequeña rama laboral tan peligrosa como la que él practicaba, se le podría haber considerado el artista más aristocrático y exigente.

Pero, ¿quién era la víctima a cuyo hogar se dirigía? ¿Acaso podía ser tan imprudente como para vagar por los alrededores hasta que el destino le ofreciera la oportunidad de matar a una persona? ¡Oh, no! Ya había escogido a su víctima con tiempo, y se trataba de un viejo e íntimo amigo. Pues una de sus máximas parece haber sido la de que la mejor persona para ser asesinada

era un amigo y, a falta de un amigo, un artículo del que no siempre se puede disponer, un conocido: porque, en su primera aproximación al sujeto no despertaría sospechas, mientras que a un extraño le causaría alarma y en el semblante del asesino encontraría una advertencia para ponerse en guardia. No obstante, en este caso, su futura víctima parecía aunar las dos características: originalmente había sido un amigo, pero después, por buenas razones, se había convertido en un enemigo. O con mayor probabilidad, como dicen otros, los sentimientos que procuran a la vida una relación de amistad o de enemistad hacía tiempo que habían languidecido. Marr era el nombre del infortunado que había sido elegido (ya fuera en el carácter de amigo o de enemigo) como sujeto para esa actuación del sábado por la noche. Y la historia que corría por aquel tiempo acerca de la conexión entre Williams y Marr, no habiendo sido refutada (en su certeza o falsedad) por ninguna autoridad, era que navegaron juntos en dirección a Calcuta, que se habían peleado durante la travesía, pero otra versión de la historia cuenta que no, que se habían peleado al regresar, y que el motivo de su pelea había sido Mrs. Marr, una joven muy guapa por la que los dos habían luchado para conseguir su favor, siendo candidatos rivales, y durante un tiempo fueron los peores enemigos. Algunas circunstancias hacen plausible esta versión de la historia. Por otra parte, ha sucedido a veces, con ocasión de un asesinato no aclarado del todo, que, por pura bondad de corazón, alguien se niegue a admitir que se asesine por los motivos más sórdidos, y se preocupa por forjar una historia que el público se muestra ávido por constatar, según la cual el asesino ha actuado movido por algún interés más elevado: y en este caso el público, demasiado conmovido por la idea de un Williams que, guiado por el único motivo del robo, consumó una tragedia tan compleja, recibió gustoso el cuento que lo describía como un ser gobernado por un odio mortal, surgido de la más apasionada y noble rivalidad por el favor de una mujer. El caso permanece aún algo dudoso, pero lo más probable es que Mrs. Marr fuera la verdadera causa, la *causa teterrima*, de la disputa entre los dos hombres. Entretanto, los minutos van pasando, en el reloj de arena van cayendo los últimos granos que miden la duración de esa disputa en la tierra. Iba a terminar esa misma noche. El día siguiente es el que en Inglaterra recibe el nombre de Domingo, y que en Escocia conocen aún con el nombre judío de «Sabbath». En las dos naciones, bajo dos nombres diferentes, el día tiene las mismas funciones: para las dos es un día de descanso. Para él también, para Marr, será un día de descanso; así está escrito; también tú, joven Marr, encontrarás descanso: y tú y toda tu casa, y el forastero al que hospedas. Pero ese descanso será en el mundo que se encuentra más allá de la tumba. A este lado de la tumba ya has tenido tu último sueño.

Era una noche oscurísima, y en ese humilde barrio de Londres, comoquiera que fuera la noche, luminosa u oscura, serena o tormentosa, todas las tiendas se mantenían abiertas el sábado por la noche hasta las doce al menos, y muchas media hora más. No había esa rigurosa y pedante superstición judía sobre los exactos límites del domingo. En el peor de los casos, el domingo se extendía desde la una a.m. de un día hasta las ocho a.m. del siguiente, haciendo un claro circuito de treinta y una horas. Esto, en efecto, era suficiente. Marr, en esa particular noche de sábado, habría preferido que hubiese sido más corta, pues había estado trabajando detrás del mostrador dieciséis horas seguidas. La posición en la vida de Marr era la siguiente: mantenía una pequeña lencería y, tanto en adquirirla como en comprar las existencias, había invertido unas ciento ochenta libras. Como todas las personas dedicadas al comercio, tenía preocupaciones. Era un principiante, pero ya algunas deudas le habían alarmado; y las letras le vencían sin poder cubrirlas con las ventas. Sin embargo tenía un carácter optimista. En aquel tiempo era un joven con sanos colores y decidido, de veintisiete años de edad, ligeramente ofuscado por sus problemas comerciales, pero aún alegre y ansioso — ¡cuán en vano! — de poder descansar esa noche y la siguiente, al menos, su cabeza preocupada y sus cuidados en el regazo de su fiel, encantadora y joven esposa. El hogar de los Marr consistía en cinco personas: primero, él mismo, que, si se hubiese arruinado, en el limitado sentido comercial de la palabra, habría tenido energía suficiente para volver a levantarse, como una pirámide de fuego, y elevarse muchas veces sobre las ruinas. Sí, pobre Marr, así habría sido, si te hubieran dejado tranquilo y seguro de tus propias energías, pero en ese preciso momento en el otro lado de la calle se encontraba un hijo del infierno que puso una perentoria negativa en todas estas halagadas expectativas. La segunda persona del alista en su hogar era su bonita y simpática esposa, feliz a la manera de las esposas jóvenes, pues sólo tenía veintidós años, y cuyas únicas preocupaciones (si tenía alguna) se centraban en su querido hijo pequeño. El tercero estaba en una cuna, a no más de nueve pies por debajo de la calle, esto es, en una acogedora y templada cocina, mecida a Intervalos por la joven madre: era un bebé de ocho meses. Diecinueve meses llevaban casados los Marr, y éste era su primer hijo. No sintamos pena por este niño, que guardará el descanso del domingo en el otro mundo, pues ¿qué motivo tendría para demorarse en una tierra cruel y ajena un huérfano, condenado a la pobreza, una vez privado del padre y de la madre? El cuarto era un muchacho robusto, un aprendiz, digamos que de trece años de edad; un muchacho de Devonshire, con rasgos apuestos, como los tienen la mayoría de los jóvenes de Devonshire; satisfecho con su empeno, sin un trabajo excesivo, y consciente de que era bien tratado tanto por su patrón

como por su patrona. En quinto lugar, y por último, la que estaba al cuidado de esa tranquila casa, una criada, ya toda una mujercita, y ella, siendo particularmente de corazón tierno, ocupaba (como suele ocurrir en familias de humildes pretensiones de clase) un lugar casi fraternal en la relación con su señora. Un gran cambio democrático se está produciendo en este momento (1854) y seguirá produciéndose durante veinte años en la sociedad inglesa. Muchas personas comienzan a avergonzarse de decir: «mi amo», «mi ama»; el término que se va imponiendo lentamente es el de «mi empleador». Ahora bien, en los Estados Unidos esa expresión de arrogancia democrática, aunque desagradable como una innecesaria proclamación de independencia que nadie discute, no deja, sin embargo, una mala impresión duradera. Pues las «ayudas» domésticas por lo general se encuentran en un estado de transición más bien rápido, para convertirse en cabezas de hogares propios, así que en realidad se trata, por el momento presente, de un vínculo que se va a disolver en un año o dos. Pero en Inglaterra, donde no existen esos recursos de tierras disponibles, la tendencia al cambio es dolorosa. Lleva consigo una hosca y vulgar expresión de rechazo a un yugo que en todo caso ha sido ligero y con frecuencia benigno. En algún otro lugar ilustraré lo que quiero decir. Aquí, en apariencia, al servicio de Mrs. Marr, se ejemplifica por sí mismo el caso al que me refiero. Mary, la criada, sentía un respeto sincero y natural por su señora a quien veía continuamente ocupada en sus deberes domésticos y quien, aun siendo tan joven, e investida con una ligera autoridad, nunca la ejercía de manera caprichosa o ni siquiera la mostraba con notoriedad. De acuerdo con los testimonios de todos los vecinos, trataba a su señora con un tono de modesto respeto, estando siempre dispuesta a liberarla, cuando era posible, del peso de los deberes maternos con el servicio voluntario y alegre de una hermana.

A esta joven fue a la que, de repente, a unos tres o cuatro minutos de la medianoche, Marr llamó desde lo alto de la escalera para que saliera y comprase algunas ostras para la cena familiar. ¡De qué insignificantes sucesos dependen con frecuencia los solemnes resultados que duran toda la vida! Marr preocupado por los problemas de su tienda, Mrs. Marr preocupada por una ligera indisposición y agitación de su hijo, y se habían olvidado de la cena; quedaba poco tiempo y por tanto se había reducido la oferta para elegir, y las ostras eran quizá el artículo más fácil de conseguir a esas horas, antes de que dieran las doce. Y de esa trivial circunstancia dependía la vida de Mary. Si hubiese sido enviada a por la cena a la hora normal de las diez o las once, con casi completa certeza se puede decir que el único habitante de la casa que escapó de la tragedia exterminadora *no* habría escapado, con toda seguridad habría compartido el destino general. Era necesario actuar con rapidez. Con

prisas, por tanto, recibió el dinero de Marr, y salió de la tienda con una cesta en la mano, pero sin su bonete. Después recordó con un escalofrío que precisamente cuando ella salió por la puerta de la tienda vio, en la otra parte de la calle, iluminada por un farol, a una figura humana, al principio estática, pero que luego se movió lentamente. Era Williams, como un pequeño incidente, poco antes o después (resulta imposible decirlo por el momento) lo probó suficientemente. Ahora bien, cuando se considera la inevitable prisa y ansiedad de Mary dadas las circunstancias, con apenas tiempo para hacer su recado, resulta evidente que ella debió asociar algún profundo sentimiento de desasosiego con los movimientos de aquel hombre desconocido; de otro modo, no le habría prestado ninguna atención. Así ella pudo arrojar algo de luz sobre lo que una manera semiconsciente pasó entonces por su mente; ella dijo que, pese a la oscuridad, que no le permitió distinguir los rasgos del hombre o asegurarse de la dirección de su mirada, tuvo, no obstante, la impresión de que, al verle mientras caminaba, y por la aparente inclinación de la persona, debía de estar mirando hacia el número 29. el pequeño incidente al que he aludido y que confirmaba la impresión de Mary fue que, poco después de la medianoche, el sereno había advertido al extraño, había observado cómo miraba continuamente por el escaparate de la tienda de Marr, y había considerado esa actitud tan sospechosa, unida a la apariencia del hombre, que entró en la tienda de Marr y comunicó lo que había visto. Con posterioridad declaró este hecho ante los magistrados y añadió que después, esto es, unos minutos pasadas las doce (es posible que ocho o diez minutos después de la salida de Mary), él (el sereno) volvió tras su ronda de media hora y requerido por Marr para que le ayudase a cerrar los postigos. Ésta fue la última vez que hablaron, y el sereno mencionó a Marr que el misterioso desconocido al parecer había desaparecido, pues ya no lo había vuelto a ver. Es casi seguro que Williams había observado la visita del sereno a Marr y se había dado cuenta de la indiscreción de su propio comportamiento, de manera que la advertencia a Marr no sirvió de nada y fue Williams quien se aprovechó de la situación. Aun no cabe la menor duda de que el perro sanguinario comenzó su trabajo un minuto después de que el sereno ayudase a Marr a cerrar los postigos, y por el siguiente razonamiento: lo que impidió a Williams comenzar más temprano fue que todo el interior de la tienda quedaba expuesto a la mirada de los paseantes. Era indispensable que los postigos estuvieran bien cerrados antes de que Williams pudiera comenzar con seguridad su trabajo. Pero en cuanto tomó esa precaución, una vez asegurado ese ocultamiento de la mirada pública, cobró una mayor importancia no perder ni un instante, al igual que previamente lo había sido no precipitarse en nada. Pues todo dependía de poder entrar antes de que Marr cerrase la puerta. Con cualquier otra manera de

entrar (por ejemplo, esperando a que regresara Mary y entrando simultáneamente con ella), Williams habría renunciado a la ventaja que confirmaron los hechos, y que el lector considerará necesaria al interpretarla en su verdadero contexto. Williams esperó hasta oír cómo se alejaban los pasos del sereno; esperó quizá unos treinta segundos, pero cuando el peligro hubo pasado, el siguiente paso consistía en evitar que Marr cerrara la puerta; una vuelta de llave, y el asesino no podría haber entrado, así que se precipitó en el interior y, con un hábil movimiento de la mano izquierda, dio la vuelta a la llave, sin dejar que Marr se diese cuenta de su estratagema. Es realmente maravilloso y de lo más interesante seguir los pasos sucesivos de ese monstruo, y advertir la absoluta certeza con que los silenciosos jeroglíficos del caso nos revelan el proceso completo y los movimientos en el sangriento drama, y con no menor seguridad y detalle que si hubiésemos estado escondidos en la tienda de Marr, o hubiésemos estado mirando en ella desde los cielos misericordiosos a ese milano infernal que no sabía lo que significaba la piedad. Es evidente que logró ocultar a Marr ese truco, secreto y rápido, de la cerradura, puesto que, de otro modo, Marr se habría alarmado al instante, en especial después de lo que el sereno le había comunicado. Pero pronto se verá que Marr *no* se alarmó. En realidad, para el pleno éxito de Williams era importante, como último requisito, interceptar e impedir cualquier grito de agonía por parte de Marr. Semejante grito, y en un lugar sólo separado del exterior por delgadas paredes, se oiría como si se hubiese emitido en plena calle. Era indispensable sofocar ese grito. Y lo sofocó; el lector comprenderá ahora *de qué manera*. Entretanto, llegados a este momento, dejemos al asesino solo con sus víctimas. Dejémosle que trabaje a su gusto durante cincuenta minutos. La puerta delantera, como sabemos, está cerrada a todo auxilio. No puede haber ninguna ayuda. Por tanto, acompañemos a Mary con la mirada y, cuando todo haya terminado, regresemos con *ella*, volvamos a alzar el telón y presenciemos el horrible relato de lo que había ocurrido en su ausencia.

La pobre muchacha, intranquila hasta un punto que no podía comprender del todo, caminó de un lado a otro en busca de una pescadería, y no encontrando ninguna que aún estuviera abierta, en la zona que le era familiar, se le ocurrió intentarlo en un barrio lejano. Vio luces que brillaban y parpadeaban en la distancia, lo que la animó a seguir, y así, por calles desconocidas pobremente iluminadas, y en una noche de peculiar oscuridad, en una región de Londres donde a cada momento tenía que desviarse para esquivar feroces tumultos, quedó confundida. El propósito con el que había salido carecía ya de sentido. Nada le restaba salvo volver sobre sus pasos. Pero era difícil, pues tenía miedo de preguntar por direcciones a extraños de los que por la oscuridad no podría ni averiguar su apariencia. Al final, y

gracias a un farol, reconoció a su sereno, él la guió hasta el camino correcto, y diez minutos después se encontró ante el número 29, en Ratcliffe Highway. Pensó que habría estado ausente unos cincuenta o sesenta minutos y, en efecto, en la distancia oyó el grito que anunciaba la una de la noche, grito que comenzó unos segundos después de la una y que se prolongó intermitentemente durante diez o trece minutos.

En el tumulto de agónicos pensamientos que pronto la asaltaron, es natural que le resultara duro recordar con distinción la sucesión de dudas, sospechas y sombríos celos que pronto la iban a invadir. Pero, en lo que pudo recordar, en el momento de llegar a la casa no percibió nada que fuese alarmante. En muchas ciudades las campanillas son el principal instrumento de comunicación entre la calle y el interior de las casas, pero en Londres prevalece la aldaba. En la casa de los Marr había las dos cosas, una aldaba y una campanilla. Mary tocó la campanilla y al mismo tiempo dio unos golpes suaves con la aldaba. No tenía miedo de molestar a su señor o a su señora; estaba segura de encontrarlos aún levantados. Su ansiedad se concentraba en el niño, que al despertarse podría robar horas de descanso a su madre. Sabía que, estando esperándola tres personas y por entonces, tal vez, seriamente preocupadas por su tardanza, el susurro menos audible traería en un instante a uno de ellos hasta la puerta. Pero ¿qué ocurre entonces? Para su asombro, que pronto se vio acompañado de un terror glacial, no se escucha ni un murmullo no se percibe un movimiento procedente de la cocina. En ese momento le vino a la mente, con una angustia estremecedora, la indistinta imagen del extraño con el oscuro sobretodo que se había deslizado furtivamente bajo la luz vacilante del farol y que con toda certeza había estado vigilando los movimientos de su amo, y se reprochó con viveza no haber avisado a Mr. Marr del sospechoso personaje, pese a las prisas que llevaba. ¡Pobre niña! No sabía que, por más que ese aviso hubiera puesto en guardia a Mr. Marr, ya lo había recibido de otra parte, así que su omisión, fruto en realidad de las prisas para cumplir el recado de su amo, no tuvo ninguna consecuencia. Pero todas esas reflexiones en una u otra dirección se convirtieron en ese instante en un pánico abrumador. El hecho de que nadie respondiera a su doble llamada, ese hecho solitario bastó como una revelación del horror. Una persona podía haberse quedado dormida, pero dos o tres, eso era imposible. E incluso suponiendo que los tres estuvieran durmiendo, incluido el niño, ¿qué inexplicable era ese hondo silencio! De la manera más natural, en ese momento la pobre niña se vio estremecida por un horror histérico, y entonces tocó el timbre con la violencia propia de un miedo incontrolable. Hecho esto, dejó de tocar, aún mantenía cierto dominio de sí misma, aunque lo iba perdiendo con gran rapidez; pensó que si algún accidente imprevisible había

obligado a que Mr. Marr y el aprendiz hubiesen abandonado la casa para buscar ayuda médica en otro barrio, incluso en ese caso, Mrs. Marr y su hijo tenían que estar en casa; y la pobre madre tenía que emitir algún murmullo como respuesta, por muy extremo que fuera el caso. Detenerse, por tanto, e imponerse un severo silencio, como para dejar espacio a una posible respuesta a su llamada final, se convirtió en el deber de un esfuerzo espasmódico. Escucha, por tanto, escucha, pobre y tembloroso pecho, y permanece veinte segundos en un silencio sepulcral. Estaba tan silenciosa como un muerto y, durante ese terrible silencio, cuando contenía la respiración para escuchar mejor, ocurrió un incidente espantoso, que nunca cesará de resonar en sus oídos hasta el día de su muerte. Ella, Mary, la pobre muchacha temblorosa que se dominaba y callaba en un esfuerzo final para facilitar a su joven ama la respuesta a su frenética llamada, oyó por fin algo en el interior de la casa. Sí, ahora no había duda de que se había producido una respuesta su llamada. ¿Qué era? En las escaleras, no en las que descendían hacia la cocina, sino en las que llevaban al piso de los dormitorios, se oyó un crujido. A continuación se oyó con toda distinción una pisada: alguien bajó lenta y claramente uno, dos, tres, cuatro, cinco escalones. Luego se oyó cómo las terribles pisadas avanzaban por el pequeño y estrecho pasillo que conducía a la puerta. Las pisadas — ¡oh cielos!, ¿las pisadas *de quién?*— se habían detenido ante la puerta. Se podía oír la respiración de esa horrible criatura, que había apagado toda respiración en la casa excepto la suya propia. Pero entre él y Mary había una puerta. ¿Qué estaba haciendo en la otra parte de la puerta? Pisadas cautelosas y furtivas eran las que descendían por la escalera y las que luego recorrieron el estrecho pasillo —estrecho como un ataúd—, hasta que al final las pisadas se detuvieron ante la puerta. ¿Con qué dificultad respiraba el tipo! Él, el asesino solitario, estaba a un lado de la puerta; Mary estaba al otro. Ahora bien, supongamos que él abriera repentinamente la puerta y que Mary, imprudente por la oscuridad, se precipitara en el interior y se encontrara en los brazos del asesino. Entra dentro de lo posible, aún más, es seguro que si hubiera intentado ese truco en el mismo momento de llegar Mary, habría tenido éxito; si hubiera abierto la puerta de repente con la primera llamada, habría entrado de frente y habría perecido. Pero ahora Mary estaba en guardia. El asesino desconocido y ella tenían los labios en la puerta, escuchando, jadeando, pero por fortuna estaban a lados diferentes de la puerta, y con el menor signo de abertura o de descorrer el cerrojo, Mary habría buscado protección en la oscuridad que la rodeaba.

¿Cuál fue el propósito del asesino al venir por el pasillo hasta la puerta principal? El propósito era éste: por separado, como un individuo, Mary no tenía ninguna importancia para él. Pero, considerada como un miembro más

de ese hogar, tenía su valor, esto es, que ella, capturada y asesinada, redondeaba y consumaba la desolación de la casa. Al describirse el caso, como sería descrito en toda la Cristiandad, la imaginación quedaría fascinada. Todo el nido de víctimas quedaría atrapado en la red; la ruina del hogar sería así plena y orbicular; y en esa situación todos los hombres y todas las mujeres tenderían a caer, desesperanzadas e inermes, en las manos invencibles del poderoso asesino. Le bastaría decir: mis recomendaciones están fechadas en el número 29 de Ratcliffe Highway, y la pobre y subyugada imaginación caería impotente ante la fascinante mirada de serpiente de cascabel del asesino. No cabe duda de que el motivo de que el asesino permaneciera en la parte interior de la puerta principal de Marr era la esperanza de que, si abría silenciosamente la puerta, fingiendo con un susurro la voz de Marr y diciendo «¿qué hizo que te retrasaras tanto?», es posible que la hubiese podido engañar. Se equivocó. Mary ya estaba en ese momento extremadamente despierta; comenzó a tocar la campanilla y a dar aldabonazos con violencia intermitente. Y la consecuencia natural fue que la puerta del vecino más próximo, que acababa de irse a la cama y se había quedado dormido al instante, se abriera, y por la incesante violencia de sus llamadas y golpes, que ahora obedecían en Mary a un impulso delirante e incontrolado, se dio cuenta de que algo terrible tenía que ser el origen de semejante escándalo. Levantarse, asomarse por la ventana, preguntar enojado por el motivo de ese intempestivo tumulto, fue obra de un momento. La pobre muchacha seguía siendo lo suficientemente dueña de sí misma como para explicar rápidamente las circunstancias de su ausencia durante una hora, su creencia de que la familia de Mr. y Mrs. Marr había sido asesinada en el intervalo, y que en ese preciso momento el asesino aún se encontraba en la casa.

La persona a quien dirigió su relato de los hechos era un prestamista, y tenía que haber sido un hombre muy valiente, pues suponía una empresa peligrosa, incluso sólo como una prueba de fuerza física, enfrentarse en solitario a un misterioso asesino que al parecer había demostrado su ferocidad con un triunfo tan completo. Pero, al mismo tiempo, era un gran esfuerzo de dominio imaginativo el precipitarse hacia una persona envuelta por una nube de misterio, cuya nación, edad y motivos eran por completo desconocidos. Un soldado raramente se ha enfrentado en el campo de batalla con un peligro tan complejo. Pues si la entera familia de su vecino Marr había sido exterminada, como en efecto había ocurrido, semejante derramamiento de sangre podía sugerir que los perpetradores habían sido dos, y si uno solo había llevado tanta ruina, ¡en ese caso cuán colosal tenía que haber sido su audacia! ¡Y también su astucia y bestialidad! Más aún, el enemigo desconocido (ya constara de una persona o de dos) podía estar, sin duda, bien armado. Y, no obstante, bajo

estas circunstancias tan adversas, ese hombre sin miedo corrió enseguida hacia el escenario de la carnicería en la casa vecina. Demorándose sólo para ponerse los pantalones y para armarse con el atizador, bajó hasta su pequeño patio. En esta forma de aproximación, podía tener la posibilidad de interceptar al asesino, ya que por la parte frontal no se daría esa oportunidad, y además tardaría en forzar la puerta. Un muro de ladrillos, de entre nueve y diez pies de alto, dividía su patio trasero del de Marr. Lo escaló, y en el preciso momento en que pensó que tenía que regresar a por una vela, percibió de repente un ligero resplandor en alguna parte de la casa de su vecino. La puerta trasera de los Marr estaba abierta de par en par. Era posible que el asesino hubiese salido por ella hacía un minuto. Con toda rapidez el valiente entró en la tienda y allí, extendida por el suelo, vio la matanza que se había producido durante esa noche, y todo estaba tan lleno de sangre que apenas era posible acercarse a la puerta principal sin mancharse de ella. En la cerradura de la puerta aún estaba la llave que había proporcionado al asesino una ventaja tan fatídica sobre sus víctimas. En ese momento las noticias que Mary no cesaba de pregonar a gritos (quien consideró probable que alguna de tantas víctimas aún podía sobrevivir si venía ayuda médica, y que todo dependía de la rapidez con que se presentaran en la casa) habían congregado, a esas altas horas de la noche, una pequeña multitud frente a la casa. El prestamista abrió la puerta. Uno o dos serenos guiaban a la muchedumbre, pero comprobado el aberrante espectáculo, se sumieron, impresionados, en un repentino silencio, contrastado con las voces que habían dado antes. El trágico drama leía en voz alta su propia historia y la sucesión de los hechos, pocos y sumarios. Se desconocía quién podía haber sido el desconocido, ni siquiera existía una sospecha. Pero se daban razones para creer que había sido una persona conocida por Marr. Había entrado en la tienda abriendo la puerta una vez que ésta había sido cerrada por Marr. Pero también se argumentaba que después del aviso que recibió Marr del sereno, la aparición de cualquier extraño en la tienda a esas horas, y en un vecindario tan peligroso, además entrando de una manera tan irregular y sospechosa (esto es, entrando antes de que la puerta se hubiese cerrado y después de que al echar los postigos se hubiese cortado toda posibilidad de comunicación abierta con la calle), había alertado naturalmente a Marr y lo habría predispuesto a defenderse. Cualquier indicación, sin embargo, de que Marr *no* había sido alterado, apoyaría la certeza de que *algo* había ocurrido que había neutralizado esa alarma, desarmando fatalmente las prudentes sospechas de Marr. Pero ese «algo» sólo podía consistir en un simple hecho, a saber, que la persona del asesino era familiar a Marr como un conocido normal y no sospechoso. Presupuesta esta circunstancia como la clave del resto, el curso completo y la evolución subsiguiente del drama

quedan claros como la luz del día. El asesino, era evidente, había abierto con suavidad, y asimismo había cerrado con suavidad, la puerta principal. A continuación había avanzado hasta el pequeño mostrador, intercambiando los ordinarios saludos propios de un antiguo conocido con un Marr que no sospechaba nada. Una vez alcanzado el mostrador, habría preguntado a Marr por un par de calcetines de algodón sin blanquear. En una tienda tan pequeña como la de Marr no podía haber muchas posibilidades para disponer los artículos. Es muy posible que el interior fuese familiar al asesino, quien ya se habría asegurado que para alcanzar la caja que él había pedido, Marr tenía que darse la vuelta y elevar tanto sus ojos como sus brazos hasta una altura de unas dieciocho pulgadas por encima de su cabeza. Ese movimiento lo colocaba en la situación más desventajosa posible con respecto a su asesino, quien entonces, en el momento en que los brazos y los ojos de Marr estaban ocupados, y la parte trasera de su cabeza completamente expuesta, sacó de repente de su largo sobretodo un pesado mazo de carpintero y, con un solo golpe, dejó tan aturdida a su víctima que fue incapaz de ofrecer ninguna resistencia. La posición en que yacía Marr contaba su propia historia. Había sufrido un colapso detrás del mostrador, con sus manos dispuestas de tal manera como para confirmar la versión que he sugerido. Es muy probable que el primer golpe, la primera indicación de traición que percibió Marr, fuese también el último, considerando su pérdida de consciencia. El plan del asesino y su lógica partían de haberle inflingido una apoplejía o, al menos, de haberle aturdido lo suficiente para asegurar una larga pérdida de consciencia. Este primer paso pondría a la víctima a su merced. Pero como el peligro de que recobrar el conocimiento en cualquier momento expondría toda la empresa al fracaso, decidió aplicar su práctica usual y, para consumarlo, lo degolló. El resto de las circunstancias se dilucidaron como sigue: la caída de Marr podría causar con toda probabilidad un ruido sordo y confuso, y tanto más, cuanto que no podía confundirse con ningún ruido callejero estando la puerta, como estaba, cerrada. Es más probable, sin embargo, que la señal de alarma pasara por la cocina y se produjera cuando el asesino procediera a cortarle la garganta. La estrechez del espacio detrás del mostrador podría haber hecho imposible, con las prisas de la situación, el exponer abiertamente la garganta. La horrible escena que seguiría se vería marcada por cortes parciales e interrumpidos, surgirían profundas quejas y ése sería el ruido que llegaría hasta arriba. Contra esto, como la única fase peligrosa en la acción, el asesino se había preparado concienzudamente. Mrs. Marr y el aprendiz, los dos jóvenes y activos, se dirigirían, desde luego, a la puerta de la calle; si Mary hubiese estado en casa y tres personas se hubiesen dedicado al mismo tiempo a distraer la atención del asesino, es muy posible que una de ellas hubiese

alcanzado la calle. Pero la terrible potencia con que descargó el martillo impidió, tanto al muchacho como a su ama, que pudieran alanzar la puerta. Cada uno yacía tendido en el centro del suelo de la tienda, y en el mismo momento en que los inhabilitó de esa manera, el perro maldito ya se encontraba sobre sus gargantas alzando el cuchillo. El hecho es que, en la mera ceguera de la compasión por el pobre Marr, al oír sus gemidos, Mrs. Marr había perdido el sentido de su propia seguridad; tanto ella como el aprendiz tendrían que haberse dirigido a la puerta trasera; entonces se podría haber dado la alarma al aire libre, lo cual ya habría supuesto un gran éxito; así se habría dispuesto de muchos medios para distraer al asesino, algo que se les negaba en la tienda dada su extremada estrechez.

Vanos serían los intentos de describir el horror que se apoderó de los espectadores de esa lamentable tragedia. La multitud supo que una persona, por casualidad, había escapado de la masacre, pero ahora estaba sin habla y probablemente conmocionada, de manera que, en consideración a su penosa situación, una vecina se la había llevado consigo y la había metido en la cama. Como consecuencia de esto, ocurrió que por un largo espacio de tiempo ninguna persona presente en la casa conocía tanto a los Marr como para preocuparse por el niño pequeño, pues el audaz prestamista había ido en busca del *coroner* y otro vecino estaba en la comisaría más próxima prestando un urgente testimonio. De repente una persona apareció entre la muchedumbre que sabía que los padres asesinados tenían un hijo pequeño; lo podrían encontrar debajo de las escaleras o en uno de los dormitorios del piso de arriba. De inmediato un río de gente entró en la cocina, donde enseguida vieron la cuna, pero con la ropa en un estado de indescriptible confusión. Al sacarla se hicieron visibles manchas de sangre, y el siguiente signo ominoso fue que el cobertor de la cuna estaba destrozado. Se hizo evidente que el desdichado se había visto doblemente estorbado: en primer lugar por el cobertor en forma de arco sobre la cabeza de la cuna, que destrozó consecuentemente con el martillo y, en segundo lugar, por la cisión de las almohadas y mantas alrededor de la cabeza del bebé. El libre juego de sus golpes había visto obstaculizado, así que había terminado la escena aplicando su cuchillo a la garganta del pequeño inocente; después de esto, sin ningún propósito aparente, como si hubiese quedado confuso por el espectáculo de sus propias atrocidades, se había dedicado a apilar la ropa con cuidado sobre el cadáver del niño. Este suceso daba innegablemente el carácter de una venganza a todo el asunto, y así se confirmó el rumor de que la disputa entre Williams y Marr tenía su origen en una rivalidad. Un escritor alegó que el asesino podría haber considerado necesario, para su propia seguridad, extinguir el llanto del niño, pero se le opuso con razón que un niño de tan sólo

ocho meses no podía haber llorado al sentir la tragedia que estaba ocurriendo, sino en su forma ordinaria por la ausencia de su madre; y un lloro semejante, aunque audible desde fuera de la casa, habría sido precisamente lo que los vecinos oían a diario, así que no habría atraído ninguna atención especial ni habría sugerido ninguna alarma razonable al asesino. Ningún incidente en el curso de las atrocidades cometidas emponzoñó más la furia popular contra el desconocido rufián que esta inútil matanza del infante.

Como es natural, en la mañana del domingo que amaneció cuatro o cinco horas más tarde, el caso era demasiado horrible como para no haberse difundido en todas las direcciones, pero no tengo razón para creer que constara ninguna noticia sobre él en los numerosos periódicos dominicales. Por norma general, cualquier suceso ordinario que no ocurriese, o del que no se tuviese noticia, hasta quince minutos pasados la una a.m. de una mañana de domingo, tan sólo llegaba al público en la edición del lunes de los periódicos dominicales, y en los periódicos matinales del lunes. Al suceder así en esta ocasión, nunca se produjo un retraso más trascendente. Pues es cierto que si se hubiese satisfecho la demanda del público con los detalles del domingo, lo cual se podría haber conseguido muy fácilmente suprimiendo un par de aburridas columnas y sustituyéndolas por un relato de los hechos, para lo cual tanto el prestamista como el sereno podrían haber proporcionado los materiales, se hubiese ganado una pequeña fortuna. Con las apropiadas octavillas repartidas por todos los barrios de la infinita metrópolis, podrían haber vendido doscientas cincuenta mil copias; me refiero a cualquier periódico que hubiese recogido material *exclusivo*, con el fin de apaciguar la excitación pública, alimentada por rumores que surgían por todas partes y que aumentaban las ansias de obtener más información. Al domingo siguiente (el octavo día después del suceso) se celebró el funeral de los Marr; en el primer ataúd se puso a Marr, en el segundo a Mrs. Marr con el bebé en sus brazos, en el tercero al aprendiz. Fueron enterrados uno al lado del otro, y treinta mil trabajadores siguieron el cortejo con el horror y la pena dibujados en sus rostros.

Aún no corría ningún rumor que indicase, ni siquiera como una conjetura, al espantoso autor de esa ruina: a ese patrón de enterradores. Si se hubiera sabido tanto en ese domingo del funeral respecto a la persona que llegó a ser universalmente conocida seis días después, la gente habría ido directamente desde la iglesia hasta el alojamiento del asesino, y (sin prisa alguna) le habría ido arrancando miembro por miembro. Pero entonces, a falta de un sujeto en quien pudieran recaer las sospechas, el público se vio obligado a contenerse. Es más, muy lejos de mostrar una tendencia a remitir, las emociones del público aumentaban a diario cuando la reverberación de la conmoción

comenzó a repercutir desde las provincias en la capital. En todo camino real se produjeron muchos arrestos de vagabundos que no podían identificarse propiamente o cuya apariencia se ajustaba, aunque sólo mínimamente, a la imperfecta descripción de Williams aportada por el sereno.

Con esta poderosa marea de conmiseración e indignación apuntando hacia el espantoso pasado, en los pensamientos de personas reflexivas se mezclaba una corriente subterránea de temerosa expectación ante el futuro inmediato. «El terremoto», por citar el fragmento de un impresionante pasaje de Wordsworth:

«El terremoto no queda satisfecho con una vez».

Todos los peligros, en especial los malignos, son recurrentes. Un asesino, que lo es por pasión y por un ansia lobuna de sangre como un modo para satisfacer su lujuria antinatural, no puede sumirse en la *inercia*. Un ahombre así, aún más que el cazador alpino de gamuzas, afronta los peligros de su actividad de los que apenas logra escapar, como un condimento para sazonar las insípidas monotonías de la vida diaria. Pero, aparte de que se podía contar ciertamente con sus instintos infernales para la comisión de nuevas atrocidades, estaba claro que el asesino de los Marr, donde fuera que se escondiera al acecho, era un hombre necesitado, y un hombre necesitado de esa clase que no se dedica a buscar o a encontrar recursos para subsistir en labores honorables, para lo cual, tanto por el disgusto que les causa como por su carencia de los hábitos apropiados, los hombre violentos en especial carecen de la aptitud requerida. Aunque sólo fuera para ganarse la vida, podía esperarse que el asesino, a quien todos lo corazones estaban ávidos por identificar, haría su resurrección en otro escenario de horror transcurrido un intervalo razonable. Incluso en el asesinato de Marr, reconociendo que fue guiado principalmente por un impulso cruel y vengativo, estaba claro que el deseo de botín se había aliado con esos fines. Con igual claridad era cierto que ese deseo había quedado defraudado; excepto por la trivial suma reservada por Marr para los gastos semanales, el asesino encontró, con certeza, poco o nada que le pudiese aprovechar. Dos guineas fue quizá lo máximo que obtuvo como botín. Eso no duraría mucho más de una semana. La convicción, por tanto, de toda la gente era que en un mes o dos, cuando la febril excitación se hubiese enfriado algo, o hubiese sido sustituida por otras noticias más frescas, de manera que la renovada vigilancia de la vida doméstica hubiese remitido, se podría contar con un nuevo asesinato que causaría la misma consternación.

Ésa era la creencia del público. El lector puede figurarse el puro frenesí de horror que se apoderó de la gente cuando, con esta tensa expectación, previendo y esperando, ciertamente, que el brazo desconocido golpease una vez más, pero no creyendo que su audacia pudiera igualarse al otro crimen, mientras todas las miradas estaban vigilando, de repente, la duodécima noche desde el asesinato de los Marr, se perpetrase un crimen de la misma naturaleza y que seguía el mismo plan exterminador, en el mismo vecindario. Esta segunda atrocidad se produjo el jueves siguiente a la semana en que se cometió el asesinato de Marr, y muchos pensaron en aquel momento que, en sus rasgos dramáticos de interés conmovedor, este segundo caso incluso había superado al primero. La familia que sufrió esta vez fue la de un tal Mr. Williamson, y la casa esta situada, si no completamente en Ratcliffe Highway, en todo caso a la vuelta de la esquina en una calle secundaria, corriendo en ángulo recto hacia esa transitada vía pública. Mr. Williamson era un hombre bien conocido y una persona respetable, residente desde hacía tiempo en ese distrito. Se le suponía rico; y más como un medio para pasar el tiempo que como un trabajo para seguir acumulando dinero, tenía una suerte de taberna, en la cual, por decirlo así, reinaba un ambiente patriarcal y, aunque gente de considerable riqueza la frecuentaba por las tardes, no se producía ninguna ansiosa separación entre ellos y otros visitantes de las clases de artesanos o de trabajadores comunes. Cualquiera que se comportase con propiedad podía ocupar si sitio y pedir el licor que prefiriera. Y así la sociedad era bastante miscelánea, en parte estacionaria, y en parte fluctuante. El hogar consistía en las siguientes cinco personas: 1. Mr. Williamson, su cabeza, que era un hombre mayor que superaba los setenta y que se adaptaba perfectamente a su situación, pues siendo cortés y nada arisco, al mismo tiempo tenía la firmeza necesaria para mantener el orden; 2. Mrs. Williamson, su esposa, unos diez años más joven que él; 3. Una nieta pequeña de unos nueve años de edad; 4. Una criada, de casi cuarenta años de edad; 5. Un joven artesano, de unos veintiséis, que trabajaba en un establecimiento de manufacturas (he olvidado de qué tipo), y tampoco recuerdo su nacionalidad. En el local de Mr. Williamson regía la norma de que exactamente en el momento en que el reloj diera las once, toda la clientela, sin ninguna excepción, tenía que abandonarlo. Ésa era una de las costumbres gracias a las cuales les había sido posible, en un distrito tan tormentoso, impedir que en su local se produjeran alborotos. En ese jueves por la noche todo había sucedido como era usual, excepto por una sombra de sospecha que había atraído la atención de más de una persona. Tal vez en un periodo menos agitado habría pasado desapercibida, pero ahora, cuanto todas las conversaciones comenzaban y terminaban con el caso Marr y el asesino desconocido, era una circunstancia que causaba desasosiego que un

extraño, de apariencia siniestra, con un amplio sobretodo, hubiese entrado y salido de la sala a intervalos durante la tarde; a veces se había retirado de la luz hacia rincones oscuros, y más de una persona le había visto introduciéndose en los pasillos privados de la casa. Se creyó que el hombre era un conocido de Williamson. Y, en cierto grado, como un cliente habitual de la casa, no es imposible que lo *fuera*. Pero con posterioridad, ese extraño repulsivo, con su rostro cadavérico, su llamativo pelo y sus vidriosos ojos, mostrándose a intervalos entre las ocho y las once p.m., quedó en la memoria de todo aquel que lo había observado con algo del mismo efecto glacial que ejercían los dos asesinos en *Macbeth*, que se presentan aún expeliendo el vaho del asesinato de Banquo y brillando débilmente, con rostros terribles, en la penumbra del fondo, frustrando las galas del banquete real.

Entretanto, el reloj da las once; la clientela sale, la puerta de entrada está entreabierta; y en ese momento de general dispersión la situación de los cinco habitantes en la casa es la siguiente: los tres mayores, a saber, Mr. Williamson, su esposa y la criada, se encontraban todos en la planta baja, el mismo Williamson estaba sirviendo cerveza, oporto, etc., a aquellos vecino en cuyo favor la puerta de la casa había quedado entreabierta hasta que dieran las doce; Mrs. Williamson y la criada iban y venían desde la cocina al pequeño recibidor; la pequeña nieta, cuyo dormitorio estaba en el *primer* piso (término que en Londres significa siempre la planta que se eleva por un vuelo de escaleras sobre el nivel de la calle), dormía ya casi desde las nueve; por último, el artesano se había retirado a descansar desde hacía tiempo. Era un huésped regular de la casa, y su dormitorio estaba en el segundo piso. Hacía un rato que se había desvestido y acostado. Siendo un trabajador, con el hábito de levantarse temprano, estaba naturalmente ansioso por quedarse dormido lo antes posible. Pero, esa noche en particular, su desasosiego, causado por los recientes asesinatos en el número 29, le causó una exasperación nerviosa que le mantenía despierto. Es posible que hubiese oído hablar a alguien del extraño con aspecto sospechoso o incluso él mismo podría haberle observado cómo salía furtivamente. Pero, aun cuando no fuese así, él sabía de varias circunstancias que afectaban peligrosamente a la casa, verbigracia, la delincuencia que imperaba en el vecindario, y el hecho desagradable de que los Marr habían vivido a unas pocas puertas de la casa, lo cual también podía testimoniar que el asesino no vivía a gran distancia. Estos factores provocaban una alarma general. Pero había otros peculiares de esa casa; en particular, la notoriedad de la opulencia en que vivían los Williamson; la creencia, ya fuese fundada o infundada, de que acumulaba en mesas y cajones el dinero que continuamente fluía en sus manos; y, por último, el peligro al que se exponían gratuitamente con el hábito de dejar la puerta principal entornada durante una

hora entera, y precisamente esa hora estaba cargada con un peligro adicional, pues no había peligro de toparse con visitantes casuales, ya que éstos habían abandonado el local a las once. Una norma que hasta ese momento había tenido un efecto positivo en el carácter y la comodidad de la casa, ahora, por el contrario, se convertía en una proclamación de indefensión y negligencia durante el periodo de una hora. El mismo Williamson, se decía siendo un hombre corpulento que pasaba de los setenta, y bastante inactivo, por prudencia tendría que cerrar su puerta coincidiendo con la salida del último grupo.

Debido a éste y a otros motivos de alarma (en particular, también, que se decía que Mrs. Williamson tenía una gran cantidad de objetos de plata), el trabajador velaba dolorosamente y ya debían haber pasado veintiocho y veinticinco minutos de las doce, cuando, de repente, la puerta se cerró con gran violencia y se oyó cómo una mano insidiosa echaba el cerrojo. Aquí, sin ninguna duda, estaba el hombre diabólico, envuelto en el misterio, del número 29 de Ratcliffe Highway. Sí, ese ser espantoso que durante doce días había estado en las mentes y en los labios de todos, está ahora en esa casa indefensa y, en unos pocos minutos, se encontraría cara a cara con todos y cada uno de sus habitantes. Aún queda un enigma por descifrar en la mente del público: si en la casa de los Marr no habrían actuado *dos* personas. Si hubiese sido así, tendría que haber dos ahora, y una de ellas se pondría inmediatamente al trabajo del piso superior, pues ningún peligro podría ser tan fatal en semejante ataque que una alarma dada desde una ventana superior a los paseantes en la calle. Durante minuto y medio el pobre hombre muerto de pánico estuvo sentado inmóvil en la cama. Pero entonces se levantó y su primer movimiento fue el de avanzar hacia la puerta de su habitación, no con el propósito de asegurarla contra la intrusión, demasiado bien sabía que no había ni cerradura ni pestillo, ni tampoco había muebles en la habitación que hubiesen servido al moverlos para bloquear la puerta, aun en el caso de que hubiese tenido tiempo para eso. No fue un acto de prudencia, sino la fascinación del miedo mortal lo que le condujo a abrir la puerta. Un paso le llevó hasta el rellano de las escaleras, bajó la cabeza hasta la altura de la balaustrada para escuchar, y en ese momento ascendía, desde el pequeño recibidor, el grito agonizante de la criada. « ¡Señor Jesucristo, nos van a asesinar a todos!» Qué cabeza de medusa asomaba en esos rasgos espantados y pálidos, en esos ojos rígidos y vidriosos que en verdad parecían pertenecer a un cadáver, cuya mirada bastaba para proclamar una sentencia de muerte.

En ese momento ya se habían producido tres combates mortales y el pobre y petrificado artesano, completamente inconsciente de lo que estaba haciendo, sumido en un pánico ciego, pasivo, derrotista, bajó los dos pisos. Un terror

infinito le inspiraba con el mismo impulso que le podría haber inspirado un coraje temerario. En camiseta, y por viejas y gastadas escaleras que a veces crujían bajo sus pies, continuó bajando, hasta que se detuvo a cuatro escalones del final. La situación era la más tremenda de que se tenga noticia. Un estornudo, una tos, una respiración agitada, y el joven se convertiría en un cadáver, sin oportunidad siquiera para luchar por su vida. El asesino en ese momento estaba en el pequeño recibidor, cuya puerta daba a la escalera, y esa puerta estaba entreabierta; cierto, mucho más abierta de lo que sugiere la palabra «entreabierta». De ese cuadrante, o noventa grados, que la puerta describiría al abrirse tanto como para estar en ángulo recto con el recibidor, o con él mismo, en posición cerrada exponía unos cincuenta y cinco grados al menos. En consecuencia, dos de los tres cuerpos estaban a la vista del joven. ¿Dónde estaba el tercero? Y el asesino... ¿dónde estaba? En cuanto al asesino, iba de un sitio a otro en el salón, audible pero no visible en un principio, ocupado en la parte de la habitación que estaba fuera de su ángulo de visión. El ruido daba una idea de lo que estaba haciendo, estaba probando llaves para abrir un armario y un escritorio en la parte que estaba oculta de la habitación. Muy pronto, sin embargo, quedó expuesto a la vista, pero, por fortuna para el joven, el asesino se encontraba demasiado absorto en su actividad como para lanzar una mirada hacia la escalera, en la cual se hallaba la pálida figura del artesano, inmobilizada por el horror, que podría haber sido detectada al instante y llevada a la tumba en un segundo. En cuanto al tercer cuerpo, el cuerpo que faltaba, el de Mr. Williamson, estaba en el sótano, y el problema de su situación es una cuestión aparte muy discutida y que aún no ha quedado satisfactoriamente aclarada. Entretanto, al joven le pareció evidente que Williamson estaba muerto, de otra manera le habría oído quejarse o agitarse. Tres amigos, por tanto, de cuatro, de quien el joven se había despedido hacía cuarenta minutos, estaban ahora muertos; quedaba, por consiguiente el 40% (un porcentaje muy elevado para que Williams lo descuidase), pues, en efecto, quedaba él mismo y su bonita amiga, la nievecita, cuya infantil inocencia aún dormía sin miedo por ella y sin pena por sus ancianos abuelos. Si *ellos* se han ido para siempre, felizmente un amigo (ese nombre merecería, si pudiera salvar a la niña de tal peligro) estaba próximo a ella. Pero, ¡ay!, aún se encontraba más cerca del asesino. En ese momento el artesano se desconcierta, no puede dar un paso, se ha convertido en una columna de hielo, pues los objetos que se encuentran frente a él, separados tan sólo por trece pies, son los siguientes: la criada había sido sorprendida por el asesino cuando estaba arrodillada ante la hornalla del hogar, que había estado puliendo con grafito. Esa parte de la tarea ya estaba terminada, y había pasado a realizar otra, a saber, a rellenar el hogar de madera y carbón, no para encenderlo en ese

momento, sino para que estuviese preparado para el día siguiente. Todo llevaba a suponer que estaba ocupada en esa tarea en el momento que entró el asesino, y tal vez los acontecimientos se sucedieron como sigue: por la aterrada invocación a Cristo, oída por el artesano, estaba claro que se había alarmado, y esto ocurrió un minuto y medio o dos minutos después de que se oyera el portazo. En consecuencia, la alarma que había asustado y alarmado a la joven debió ser, de alguna manera, mal interpretada por las dos mujeres. Se dijo, en aquel tiempo, que Mrs. Williamson era algo dura de oído y se conjeturó asimismo que la criada, con el ruido causado por su labor, y con media cabeza dentro del hogar, lo podría haber confundido con los ruidos de la calle o creyó que había sido fruto de alguna broma pesada de los chicos.

Pero, cualquiera que sea la explicación, era un hecho evidente que, hasta las palabras que invocaban a Cristo, la criada no había notado nada sospechoso que interrumpiera su trabajo. Si es así, de esto se deduce que Mrs. Williamson tampoco había notado nada, pues, en otro caso, ella misma, habría puesto en guardia a la criada, ya que estaban las dos en la misma pequeña habitación. Al parecer el curso de los acontecimientos, una vez que el asesino ya había entrado en la habitación, fue el siguiente: Mrs. Williamson probablemente no le llegó a percibir, puesto que se encontraba de espaldas a la puerta. Por tanto, ella, antes de que le hubiese visto, fue derribada sin conocimiento por un golpe estremecedor en la nuca; este golpe, inflingido por una palanca, destrozó la parte trasera del cráneo. Ella cayó, y el ruido de la caída (pues fue obra de un momento) atrajo la atención de la criada que, en ese momento, emitió el grito oído por el joven, pero antes de que pudiera repetirlo, el asesino ya había hecho descender sobre su cabeza su mortífero instrumento, hundiéndole el cráneo; las dos mujeres habían quedado irremisiblemente destruidas, de manera que eran innecesarios otros ataques; además, el asesino era consciente del peligro que supondría cualquier demora; no obstante, y pese a su prisa, dio tanto valor a las consecuencias fatales que podrían derivarse de que una de sus víctimas recuperase la conciencia que, para hacerlo imposible, procedió a degollarlas. Todo esto concuerda con los hechos tal y como se presentan ellos mismos. Mrs. Williamson había caído de espaldas con la cabeza hacia la puerta; la criada, hincada de rodillas, había sido incapaz de levantarse y había presentado pasivamente su cabeza a los golpes; después de lo cual, el muy ruin había doblado su cabeza hacia atrás para exponer su garganta y culminar su trabajo. Es notable que el joven artesano, paralizado como había estado por el miedo, y evidentemente tan fascinado durante un tiempo como para dirigirse directamente a la boca del lobo, se consideró capaz de percibir todo lo que fuera importante. El lector se lo tuene que imaginar ahora observando al asesino mientras se inclinaba sobre el cuerpo de Mrs.

Williamson, y mientras renovaba su búsqueda de ciertas llaves de importancia/ sin duda era una situación de ansiedad para el asesino, pues, o encontraba rápidamente las llaves que necesitaba, o esa espantosa tragedia horrorizaría al público hasta extremos inusitados, lo cual multiplicaría por diez sus precauciones y redoblaría los obstáculos interpuestos entre el asesino y sus futuras víctimas. No, aún estaba en juego otro factor: su propia e inmediata seguridad, por algún accidente, podía quedar comprometida. La mayoría de los que venían a la casa a por licor eran niños despistados que, al encontrarla cerrada, seguirían su camino para buscar otra, pero si viniera un hombre o una mujer con sus cinco sentidos a la puerta en ese momento, un cuarto de hora antes de la hora de cierre, en ese caso sospecharía hasta tal punto que desearía realizar una comprobación. Daría la alarma, después de lo cual la suerte decidiría el destino. Pues es un hecho notorio y que ilustra la singular inconsistencia de este villano que, siendo con frecuencia tan superfluamente sutil, en otros asuntos era tan imprudente y precipitado, que en ese momento, estando entre cadáveres que habían inundado el recibidor de sangre, Williams dudaba de si había medios seguros para salir. Sabía de las ventanas en la parte trasera, pero no parecía tener una información cierta sobre el lugar al que daban; y en un vecindario tan peligroso no era improbable que las ventanas de la planta baja estuvieran cerradas a cal y canto; las de los pisos superiores podían estar abiertas, pero entonces se vería obligado a saltar desde una altura formidable. Debido a esto, lo más práctico era darse prisa en probar todas las llaves y encontrar el tesoro oculto. Esta intensa concentración en el logro de su propósito fue lo que desvió la atención del asesino sobre todo lo que lo rodeaba; de otra manera, tendría que haber oído la respiración del joven, que en algún momento llegó a ser peligrosamente audible. Cuando el asesino se inclinó una vez más sobre el cuerpo de Mrs. Williamson, y registró sus bolsillos más detenidamente, sacó varios manojos de llaves y, al arrojar uno de ellos, produjo un tintineo en el suelo. Fue en este momento cuando su testigo secreto, desde su secreta posición, advirtió el hecho de que la levita de Williams estaba forrada de la seda de la mejor calidad. Otro hecho del que se dio cuenta, y que adquiriría una mayor importancia inmediata que muchas otras graves circunstancias de la acusación, fue que los zapatos del asesino, nuevos en apariencia, y comprados probablemente con el dinero de Marr, crujían al andar, áspera frecuentemente. Con los nuevos manojos de llaves, el asesino se dirigió a la sección oculta de la sala. Y aquí, por fin, se le ofreció al artesano la repentina posibilidad de escapar. Transcurrirían unos minutos hasta que hubiese probado todas las llaves, y después de registrar los cajones, suponiendo que las llaves fueran las adecuadas, o en forzarlos con violencia si no lo eran. Así que contaría con un pequeño intervalo de tiempo en el que el

ruido de las llaves amortiguaría el crujido de las escaleras mientras volvía a subir. Ya tenía trazado un plan. Al volver a su habitación, situó la cama contra la puerta con el fin de dificultar el acceso al enemigo, eso le avisaría de su llegada, y en el peor de los casos le proporcionaría la posibilidad de salvar la vida con un salto desesperado. En cambio lo hizo con el menor ruido posible, a continuación cortó en tiras anchas las sábanas, las fundas de la almohada y las mantas, formando varias cuerdas que luego anudó entre sí. Pero en ese instante se dio cuenta de su impedimento para sus labores. ¿Dónde encontraría una armella, un gancho o una barra o cualquier otro punto de fijación del que asegurar su cuerda una vez desplegada? Desde el antepecho de la ventana, esto es, desde su parte inferior, había hasta el suelo unos veintidós o veintitrés pies. De esta altura se podrían restar diez o doce pies, pues esa distancia es la que podría salvar de un salto sin peligro. Deduciendo esa parte, quedarían, digamos, unos doce pies de cuerda por preparar. Por desgracia, no había ninguna fijación de hierro en su ventana. La más próxima, en realidad la única, estaba lejos de la ventana. Era una alcayata clavada (sin ninguna razón aparente) en el pabellón de la cama; ahora bien, al haber desplazado la cama también había desplazado la alcayata, y su distancia hasta la ventana, habiendo sido siempre de cuatro pies, ahora era de siete. Siete pies en total, que se tenían que añadir a la distancia deducida de la ventana al suelo. ¡Pero valor! Dios, en virtud del proverbio de todos los pueblos cristianos, ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Nuestro joven amigo reconoce esto agradecido; en el hecho de encontrar una alcayata en el interior que era completamente inútil, descubre un signo de la Providencia. Si hubiese trabajado sólo para sí mismo no habría tenido mérito alguno, pero no es así; ahora se ve profunda y sinceramente afligido por la pobre niña, a quien conoce y quiere; cada minuto que pasa, él lo siente, la ruina está más próxima a ella; y, cuando pasó por su puerta, su primer pensamiento fue sacarla en brazos de la cama y llevarla consigo donde pudieran compartir el destino. Pero consideró que si la despertara de repente, y con la imposibilidad incluso de susurrarle una explicación, lanzaría un grito audible, y la fatal indiscreción de uno sería fatal para los dos. Al igual que las avalanchas alpinas, cuando se ciernen sobre las cabezas de los viajeros, con frecuencia (según se dice) se desencadenan porque un simple murmullo rompe la serenidad del aire, así pendía la malicia asesina del hombre en el piso inferior de un susurro tan tenue. No sólo había una manera de salvar a la criatura, el primer paso para rescatarla consistía en salvarse primero a sí mismo. Y había comenzado bien, pues la alcayata, que él había imaginado que se iba a salir de la semiputrefacta madera, resistió con firmeza cuando la probó haciendo fuerza con su propio peso. Sin perder tiempo, ata a ella tres de los jirones que había anudado,

midiendo once pies. La retuerce con rudeza, de manera que sólo pierde tres pies al entrelazarla; las empalma en una segunda longitud igual a la primera, así que ya tiene a su disposición dieciséis pies de cuerda para arrojar por la venta; en el peor de los casos, no sería un desastre completo descender por la cuerda hasta donde llegara y luego tirarse con valor. Todo esto lo concluyó en unos seis minutos, y aún se producía la febril carrera entre arriba y abajo. El asesino trabajaba duro en la sala; el artesano trabajaba duro en el dormitorio. El impío saca ventaja en la planta baja; ya se ha apoderado de un puñado de billetes, y está tras las huellas de otro. También ha encontrado un nido de monedas de oro. Soberanos como los de hoy no los había, pero guineas de ese periodo podían alcanzar un valor de treinta chelines por pieza, y se abría el camino hacia una pequeña mina de ellas. El asesino está casi gozoso, y si en esa casa aún hubiera una criatura viva, como sospecha sagazmente, y muy pronto sabrá con certeza, se alegraría antes de cortarle la garganta, de beber una copa con ella de lo que fuera. En vez de la copa, ¿no podría regalarle a la pobre criatura su garganta? ¡Oh, no, imposible! Gargantas son cosas que él nunca regala; el negocio..., hay que atender el negocio. En verdad que los dos hombres, considerados meramente como hombres de negocios, tienen su mérito. Como coro y semicoro, estrofa y antiestrofa, así trabaja el uno contra el otro. ¡Vamos, artesano! ¡Vamos, asesino! ¡Vamos, panadero! ¡Vamos, demonio! En lo que concierne al artesano, ya está a salvo. A sus dieciséis pies, de los cuales siete quedaban neutralizados por la distancia de la cama, al final ha podido añadir seis pies más, con lo cual se quedará corto por unos diez pies, una bagatela que tanto un hombre como un niño pueden salvar sin peligro de herirse. Por tanto, él está seguro, que es más de lo que puede decirse del impío en la sala. El impío, no obstante, se lo toma con serenidad, y la razón estriba en que, pese a toda su astucia, por una vez en su vida le han ganado de mano. El lector y yo lo sabemos, pero el impío no sospecha en lo más mínimo un pequeño hecho de cierta importancia: que durante un espacio de tiempo de tres minutos ha sido observado y estudiado por alguien que (aunque leyendo en un libro espantoso y sufriendo un pánico mortal) tomó notas exactas de todo lo que sus limitadas posibilidades le permitieron ver, y que con toda certeza informará de los zapatos que crujen y del forro de seda de la levita en dependencias en que esos detalles le beneficiarán muy poco. Pero, aunque es verdad que Mr. Williams, ignorante de la presencia del artesano durante su registro de los bolsillos de Mrs. Williamson, no podía conectar ninguna ansiedad con esa persona y sus actividades, en especial con el asunto de la cuerda, seguro que tenía razones suficientes para no perder el tiempo. Y, sin embargo, perdía el tiempo. Interpretando sus actos a la luz de las muchas huellas que fue dejando, la policía comprendió que al final había

perdido el tiempo. Y la razón de esto es digna de mencionarse, porque nos informa enseguida de que él no perseguía el asesinato simplemente como un medio, sino como un fin en sí mismo. Mr. Williams llevaba en la casa unos quince o veinte minutos, y en ese espacio de tiempo había despachado, con un estilo satisfactorio para él, un considerable montón de trabajo. En un lenguaje comercial podríamos decir que había hecho un buen negocio. En dos plantas, esto es, en el sótano y la planta baja, había dado cuenta de toda su población. Pero aún quedaban dos pisos más, y ahora se le ocurrió a Mr. Williams que, aunque la fría acogida del señor de la casa le había privado de conocer el resto, era muy probable que en una o más de sus estancias hubiera más gargantas. En cuanto al botín, ya se lo había embolsado. Y era casi imposible que aún quedara alguna sobra para otro limpiador. Pero las gargantas... las gargantas..., tal vez de ellas aún quedara un remanente, algo que recoger. Y así ocurrió que, con su sed lobuna de sangre, Mr. Williams puso en juego todos los frutos de su noche de trabajo e incluso su vida. En este momento, si el asesino supiera todo, si pudiera ver la ventana abierta arriba, lista para el descenso del artesano, si pudiera presenciar la rapidez, a vida o muerte, con que trabaja ese artesano, podría presagiar el poderosos tumulto que iba a enloquecer a la población, a los noventa segundos, de ese populoso distrito; en ese caso, ninguna imagen de un maníaco huyendo de pánico o en persecución de la venganza representaría adecuadamente la agonía de prisa con la que se precipitaría hacia la puerta de salida para escapar. Esa manera de escapar aún era posible. Incluso en este momento aún quedaba tiempo suficiente para una huída con éxito y, por tanto, para la siguiente revolución en la novela de su vida abominable. En sus bolsillos tenía unas cien libras de botín; lo suficiente para un disfraz completo. Esa misma noche, si se afeitaba su pelo amarillo y se teñía de negro sus cejas, comparándose, cuando hubiese amanecido, una peluca oscura y ropa que correspondiera al carácter de un serio profesional, podría haber eludido todas las sospechas de policías impertinentes, podría haberse embarcado en uno de los cientos de navíos que se dirigen a los puertos de la enorme línea costera americana de los Estados Unidos (que se extiende por dos mil cuatrocientas millas); podría disfrutar cincuenta años de cómodo arrepentimiento; e incluso podría haber muerto en olor de santidad. Por otra parte, si prefería la vida activa, no es imposible que, con *su* sutileza, audacia y falta de escrúpulos, en una tierra donde el simple proceso de naturalización convierte al extranjero en el acto en un hijo de familia, podría llegar al sillón de Presidente; se podría erigir una estatua a su muerte, y después escribir su vida en tres volúmenes en cuarto, con ninguna pista que apuntase al número 20 de Ratcliffe Highway. Pero todo depende de los siguientes noventa segundos. En ese plazo tendrá que tomar una decisión; hay una decisión

errónea y una correcta. Si su ángel bueno le guía a tomar la correcta, todo le irá bien en lo que concierne a la prosperidad de este mundo. ¡Pero atención! En dos minutos le veremos tomar la errónea: y entonces Némesis estará tras sus talones con desastre súbito y perfecto.

Entretanto, si el asesino se permite perder el tiempo, el fabricante de cuerdas del piso superior no lo hace. Sabe muy bien que el destino de la pobre niña está en el filo de una navaja: por todos los medios tiene que lograr dar la alarma antes de que el asesino alcance el borde de su cama. Y en ese preciso momento, cuando una agitación desesperada casi le paraliza los dedos, oye las pisadas furtivas del asesino crujiendo a través de la oscuridad. El artesano había esperado (fundándose en el estruendo que había producido la puerta de entrada al cerrarse) que Williams, cuando estuviera dispuesto para ese trabajo en el piso de arriba, vendría corriendo en un jubiloso galope largo y con el rugido de un tigre y tal vez, por sus instintos naturales, así lo habría hecho. Pero esta forma de aproximarse, que era de un efecto terrible si se aplicaba con sorpresa, se volvía peligrosa en el caso de personas que ya debían haberse puesto en guardia. La pisada que había oído era en la escalera..., pero ¿en qué escalón? Se imaginó que en uno de los primeros: y, en un movimiento tan lento y cauteloso, incluso esto podría marcar la diferencia; ¿no podría haber sido el décimo, el duodécimo o el decimocuarto? Tal vez nunca en este mundo un hombre ha sentido cruelmente una responsabilidad tan pesada como en ese momento el pobre artesano al pensar en la niña dormida. Bastaba que perdiera dos segundos por confusión o por los efectos del pánico, y *ella* se daría una diferencia total, la diferencia entre la vida y la muerte. Pero aún hay esperanza y nada puede revelar tan espantosamente su naturaleza infernal, cuya sombra maléfica, para hablar astrológicamente, oscurece en ese momento la casa de la vida, que la simple expresión del fundamento en que descansa esa esperanza. El artesano estaba seguro de que el asesino no se quedaría satisfecho asesinando a la criatura mientras estuviera inconciente. Eso estropearía el propósito de asesinarla. Para un epicúreo del asesinato como Williams, perdería el acicate del placer si la pobre niña tuviese que apurar el cáliz amargo de la muerte sin comprender del todo la miseria de su situación. Pero esto, por fortuna, requeriría tiempo: la doble confusión mental, primero, por haberla despertado a una hora tan inusual y, en segundo lugar, el horro que experimentará al conocer las intenciones del asesino, lo que al principio le producirá desmayos o algún tipo de insensibilidad o distracción, y ello ocuparía un tiempo considerable. La lógica del caso, en suma, dependía de la extrema perversidad de Williams. Si se contentaba con el simple hecho de la muerte de la niña, con la expansión placentera de su agonía mental, en ese caso no habría esperanza. Pero como nuestro asesino es melindroso hasta le

fastidio en sus exigencias —una suerte de ordenancista en la esencial escenificación y ornamento de las circunstancias de sus crímenes— es entonces cuando la esperanza se torna razonable, puesto que todos esos refinamientos preparatorios requieren tiempo. Asesinos más necesitados que Williams estaban obligados a darse prisa, pero en un asesinato por pura voluptuosidad, enteramente desinteresado, donde no había que eliminar a ningún testigo hostil, no había que ganar ningún botín adicional ni que cumplir ninguna venganza, está claro que la prisa lo arruinaría todo. Si esa criatura, por tanto, se salva, será sólo por consideraciones estéticas.

Pero todas las consideraciones, cualesquiera que sean, en ese momento se interrumpen súbitamente. Se escucha un tercer paso en las escaleras, todavía subrepticio y cauteloso; un paso más y entonces la suerte de la niña estará echada. Pero en ese momento ya está todo preparado. La ventana está abierta, la cuerda cuelga libremente, el artesano se ha deslizado por ella y ya se encuentra en el primer tramo de su descenso. Baja impulsado por su peso y retarda el descenso ofreciendo resistencia con sus manos. El peligro estribaba en que la cuerda resbalara demasiado entre sus manos y que, por la rápida aceleración de la bajada, terminara cayendo violentamente en el suelo. Por fortuna, fue capaz de resistir el ímpetu: los nudos de las sábanas entrelazadas sirvieron para frenarlo. Pero la cuerda resultó ser más corta, en cuatro o cinco pies, de lo que había calculado: se quedó suspendido en el aire a unos diez u once pies del suelo, mudo por la continua agitación y con miedo de que al caer con rudeza pudiera romperse las piernas. Pero la noche no era tan oscura como en la que ocurrió el asesinato de los Marr. Y, sin embargo, para los propósitos de la policía criminal, por casualidad resultaba peor que la noche más oscura que jamás ocultó a un asesino o dificultó su persecución. Londres, de este lado, estaba cubierto por una espesa capa de niebla que surgía del río. A esto se debió que durante veinte o treinta segundos nadie observara al joven que pendía en el aire. Su camiseta blanca al final terminó atrayendo la atención. Cuatro o cinco personas corrieron hacia él y lo cogieron en los brazos, sospechando algún anuncio terrible. ¿De qué casa había bajado? Ni siquiera *eso* quedaba claro en ese instante, pero él señaló con su dedo la puerta de Williamson y dijo con un susurro entrecortado: *¡el asesino de los Marr está ahora en la casa!*

Todo quedó explicado en un momento: el lenguaje silencioso de los hechos hizo su propia elocuente revelación. El misterioso exterminador del número 29 de Ratcliffe Highway había visitado otra casa y, ¡atención!, un hombre había escapado por el aire, y en camiseta, sólo para relatar lo sucedido. Había algo supersticioso que impedía la persecución de ese criminal incomprensible;

moralmente, y en el interés de la justicia vindicativa, todo la fomentaba, la estimulaba y la mantenía.

Sí, el asesino de los Marr —ese hombre misterioso— estaba otra vez en acción; quizá en ese preciso momento estaba apagando la luz de una vida, y no en un lugar remoto, sino en esa misma casa que tocaban quienes escuchaban la horrible noticia. El caos y la ciega confusión de la escena que siguió, según lo informado por las crónicas de los periódicos de los días subsiguientes, no conoce, por lo que sé, ningún paralelo, a no ser tal vez en un caso: los acontecimientos que siguieron a la absolución de los siete obispos de Westminster en 1688. en este caso había algo más que un apasionado entusiasmo. El frenético movimiento de una mezcla de horror y exultación, el clamor de venganza que ascendió instantáneamente de la calle, y luego como una suerte de sublime contagio magnético, de todas las calles adyacentes, sólo puede ser adecuadamente expresado por un arrebatado pasaje de Shelley:

«El arrebato de una fiera y monstruosa alegría
se difundió por las multitudinarias calles, casi volando
con las alas del miedo: de su embotada locura
despertó el hambriento y murió de placer: los moribundos,
agonizando convulsos entre los cadáveres,
oyeron las buenas nuevas, y esperanzados
cerraron sus abatidos ojos: de casa en casa
el elevado clamor de los vivos estremeció la cúpula del cielo
y llenó de ecos la tierra sorprendida».

Hubo algo, en efecto, casi inexplicable en la instantánea interpretación del grito multitudinario que le dio su verdadero significado. De hecho, el mortal clamor de venganza, y su sublime unidad, en ese distrito sólo podía apuntar hacia un demonio cuya idea había amargado y tiranizado, durante doce días, el corazón de todos: cada puerta, cada ventana del vecindario, se abrió de golpe como si obedeciera una orden; multitudes, sin aguardar a las vías regulares de salida, saltaron enseguida desde las ventanas de los pisos más bajos; personas enfermas se levantaron de las camas; incluso, en un caso, como si se quisiera verificar expresamente la imagen de Shelley (en los versos, 4,5,6,7), un hombre cuya muerte se había esperado en esos días, y que moriría al día siguiente, se levantó de la cama, se armó con una espada, y bajó a la calle en pijama. Era una buena oportunidad, y la masa era consciente de ella, para atrapar al perro rabioso en pleno mediodía y carnaval de su sangriento coto de

caza, en pleno centro de su propio degolladero. Por un momento la masa de gente se asombró de su propio número y furia. Pero incluso esa furia sintió la necesidad de controlarse a sí misma. Era evidente que se tenía que forzar la puerta de entrada, pues ya no quedaba ninguna persona viva en el interior que pudiera cooperar con sus esfuerzos, excepto la pequeña. Unas barras de hierro lograron que la puerta saltara de sus goznes y la gente penetró en la casa como un torrente. Se puede suponer la irritación e inquietud para su furia consumidora, que causo una señal de pausa y absoluto silencio realizada por una persona de importancia local. Con la esperanza de recibir alguna comunicación útil, la masa guardó silencio. «Ahora escuchemos —dijo el hombre con autoridad—, y averiguaremos si se encuentra en el piso de abajo o en el de arriba». De inmediato se escuchó un ruido como si alguien tratara de forzar una ventana, y el ruido provenía claramente del dormitorio de arriba. Sí, parecía que el asesino aún se encontraba en la casa: lo habían cogido en una trampa. Al no haberse familiarizado con la casa de los Williamson, al parecer se había convertido de repente en un prisionero de uno de los dormitorios de arriba. Hacia él se precipitó impetuosamente la masa. Sin embargo, se encontró con que la puerta estaba cerrada y, en el momento en que comenzaron a forzarla, un sonoro ruido de cristales rotos anunció que el miserable había emprendido la huida. Había saltado, y algunas personas de la multitud, que ardían de furia, saltaron tras él. Estas personas no se habían preocupado por la naturaleza del suelo, pero ahora, al examinarlo con las antorchas, informaron que se trataba de un plano inclinado, un terraplén de barro muy húmedo y pegajoso. Las pisadas del asesino habían quedado profundamente impresas en el barro y, por tanto, eran fáciles de seguir hasta el final del terraplén, pero pronto se dieron cuenta de que la persecución sería en vano dada la densidad de la niebla. Era imposible identificar al hombre a tan sólo dos pies de distancias y, si se cogía a alguien, no se podría saber si era a quien se había perdido de vista. Nunca, a lo largo de todo este siglo, se habría dado una noche más propicia para que escapara un criminal: a Williams le sobraban ahora los medios para disfrazarse, y en los alrededores del río había innumerables guaridas que podrían haberle protegido durante años de preguntas indiscretas. Pero hacer favores a desagradecidos e ingratos es dilapidarlos. Esa noche, cuando se le planteaba la encrucijada de su futura carrera, Williams tomó la decisión equivocada, pues, por mera indolencia, se le ocurrió dirigirse a su antiguo alojamiento, el lugar en toda Inglaterra que tenía más razones para evitar.

Mientras tanto, la muchedumbre ya había inspeccionado por entero las dependencias de Williamson. La primera preocupación fue por la joven nieta. Williams, era evidente, había entrado en su habitación, y fue precisamente en

esa habitación donde, al parecer, el ruido de la multitud le había sorprendido; después de que se hubiese desviado su atención, se había dirigido a la ventana, y se dio cuenta de que sólo le quedaba ese camino para huir. E incluso la huida sólo tuvo éxito gracias a la niebla y a la rapidez con que actuó, así como a las dificultades de los que le venían a la zaga para entrar en la casa por la puerta opuesta. La niña, es natural, se encontraba agitada por la presencia de tantos extraños a esa hora, pero, gracias a las precauciones humanitarias de los vecinos, se la preservó del conocimiento de los trágicos sucesos que habían ocurrido mientras estaba durmiendo. Aún no habían encontrado a su pobre abuelo, hasta que la multitud bajó al sótano, allí lo encontraron tendido en el suelo: al parecer el asesino lo había arrojado desde la parte de arriba de las escaleras y con tanta violencia que se había roto una pierna. Después de haber sido puesto fuera de combate de esta forma, Williamms había bajado y lo había degollado. Se discutió mucho en ese momento, en algunos periódicos, sobre la posibilidad de reconciliar estos incidentes con otras circunstancias del caso, suponiendo que sólo un hombre estuviera implicado en el asunto. Que únicamente había un hombre implicado, parecía seguro. Sólo uno fue visto y escuchado en la casa de los Marr y era, sin ninguna duda, el mismo hombre que fue visto por el joven artesano en la sala de Mr. Williamson; y sólo uno dejó impresadas sus huellas en el terraplén de barro. Se presume que su modo de proceder fue el siguiente: él mismo se presentó a Williamson y le pidió una cerveza. El pedido obligó al anciano a bajar al sótano; Williams esperó hasta que llegó abajo y entonces cerró la puerta de entrada con violencia, de la manera ya descrita. Williamson habría subido agitado después de haber oído el ruido. El asesino, sabiendo que lo haría, se encontró con él en el inicio de las escaleras que llevaban al sótano y le empujó, después de lo cual bajó para consumar el asesinato de su manera habitual. Todo eso le llevaría un minuto o un minuto y medio, y así se explica el intervalo de tiempo que transcurrió desde que el artesano escuchó el ruido de la puerta al cerrarse y el lamento de la criada. Así que es evidente que la razón de no haber oído ningún grito de los labios de Mr. Williamson se debió a la situación de las partes como las he descrito. A continuación, al acercarse por detrás a Mrs. Williamson, sin ser visto ni oído, dada su sordera, el asesino la dejó sin conocimiento antes de que ella se hubiera dado cuenta de su presencia. Pero con la criada, que presencié inevitablemente el ataque a su señora, el asesino no pudo obtener una ventaja tan completa y *ella*, por tanto, tuvo tiempo para lanzar su agónica exclamación.

Se ha mencionado que durante quince días ni siquiera se sospechó quién podía haber sido el asesino de los Marr; eso quiere decir que previamente el asesinato de Williamson no había ninguna huella o ningún motivo de sospecha

en ninguna dirección, ni por parte del público ni de la policía. Pero había dos excepciones muy limitadas a este estado de ignorancia absoluta. Alguno de los magistrados estaba en posesión de algo que, examinado con detalle, ofrecía un medio eficaz para localizar al criminal. Pero hasta ese momento no lo habían localizado. Hasta la mañana del viernes después de la destrucción de los Williamson, no se publicó la importante pista de que en el martillo de carpintero (del que se sirvió el asesino para aturdir o dejar sin conocimiento a sus víctimas) estaban inscritas las letras «J.P.». Este martillo, por un extraño descuido por parte del asesino, lo había dejado olvidado en la tienda de Marr; y es un elemento interesante, por tanto, que, si el villano hubiese sido interceptado por el valiente prestamista, lo habría encontrado prácticamente desarmado. Esta notificación pública se hizo oficialmente el viernes, esto es, al decimotercer día después del primer asesinato. Y fue seguida al instante (como veremos) por el descubrimiento más importante. Entretanto, en el secreto de un solitario dormitorio de Londres, es un hecho que Williams había sido el objeto de muy serias sospechas desde el principio, esto es, desde el momento en que se produjo la tragedia de los Marr, manifestadas en susurros. Y es singular que la sospecha se debió a su propia demencia. Williams dormía, en compañía de otros hombres de varias naciones, en una pensión. En un gran dormitorio había cinco o seis camas, que estaban ocupadas por artesanos, en general de carácter respetable. Había uno o dos ingleses, uno o dos escoceses, tres o cuatro alemanes, y Williams, cuyo lugar de nacimiento no se sabía con certeza. En la fatídica noche del sábado, a eso de la una y media, cuando Williams regresó de su horrible acción, encontró dormidos a los ingleses y a los escoceses, pero los alemanes estaban despiertos: uno de ellos estaba sentado con una vela en las manos y leyendo en voz alta a los otros dos. Al llegar, Williams dijo con un tono enojado y perentorio: « ¡Oh, apagad esa vela, apagadla de inmediato o arderemos todos en las camas! ». Si la parte británica en la habitación hubiese estado despierta, lo dicho por Mr. Williams habría originado una protesta airada contra su arrogante mandato. Pero los alemanes, que suelen ser de temperamento dócil y cortés, apagaron la luz. Entonces, como no había cortinas, a los alemanes se les ocurrió que no había ningún peligro, pues la ropa de cama amontonada sobre cada uno de ellos ardería menos que las hojas de un libro cerrado. En privado, por tanto, los alemanes dedujeron que Mr. Williams debía tener un motivo urgente para ocultar su persona y su ropa de la mirada de los demás. Cualquiera que fuera el motivo, al día siguiente la noticia del asesinato se difundió por todo Londres y, por supuesto, en esa casa, no muy distante de la tienda de Marr, lo que lo había terriblemente evidente. Y, como se puede suponer, la sospecha se comunicó a los otros ocupantes del dormitorio. Todos ellos, sin embargo,

conocían el peligro legal que pesaba, según las leyes inglesas, sobre quien hiciera insinuaciones acerca de una persona, aun siendo ciertas, si no disponía de pruebas. En realidad, Williams había empleado las precauciones más obvias, se había limitado a caminar hasta el Támesis (a un tiro de piedra) y había arrojado al río dos de sus herramientas, así que no podría haber aducido contra él ninguna prueba conclusiva. De esta manera podría haber logrado el proyecto de Courvoisier (el asesino de Lord William Russell), esto es, recibir cada mensualidad con un asesinato bien concertado. El grupo en el dormitorio, mientras tanto, estaba convencido, pero necesitaba pruebas que convencieran a otros. Por tanto, en cuanto se hizo el anuncio oficial de las iniciales J.P. en el martillo, todos en la casa reconocieron de inmediato las bien conocidas iniciales de un honesto carpintero de barcos, John Petersen, que había trabajado en los muelles ingleses hasta ese mismo año, pero que, teniendo la oportunidad de volver a visitar su país nativo, dejó allí su caja de herramientas, en el desván de la pensión. Se registró ese desván y se encontró la caja de herramientas de Petersen, en la que faltaba el martillo, pero al realizar un examen más detallado se hizo otro descubrimiento sobrecogedor. El cirujano que examinó los cadáveres en la casa de Williamson dijo que, según su opinión, el asesino no había cortado las gargantas con una navaja, sino con un instrumento de forma diferente. Entonces se recordó que Williams había tomado prestado recientemente un gran cuchillo francés de peculiar manufactura; de una pila de madera vieja y de trapos se sacó al poco tiempo un chaleco, que toda la casa pudo jurar que Williams lo había llevado recientemente. En este chaleco, y pegado al forro del bolsillo interior, se encontró el cuchillo francés. Además era notorio para todos los que se hospedaban en la pensión que Williams solía llevar un par de zapatos que crujían y una levita marrón forrada de seda. No eran necesarias más presunciones. Williams fue detenido de inmediato y brevemente interrogado. Esto fue un viernes. El sábado por la mañana (esto es, catorce días desde el asesinato de los Marr) fue nuevamente interrogado. Las pruebas circunstanciales eran abrumadoras; Williams siguió el curso de los acontecimientos, pero dijo muy poco. Al final fue procesado y huelga decir que, en el camino hacia la prisión, le siguió una furiosa muchedumbre. En circunstancias ordinarias no habría tenido ninguna esperanza del salvarse de su venganza, pero en esta ocasión se le había asignado una nutrida escolta, de manera que llegó sano y salvo a su celda. En esa prisión, en concreto, por aquel tiempo, estaba estipulado que a las cinco en punto p.m. todos los prisioneros de la sección criminal quedasen encerrados durante toda la noche y sin luz. Durante catorce horas (esto es, hasta las siete en punto del día siguiente) no podían recibir visitas y permanecían en una absoluta oscuridad.

Por tanto, Williams tuvo tiempo suficiente para suicidarse. Los medios para cometerlo, sin embargo, eran escasos. Si mal no recuerdo, había una barra de hierro de la que colgaba la lámpara: de ella fue de donde se ahorcó, con ayuda de sus tirantes. No se sabe con certeza a qué hora, algunos creen que a eso de la medianoche. En ese caso, habría sido precisamente a la hora en que, catorce días antes, había sembrado el horror y la desolación en la tranquila familia del pobre Marr, ahora se había visto obligado a beber de la misma copa, presentada a sus labios por la mismas manos malditas.

* * * * *

El caso de los M'Keans, al que se ha aludido, merece también una mención por los espantosos rasgos llamativos de algunas de sus circunstancias. El escenario de este crimen fue una posada rústica, a pocas millas (creo) de Manchester; y de la ventajosa situación de esta posada surgió la doble tentación del caso. Por regla general, una posada supone, desde luego, un cinturón de vecinos como motivo principal para abrir el establecimiento. Pero, en este caso, esa casa estaba completamente aislada y solitaria, de suerte que no se podía temer ninguna interrupción de nadie que viviese al alcance de los gritos y, sin embargo, por otra parte, la vecindad circundante era populosa, como consecuencia de lo cual un club benéfico había situado su punto de encuentro semanal en esa posada y había dejado su dinero bajo la custodia del propietario. Estos fondos llegaban a alcanzar una suma considerable, cincuenta o setenta libras, antes de ser transferidos a las manos de un banquero. Aquí, por tanto, se encontraba un tesoro digno de un poco de riesgo y en una situación inmejorable. Estas atractivas circunstancias fueron conocidas, por casualidad, por uno o los dos de los M'Kean y, por desgracia, en un momento de abrumadora desgracia para ellos. Eran buhoneros de profesión y, hasta el último momento, personas de lo más respetable, pero una quiebra comercial los había llevado a la ruina, en la que habían perdido hasta el último chelín. Este repentino desastre los había sumido en la desesperación: sus pequeñas propiedades habían sucumbido en una enorme catástrofe *social* y precisamente hicieron responsable a la sociedad en general de lo que ellos consideraron un robo. Por tanto, al actuar contra la sociedad, ellos creían que seguían un instinto natural y justo de venganza. El dinero al que aspiraban asumía en cierto modo el carácter de un dinero público, siendo el producto de muchas suscripciones distintas. No obstante, olvidaron que en los actos

asesinos, que con toda certeza planearon como precedentes al robo, no podían apelar a tal coartada social previa. Al tratar con una familia que parecía casi indefensa, si todo iba bien, confiaron plenamente en su fuerza física. Eran hombres jóvenes y decididos, entre los veintiocho y los treinta años de edad, más bajos que altos, y de complexión atlética, anchos de pecho y de espaldas; tenían muy buen tipo, en cuanto a la simetría de sus miembros y articulaciones, por lo que, después de su ejecución, los cuerpos fueron expuestos en privado por los cirujanos del hospital de Manchester como objetos de un interés estatuario. Por otra parte, el hogar que pensaban atacar constaba de las siguientes personas: 1. El propietario, un robusto granjero, a quien intentaron poner fuera de combate mediante un truco recientemente introducido por los ladrones y que consistía en verter láudano en el licor de la víctima; 2. La esposa del propietario; 3. Una joven criada; 4. Un muchacho de entre doce y catorce años de edad. El peligro estaba en que posiblemente las cuatro personas se encontrarían en lugares distintos de la casa, la cual disponía de dos salidas separadas, por lo que al menos una de esas personas podría escapar y, dado su mejor conocimiento de los caminos adyacentes, incluso podría lograr dar la alarma en alguna de las casas no muy lejanas. Por último, decidieron guiarse por las circunstancias en el modo de ejecutar su plan y, sin embargo, como parecía esencial para el éxito que dieran la impresión de no conocerse, fue necesario que concretaran previamente unas líneas generales de actuación, puesto que con posterioridad sería imposible comunicarse entre ellos ante la mirada de la familia sin despertar fuertes sospechas. El plan incluía, como mínimo, un asesinato: eso estaba decidido; por lo demás, sus acciones posteriores demostraron con evidencia que deseaban derramar sólo la sangre necesaria para el logro de su objetivo. En el día señalado, se presentaron por separado en la posada rústica y a horas diferentes. Uno llegó a las cuatro de la tarde, el otro a las siete y media. Se saludaron de manera fría y distante y, aunque intercambiaron ocasionalmente algunas palabras como desconocidos, no parecieron dispuestos a entablar una relación más amistosa. Sin embargo, uno de ellos mantuvo una animada conversación con el propietario, que retornó de Manchester a eso de las ocho: le invitó a tomar un vaso de ponche y, cuando la ausencia del propietario de la habitación lo permitió, puso en el vaso de ponche una cucharada de láudano. Un tiempo después, el reloj dio las diez, con lo cual el mayor de los M'Kean, manifestando estar cansado, pidió que le condujeran a su habitación, pues cada uno de ellos había pedido una habitación nada más llegar. Así que la pobre criada se presentó con una vela para iluminarle las escaleras. En este momento crítico la familia estaba distribuida como sigue: el propietario, idiotizado con el horrible narcótico que había bebido, se había retirado a una

habitación privada, aneja a otra pública, con el propósito de echarse en el sofá y, con suerte para su propia seguridad, se le consideró incapacitado para la acción. Su mujer estaba con él, por lo que el más joven de los M'Kean se quedó solo en la habitación común. Se levantó sin hacer ruido y se situó al pie de las escaleras por las que su hermano había subido hacía poco, como para asegurarse de interceptar a cualquier fugitivo del dormitorio de arriba. El mayor de los M'Kean fue guiado hasta esa habitación por la criada, que señaló dos camas, una de las cuales ya estaba ocupada por un muchacho y la otra vacía; le dijo que los dos forasteros tendrían que compartir las camas para esa noche como ellos quisieran. Después de decir esto, le dio la vela, que él colocó sobre la mesa; a continuación, e interceptando su salida de la habitación, echó sus brazos en torno a su cuello como si quisiera besarla. Esto fue lo que pensó la joven e intentó evitarlo. Se puede imaginar el horror que la asaltó en ese momento al sentir la pérfida mano que rodeaba su cuello armada con una navaja que le cortó violentamente el cuello. Apenas fue capaz de emitir un grito antes de caer inerte en el suelo. Ese espantoso espectáculo fue presenciado por el muchacho, que no estaba dormido, pero que tuvo la necesaria presencia de ánimo como para cerrar al instante sus ojos. El asesino se acercó presuroso a la cama y examinó con ansiedad la expresión en el semblante del joven y, como no quedó satisfecho, situó su mano en el corazón del muchacho para juzgar, según fueran los latidos, si estaba agitado o no. Ésta fue una prueba terrible, y no hay duda de que el sueño fingido se habría detectado si de repente no se hubiera producido un espectáculo terrible que desvió la atención del asesino. Solemne, y con un silencio fantasmal, la joven asesinada se levantó en su delirio agonizante, se mantuvo erguida, caminó recta durante un momento y luego dirigió sus pasos hacia la puerta. El asesino se volvió para perseguirla, y en ese momento el muchacho, consciente de que su única oportunidad estribaba en huir mientras ocurría esa escena, abandonó la cama. En el rellano de la escalera estaba uno de los asesinos, al pie de la escalera se encontraba el otro: ¿quién hubiera estado dispuesto a apostar por la salvación del joven? Y, sin embargo, de la manera más natural, superó todos los obstáculos. Horrorizado como estaba, apoyó su mano izquierda en la balaustrada y dio un salto, aterrizando en el fondo de las escaleras, sin haber tocado ni un solo escalón. Así pudo evitar a uno de los asesinos, pero aún quedaba el otro, y esto habría sido imposible si no hubiese sido por un accidente repentino. La esposa del propietario, alarmada por el grito ahogado de la joven, había acudido corriendo desde su habitación privada para ayudarla, pero fue interceptada al pie de las escaleras por el hermano más joven y en ese momento estaba luchando con *él*. La confusión que produjo ese conflicto a vida o muerte permitió al muchacho esquivarles. Por fortuna torció

hacia la cocina, en la cual había una puerta trasera cerrada con un único pestillo, lo abrió a toda velocidad y salió corriendo por el campo. Pero en ese momento el hermano mayor, tras la muerte de la pobre joven, ya estaba libre para emprender la persecución. No hay duda de que en su delirio la imagen que le venía a la mente era la del club, que se reunía una vez a la semana. Debíó imaginarse que era uno de esos días y caminó tambaleándose hacia esa habitación en busca de ayuda y seguridad; en el umbral cayó una vez más y allí expiró. Su asesino, que la había seguido de cerca, ahora se vio libre para perseguir al muchacho. En ese momento crítico todo estaba en el aire; a menos que logran atrapar al joven, la empresa había fracasado. Así que pasó ante su hermano y, por tanto, ante la esposa del propietario, sin detenerse, y salió corriendo por la puerta abierta hacia el campo. Quizá, por tan sólo un segundo, fue demasiado tarde. El joven sabía que si seguía a la vista no tendría ninguna oportunidad de escapar de un hombre joven y fuerte. Por lo tanto, se introdujo al instante en una zanja lanzándose de cabeza. Si el asesino se hubiese tomado tiempo para examinar la zanja más cercana, habría encontrado fácilmente al muchacho, que llamaba la atención por su camiseta blanca. Pero se desanimó al no poder impedir de inmediato la huida del joven y con cada segundo que transcurría aumentaba su desesperación. Si el muchacho se dirigía a las granjas vecinas, una partida de hombres estaría a la vista en cinco minutos, y entonces escapar ya podría volverse difícil para él y su hermano, que desconocían los caminos. Así que no quedaba otra solución que avisar a su hermano para huir juntos. A esto se debe que la esposa del propietario, aunque malherida, salvara su vida, e incluso llegara a recobrase. El propietario debíó su vida a la poción narcotizante. Y los frustrados asesinos tuvieron la miseria de saber que su horrible crimen no les había reportado ningún beneficio. El camino, ciertamente, estaba ahora abierto a la sala del club y, probablemente, cuarenta segundos habrían bastado para llevarse la caja del tesoro, que después podrían haber forzado y saqueado a gusto. Pero el miedo a que sus enemigos pudieran alcanzarlos era demasiado grande, así que huyeron rápidamente por un camino que no estaba a más de seis pies de donde se escondía el muchacho. Esa noche atravesaron Manchester. Cuando amaneció, durmieron en una espesura a unas veinte millas de la escena del crimen. En la segunda y tercera noche prosiguieron su marcha a pie, descansando de nuevo durante el día. Al amanecer del cuarto día, estaban entrando en un pueblo cerca de Kirby Lonsdale, en Westmoreland. Debieron apartarse de la ruta más directa, pues su propósito era ir a Ayreshire, condado del que eran nativos y la ruta ordinaria les habría llevado por Shap, Penrith, Carlisle. Es probable que intentaran eludir la persecución de las diligencias, las cuales, durante las últimas treinta horas, habían estado repartiendo hojas en todas las posadas y

establecimientos del camino con descripciones de sus personas y de su indumentaria. Ocurrió (quizá intencionadamente) que en esa cuarta mañana se separaron para entrar en el pueblo con una diferencia de diez minutos. Estaban agotados y les dolían los pies. En esas condiciones era fácil detenerlos. Un herrero los había reconocido en silencio y comparó su apariencia con las descripciones repartidas. Fueron sometidos con facilidad y arrestados por separado. El juicio y la condena siguieron con rapidez en Lancaster y en aquellos días, desde luego, fueron ejecutados. Por lo demás, su caso se hallaba dentro de los límites protectores de lo que *hoy* se considerarían circunstancias atenuantes, pues, aunque un asesinato más o menos lo iba a disuadir de su objetivo, era evidente que pretendieron reducir el derramamiento de sangre en lo que fuera posible. Inmensa era, pues, la distancia que les separaba del monstruoso Williams. Ellos perecieron en el patíbulo: Williams, como he dicho, por su propia mano y, en cumplimiento de la ley vigente en aquel entonces, fue enterrado en el centro de un *quadrivium* o confluencia de cuatro caminos (en este caso cuatro calles) con una estaca que le atravesaba el corazón. ¡Y por encima de él pasa para siempre el estrépito del incansable Londres!